UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00993557 8

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO SEGUNDO

B456

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO VIGÉSIMO SEGUNDO

La propia estimación.
Campo de armiño.

CUARTA EDICIÓN

205699
15.9.26

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1922

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imprenta de Perlado, Paez y C.ª, Quintana, 38.

LA PROPIA ESTIMACIÓN

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid,
la noche del 22 de diciembre de 1915.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ÁNGELES.....	SRTA. PÉREZ DE VARGAS.
JOSEFINA.....	» CARBONE.
AURELIO..... ...	SR. BONAFÉ.
JOAQUÍN.....	» GONZÁLEZ.
PEPE.....	» ROMEA.
LEONCIO	» DELGADO.
UN CRIADO.....	» INSÚA.

LA PROPIA ESTIMACIÓN

ACTO PRIMERO

Sala con vistas a un jardín.

ESCENA I

AURELIO y JOAQUÍN

JOAQUÍN

Por ahora yo no colocaría ese dinero. Es verdad que de todas partes se ofrece al capital colocaciones ventajosas. Eso mismo demuestra lo que vale y significa el dinero en estos momentos. No se regatea al solicitarlo; pero, después, ¿podrá mantenerse lo ofrecido? Es difícil... Yo que tú... ¡También soy inocente!

AURELIO

Perdona... ¿Decías...?

JOAQUÍN

Que también soy yo inocente.

AURELIO

¿Inocente?...

JOAQUÍN

Por creer que me consultabas en serio. Aunque, bien mirado, más inocente eres tú por creer que conmigo necesitas disimular.

AURELIO

¿Disimular yo?...

JOAQUÍN

Anda, sigue, sigue... Aunque no sea más que con los ojos.

AURELIO

¿Con los ojos?... ¿Seguir?... ¿Qué estás diciendo?

JOAQUÍN

Aurelio de mi alma, hermano y amigo mío... ¡Si nos hubiéramos conocido hoy!... No nos hemos visto durante estos dos años que ha durado tu ausencia; pero esos años más y mucho más dinero con ellos, no son para que hayas cambiado en nada; mucho menos en cuestión de faldas, en que los años significan experiencia y el dinero facilidades... A propósito: ahí tienes una buena colocación para tu dinero.

AURELIO

¿Qué dices? ¡Ah! ¿Pero tú has creído que...?

JOAQUÍN

Que te ha gustado una barbaridad nuestra amiguita. ¿Tú crees que un almuerzo no basta para

enterarse de esas cosas? Me he enterado yo, se ha enterado ella, se habrán enterado los criados... La única que no se enterado ni se enteraría nunca es tu hermana, esa mujercita mía que no se entera nunca de nada malo. Yo la llamo el ángel de la calumnia, porque como otros defectos y maldades, ella le inventa virtudes y perfecciones a todo el mundo. Es un modo de calumniar como otro cualquiera.

AURELIO

La verdad es que... es una traición convidarle a uno a almorzar en familia y a una sola mujer tan guapa. ¡No hay modo de disimular!

JOAQUÍN

Verdad que es muy guapa... Pero tú ya la conocías.

AURELIO

Sí, figúrate..., tan amiga de mis hermanas, de Josefina sobre todo... Debíamos tutearnos..., nos hemos tuteado; pero dejamos de vernos; yo con mis viajes, ella que al morir sus padres se fué a vivir con una tía suya, una señora muy rara... Aunque te diré: de muchacha no era para llamar la atención; monilla, sí, pero una de tantas niñas cursis... Luego la pobre vestida por el figurín de su tía... Los padres no estaban en muy buena posición;l a tía sí; viuda sin hijos... Se lo habrá dejado todo a esta muchacha; no tenía otros sobrinos... De modo que esta muchacha debe estar

hoy muy bien... Y ahora que puede vestirse a gusto suyo, ya se ve que sabe vestirse.

JOAQUÍN

Ese vestido, como otras muchas cosas, es un regalo de Josefina... No quiero decir con esto que ella no tenga buen gusto; quiero decir que, contra lo que tú supones, la pobre no está en posición muy brillante. Su tía no le dejó nada. Con el pretexto de que la pobre muchacha no se había casado a gusto suyo... Te advierto que si había de ser a gusto de la tía, no se hubiera casado nunca. Buena era la señora, según dicen todos los que la conocieron; yo no tuve ese disgusto; pero, en fin, con decirte que Josefina no ha podida calumniarla nunca... El caso es que al morir la buena señora se encontraron con un testamento extravagante, y a su sobrina nada, ni un mal recuerdo... Así es que el matrimonio yo no sé cómo vive... Es decir, sí lo sé: con mil apuros.

AURELIO

¿Qué hace el marido?

JOAQUÍN

El marido es un botarate. Hoy has podido conocerle; le teníamos convidado también; pero, ya has oído a su mujer: no ha podido venir porque está muy ocupado... Negocios... Proyectos de negocios. Nunca pasa de los proyectos. Y aun eso, desde las cinco de la tarde en adelante. Hoy no ha venido con su mujer; primero, por no

levantarse; después, por un reparillo de vergüenza. Cometí la tontería, por tu hermana y por su pobre mujer, de recomendarle a una agencia comercial; una buena colocación... A los tres días tuvieron que despedirle. Me dejó en ridículo. No me volverá a suceder.

AURELIO

Entonces, ¿de qué viven? Ella no parece muy preocupada por su situación. ¿Cuentan con algo?

JOAQUÍN

El marido, al casarse, tenía algún dinerillo que había heredado de sus padres. Pero nada; se dieron muy buena vida dos o tres meses, él proyectó algunas negocios, y... cada vez que proyecta uno de esos grandes negocios, empieza a gastar a cuenta, como si ya gastara de las ganancias; así es que hoy no creo que les quede nada; los proyectos del marido y, esto no lo digo para desanimarte, los proyectos que pueda tener su mujer.

AURELIO

¡Ah, vamos!... ¿Tú crees...?

JOAQUÍN

De ella sola pudiera temerse mucho; de ella con ese marido puede esperarse todo. Y aquí termina mi complicidad, porque como tu hermana sospechara que yo me había atrevido a du-

dar de la virtud de su amiga, y que tú estabas muy dispuesto a sacarme de dudas...

AURELIO

¿Yo? No. ¡Qué disparate! Una cosa es admirar como espectador, y otra... A mis años...

JOAQUÍN

¿A tus años? Los mejores para ese género de empresas: hay respetabilidad, garantías... Pero, ¡guarda, que no es muy lucido mi papel de facilitón! Como tu hermana supiera... Y es que, la verdad, la situación y el carácter de esa muchacha son muy interesantes. Ella está muy enamorada de su marido; no tolera que nadie le hable mal de él; es una leona para defenderle.

AURELIO

Eso, si no fuera una prueba de cariño, lo sería por lo menos de buena educación.

JOAQUÍN

Es posible; pero yo he compuesto mi tipo de otra manera: creo que esa ceguedad apasionada es indicio de un cariño... físico, digámoslo así; gratitud al iniciador.

AURELIO

De cualquier modo venimos a parar en que está muy enamorada de su marido.

JOAQUÍN

Y en que por él sería capaz de todos los sacrificios. Y como por culpa de él esos sacrificios serán muy pronto necesarios, en la misma violencia de su cariño hallará la mejor razón para sacrificarse.

AURELIO

¿Estás seguro de ello?

JOAQUÍN

Esa mujer es una voluntad fuerte sometida a una gran pasión; cuando esas voluntades fuertes se someten, hasta en su sumisión hay entereza. No van, como los débiles, en curvas oscilantes de lo bueno a lo malo, no; con lo bueno y lo malo trazan una sola línea recta, la línea de su vida, en que el bien y el mal se compenetran hasta confundirse; hasta hacernos perder la conciencia de lo bueno y de lo malo en un sentimiento de admiración, como ante una obra de arte perfecta.

AURELIO

Quieres decir que esa mujer, en fuerza de serle fiel a su marido, llegaría por él a la infidelidad... Parece una humorada de Campoamor.

JOAQUÍN

Una humorada del corazón femenino, que es el primer humorista del mundo. Pero confiesa que esa mujer te ha interesado.

AURELIO

Como una sorpresa. Me ha sorprendido su transformación..., de aquella muchacha insignificante a esta mujer de ahora. Pero no pienses que me disponga a ser el personaje que falta en esa novela psicológica que has planeado con tanta perspicacia. En primer lugar, basta que sea tan amiga de Josefina; después, que a mis años empiezan a ser peligrosas estas aventuras. El corazón, ya débil, propende al sentimentalismo... Y a mi edad estas crisis sentimentales son de una trágica ridiculez.

ESCENA II

DICHOS, ÁNGELES y JOSEFINA

JOAQUÍN

¿Han paseado ustedes por el jardín?

ÁNGELES

Es una delicia; tan bien cuidado. Si yo tuviera una casa como ésta no saldría nunca.

JOSEFINA

¿Estaba hoy bueno el café?

AURELIO

Excelente.

ÁNGELES

Me decido a tomar una tacita.

JOSEFINA

Como antes dijiste que no tenías costumbre, no insistí en ofrecértelo.

ÁNGELES

Como vi que tú no lo tomabas..., y te he oído decir siempre que no te merece el mejor concepto una mujer que toma café o bebe cerveza o fuma...

JOSEFINA

¿Y te has privado por eso? Es una apreciación mía que Dios me libre de imponer a nadie. Yo me he criado a la antigua española; tú lo sabes. Confieso y comulgo cuando tengo que hacer un viaje; el tren me asusta como les asustaba a mis abuelitas; el automóvil me parece una invención infernal, y no puedo abrir un telegrama sin sobrecogerme; si te digo que en invierno llevo refajo, vas a reírte; las modistas sienten por mí un desprecio infinito... No, deja; ese café estará ya frío; voy a decir que preparen otro. *(Toca un timbre; sale un criado, al que Josefina da órdenes. Vase el criado.)* Si te gusta, no te prives tampoco del cigarrillo; yo no me asusto.

ÁNGELES

Entonces me descaro del todo; porque la verdad es que me gusta mucho.

JOSEFINA

Aquí tienes egipcios, rusos...

ÁNGELES

Cualquiera es bueno... Gracias... Por más que digas, me miras asustada; ya sé que no es por lo inusitado en sociedad: es por lo inusitado en mí, que también estoy educada como tú, a la antigua; pero a ti te educaron con dulzura, mimada por todos; a mí con rigor extremado, injusto muchas veces...; a ti no te contrariaron nunca; por eso al ser como eres estás segura de que eres así por tu voluntad. Yo he necesitado cambiar en absoluto mi modo de ser para darme cuenta de que tenía una voluntad. Y nadie como yo puede saber lo que vale y lo que cuesta tener voluntad propia. Por tener voluntad sería hoy la mujer más feliz de este mundo, si el tener voluntad no me hubiera costado lo único que me falta para ser feliz.

JOSEFINA

Sí; por tener voluntad te casaste con el hombre que tú querías, al que tanto quieres; por tener voluntad perdiste una buena herencia.

ÁNGELES

¡Cómo ha de ser! ¿Con qué menos ha de pagarse mucha felicidad que con ese poco que le falta para ser toda la felicidad?

JOSEFINA

Sois muy jóvenes; tu marido es emprendedor, y bien aconsejado podrá ganar dinero.

ÁNGELES

Yo no soy ambiciosa. Sólo deseo la tranquilidad de una posición segura, por modesta que sea; saber a qué atenerse y atenerse a ello, no es mucho ambicionar. Lo que yo no quiero es ver a mi marido inquieto, preocupado... Él sólo desea trabajar, trabajar cuanto sea preciso. Estaba tan contento con la colocación que le había proporcionado tu marido... No tienes idea de su disgusto cuando se vió obligado a despedirse; está enfermo desde ese día... A propósito: no dejes de hablar con tu marido; yo sé que no le han dicho la verdad; cree que la culpa ha sido de Pepe.

JOSEFINA

No; ya se hace cargo...

ÁNGELES

Sí, sí; apenas me ha preguntado por él; dos o tres veces he querido explicarle la verdad de lo ocurrido, y ha cambiado la conversación, como si no quisiera saber nada. Háblale tú; yo no me atrevo a insistir.

JOSEFINA

Descuida. Joaquín es muy bueno; sólo que, como él ha trabajado y ha luchado tanto en la

vida, suele ser un poco exigente con los demás... Aquí tienes el café ¿Queréis otra tacita?

JOAQUÍN

Si está como el primero que hemos tomado...

JOSEFINA

Vosotros diréis

AURELIO

Para mí sin azúcar, como de costumbre.

ÁNGELES

¡Delicioso! Y soy autoridad En casa no lo prepara nadie más que yo. Por supuesto, no es sólo el café; estoy hecha una cocinera Pepe es tan delicado .. y cuando no se puede gastar mucho .. Te asombrarías si vieras las combinaciones que yo hago con muy poco dinero: verdaderos juegos de prestidigitación.

JOSEFINA

Pero tú estas contenta

ÁNGELES

¡Pepe es tan bueno.. y nos queremos tanto!... Con muy poco, con muy poco dinero, seríamos tan felices, tan felices, que cuando lo pienso, ¿podrás creerlo?, me asusta pensar en tanta felicidad. Me asusta, porque pienso en seguida: si

no puede ser; tanta felicidad no sería cosa de este mundo; algo malo tendría que sucedernos... Y pienso en mil desgracias, enfermedades, la muerte, cosas horribles... Así es que cuando me pongo a pedirle a Dios ese poquitín de dinero que nos falta, siempre le ofrezco algo para que vea que no lo quiero todo: por ejemplo, me resigno a no vivir en Madrid, me resigno a tener que separarme de Pepe algunas veces, si él tuviera que viajar por sus ocupaciones... Hasta me resignaría a que él me quisiera un poquito menos... Es decir, a que no tuviera tanto tiempo libre para quererme; con eso bastaría para que yo creyese que me quería menos y me atormentase como si fuera verdad... Aunque yo sabría que no lo era...

JOSEFINA

Criatura, eso es querer engañar a Dios.

ÁNGELES

Es que yo estaría tan triste como si fuera verdad.

JOSEFINA

¡Pobre Ángeles! Eres muy buena; Dios ha de oírte; y por mi parte hablaré a Joaquín a mi hermano; no descansaré hasta que consigamos algo para tu marido.

ÁNGELES

De Joaquín es difícil, después de lo ocurrido...; y tu hermano, ¿crees...?

JOSEFINA

Veremos... Mira, voy a plantear la cuestión ahora mismo; las cosas hay que hacerlas así.

ÁNGELES

Pues como tú quieras... Yo sé que Dios no ha podido elegir mejor corazón que el tuyo para escucharme.

JOSEFINA

Joaquín...

JOAQUÍN

Josefina...

JOSEFINA

Tú sabes lo que yo quiero a Ángeles; no voy a decirte delante de ella lo que ella sabe muy bien que te he dicho en ausencia suya: que es para mí como una hermana muy querida.

ÁNGELES

¡Josefina!

JOSEFINA

Ángeles está muy disgustada. Cree que tú estás enfadado con su marido.

JOAQUÍN

¿Enfadado? No.

ÁNGELES

Sí, sí... Y tendría usted mucha razón si Pepe hubiera tenido la culpa; pero le han informado a usted mal... Yo se lo aseguro.

JOAQUÍN

No dudo que usted estará mejor informada que yo. A mí me han informado aquellos señores; a usted su marido. Las versiones no concuerdan, seguramente. Sería lamentable, por lo que usted quiere a su marido, que no le creyera usted a él más que a mí...

ÁNGELES

La ironía es muy delicada... Pero yo le aseguro a usted que le han engañado, que no ha sido culpa de Pepe... ¡Si no es culpa tener dignidad!...

JOAQUÍN

¡Vamos!... Ya empieza a vislumbrarse un principio de culpa... ¡La dignidad! El jefe que, malhumorado o impaciente, da una orden o hace una observación en tono..., convengo en ello, no del mejor tono...; su marido de usted que le replica destemplado en nombre de la buena educación... ¿No es eso? ¡Ay, amiga mía! Un lugar donde se trabaja y se lucha por la vida, no es un salón de baile, ni los negocios se tratan como una figura de minué o de cotillón...

JOSEFINA

¡Joaquín!...

ÁNGELES

No, si no me ofende... Usted cree que Pepe es un señorito inútil, nada más que eso, un señorito inútil.

JOAQUÍN

¿Inútil? No. Sólo creo que si no puede vivir como vive, necesita acostumbrarse a otra vida y ha de costarle mucho trabajo. Pepe, hoy por hoy, es eso..., un señorito; el señorito español, lastimoso resto del antiguo hidalgo... Muy impuesto en puntillos de honra, de honor..., de dignidad... Que el jefe habló con brusquedad... ¿Es motivo para perder una situación como no volverá a encontrar otra, y si la encuentra volvería a perderla por el mismo motivo? ¡Si yo hubiera dejado puestos y cargos por descortesías y malos modos de jefes y principales!... ¿Pero sabe usted lo que yo hacía en esos casos? Ponía mi orgullo en sentirme tan diferente del grosero que me insultaba, que no hubiera creído humillarle tanto con otra grosería como con mi silencio y con mi obediencia... Y, la verdad, yo tengo observado que todos los que no pueden tolerar una mala palabra de los superiores, son los que más suelen prodigarlas con los inferiores... Usted habrá visto a muchos de esos señoritos, que no toleran groserías de nadie, como ellos dicen, cómo suelen tratar a los criados en su casa, en sus círculos, a cualquiera que no les sirve a su gusto, por torpeza o por descuido... Su marido de usted no se incomoda nunca; y

cuando se incomoda, ¿no se olvida un poco de su exquisita educación?

JOSEFINA

¡Pero, Joaquín! ¡Qué severidad! ¡Pobre Ángeles!

JOAQUÍN

Perdone usted... Conozco la situación de ustedes, me intereso mucho por ustedes... Creía haberles asegurado una situación... Mentiría si no dijera que la conducta de Pepe me ha disgustado.

ÁNGELES

Pero es usted injusto en este caso. Pepe no ha cometido una ligereza... Es que usted no sabe, a usted no le han dicho... No fué una impertinencia cualquiera, no fué una brusquedad... Fué un insulto... Yo no hubiera querido decírselo a usted; pero es usted injusto con mi marido... Una tarde iba yo con él; pasó ese señor, uno de los jefes; nos saludó, le saludamos... Al otro día, al entrar Pepe en su despacho, le preguntó por mí... «Tiene usted una mujer muy guapa...» Ya era una impertinencia... Pero aun no era bastante; después, la grosería, el insulto...

JOSEFINA

No me extraña. López Martín es muy grosero.

AURELIO

No dirás que Josefina le calumnia... Yo lo creo también; es muy bruto...

ÁNGELES

Él no podía decirle a usted lo que había ocurrido... Y, por mí, por ustedes sobre todo, no ocurrió algo más grave. Pepe llegó a casa lívido descompuesto... Después se echó a llorar como un niño... Lloramos juntos... Él sólo pensaba en lo que usted diría... Si ahora le hubiera oído a usted... Ya sé que no podemos contar con su protección...

JOSEFINA

Sí, Ángeles, sí; Joaquín es muy bueno. ¿Verdad que harás por ellos cuanto puedas?

JOAQUÍN

Sólo podía hacer lo que hice. Ahora, no sé...

AURELIO

Su marido de usted, ¿sabe algún idioma?

ÁNGELES

Francés a la perfección, y el inglés y el alemán lo bastante para entenderse, para viajar, llevar una correspondencia...

AURELIO

Perfectamente. Dígale usted que se vea mañana conmigo.

JOSEFINA

¿Una colocación?

AURELIO

Tal vez... No aseguro... De mis viajes traigo representaciones de casas extranjeras. Negocios que yo estaba dudoso en plantear que he de estudiar todavía... Pero si me decido...

JOSEFINA

De seguro. Tú no sabes estar ocioso, y cuando tu trabajo es el bienestar de mucha gente... Cuenta con ello. ¡Con mi hermano! ¡Qué alegría tan grande!

AURELIO

Yo no aseguro... Una probabilidad...

ÁNGELES

Ya es bastante para agradecerlo con toda el alma. Yo sé que usted sabrá apreciar el carácter de Pepe. Tu marido acaso tenga razón: Pepe es demasiado sensible para tratar con ciertas gentes. Sería capaz de morirse de hambre antes de dejar de ser lo... que es, lo que ha sido siempre, por su educación, por su familia. Pero a traba-

jar está dispuesto, sea como sea. ¡Ay, Aurelio, si pudiera ser a su lado! ¡Qué alegría! Dice usted que mañana...

AURELIO

Mañana, sí. Éstas son mis señas. A cualquier hora por la tarde; no salgo de casa; estoy instalándome.

ÁNGELES

¡Qué contenta estoy, Josefina! ¡A ti te lo deberé todo!...

JOSEFINA

¿No estás enfadada con mi marido?

ÁNGELES

No. ¡Qué locura! Si en el fondo tiene razón para juzgar así de Pepe. Apenas le conoce. Y Pepe, yo lo sé, a primera vista no es simpático. Su atildamiento en el vestir, ese empaque suyo que parece altivez y en el fondo no es más que cortedad, puedes creerlo... Pero tú verás cómo Joaquin concluye por estimarle mucho. De tu hermano estoy segura, porque tu hermano es otro carácter. La vida ha sido para él más fácil, más amable; sabe ser tolerante. Tú lo decías: los hombres que todo se lo deben a sí mismos son demasiado exigentes con los demás... Y te dejo, perdona... Pero ¡estoy tan alegre!..., ¡y Pepe estará allí tan triste!... Entraré cantando; sin de-

cirle nada, comprenderá que le llevo una buena noticia. Me divertiré diciéndole que es una colocación para América, y que se tendrá que marchar él solito, porque a mí me da mucho miedo embarcarme... No me creerá, por supuesto. Le diré que tiene que viajar mucho, separarse de mí...

AURELIO

Alguna vez tendrá que viajar.

ÁNGELES

¿Muchos viajes?

AURELIO

Por España y por pocos días. No se asuste usted.

ÁNGELES

Nada me asusta. Cuando pueda, iré con él; cuando no sea posible, tendré paciencia. Yo no soy una señorita mal acostumbrada. Soy una mujer que quiere mucho a su marido, y por él sería capaz de todos los sacrificios. Mañana vendré a verte..., Joaquín...

JOAQUÍN

¿Usted me perdona?...

ÁNGELES

Nada tengo que perdonar. En esta casa sólo tengo que agradecer... Aurelio, ¿qué puedo de-

cirle? Es usted hermano de Josefina; para mí un hermano también, amigo del alma...

AURELIO

¡Ángeles!

JOSEFINA

Pero, ¿vas a llorar?

ÁNGELES

Es que... ¿Ves lo que te decía? Voy tan alegre, que me da miedo tanta alegría. Con llorar me parece que ofendo menos... Y tú..., lloras también.

JOSEFINA

Es que estoy tan alegre como tú. Voy contigo. *(Salen Ángeles y Josefina.)*

ESCENA III

AURELIO y JOAQUÍN

AURELIO

¡No me mires así! ¡No me digas nada! Tienes mucha razón... Otra vez, sí, otra vez... interesado, conmovido..., lo que tú quieras..., por esa mujer admirable. Más admirable para mí, porque por ella veo cómo una gran pasión es lo único que espiritualiza, y eleva y exalta. Aquella niña cur-

si, encogida, medrosa, que decía papá, mamá, señora, caballero, como una muñeca mecánica, es hoy esta mujer vibrante, apasionada, admirable... Tú no has podido darte cuenta, pero yo la observaba mientras tú la ofendías en sus sentimientos con tu elocuente catilinaria contra el pobre marido..., ella enrojecía de pronto, palidecía luego... A duras penas ha podido contenerse para no contestarte iracunda... Sí, yo lo veía; el llanto no asomaba a sus ojos porque las lágrimas se abrasaban en ellos antes de asomarse...

JOAQUÍN

¡Ja, ja!

Evaporarse a no verlas,
De sí mismas al calor.

¡A tus años, Aurelio; a tus años! ¿No lo decías antes?

AURELIO

¡A mis años, sí; a todos los años, a todas las edades! Una mujer así es..., ¿qué puedo decirte? La que yo he soñado, la que yo hubiera querido encontrar a tiempo en mi vida... Cuando quise tener un hogar, tú sabes si no fué para quedar escarmentado. Aquella pobre criatura que fué dos años la compañera de mi vida, era algo tan delicado, tan doliente como un niño enfermizo, como un pájaro aterido... Toda ella era como de plumas y sedas; las únicas energías de su vida

exangüe, un lamento continuo. Cultivaba sus dolencias como una flor delicada; era una aristócrata del dolor. Puso toda su falta de voluntad en consumirse poco a poco, y cuando murió dulcemente, dejó por mucho tiempo en mis oídos el lamento de su vocecita quejumbrosa, y para siempre el horror a todas esas mujeres de tan frágil feminidad. Pero esta mujer, esta mujer, ¡tan amante de su marido!, ¿no es admirable?

JOAQUÍN

Y dispuesta por él a todos los sacrificios. Ya lo has oído. Y muy agradecida a ti, su hermano, su amigo del alma... Lo que no me habías dicho es que tuvieras esos negocios que hacen necesaria una complicada administración, con empleados de categoría... Capaz serás de inventar un tinglado oficinesco para ofrecerle la dirección, con un buen sueldo, a ese señorito. Porque no es otra cosa, un señorito; aunque su mujer haya conseguido conmoverte defendiéndole con toda bravura. Sí, debía estar muy guapa en ese momento; yo no he reparado. Pues nada, querido Aurelio; conociéndote como te conozco, y después de oírte como te he oído, ya sé que la cosa no tiene remedio. ¡Chist!... Josefina... Disimula cuanto te sea posible, porque si hablas delante de ella como delante de mí, vas a conseguir lo más difícil: que hasta Josefina se entere.

ESCENA IV

DICHOS y JOSEFINA

JOSEFINA

¡Pobrecilla! Va más contenta... La verdad es que su situación empezaba a ser apurada. Hoy no traía los pendientes; mi regalo de boda, que no ha dejado de ponerse un solo día. Cuando advirtió que yo me había fijado, ¡se puso más encarnada! ¡Pobre! ¿Crees que la colocación que les has prometido podrá sacarles de apuros?

AURELIO

Sí, yo haré lo posible. Pero ahora no sé...; más adelante, si el muchacho es útil, si los negocios se amplían... Sí, puede ser un porvenir.

JOAQUÍN

¡Ya lo creo que será un porvenir!

JOSEFINA

No sabes cuánto me alegro y no sabes cómo van a agradecértelo.

JOAQUÍN

¿Sabes la hora que es? Quedamos en ver esos terrenos... Nos estarán esperando...

AURELIO

Sí, sí; cuando quieras, Josefina...

JOSEFINA

¿Hasta cuándo? ¡Dos años sin vernos! Tú dirás si ahora va a ser lo mismo.

AURELIO

El jueves almorzaré con vosotros.

JOSEFINA

Hasta el jueves, entonces. Ya sabré por Ángeles...

AURELIO

Sí, ya sabrás.

JOAQUÍN

Vamos; anda, anda...

AURELIO

¿Qué prisa tienes?

JOAQUÍN

Mucha..., porque no quiero reírme delante de tu hermana.

AURELIO

¡No es cosa de risa!

JOAQUÍN

Por ahora... sí. Después..., ya veremos. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita en una casa de campo.

ESCENA I

ÁNGELES y LEONCIO

ÁNGELES

Buenos días, Leoncio.

LEONCIO

Buenos días, señorita.

ÁNGELES

¿Está el señorito Pepe?

LEONCIO

Sí, señorita. Allá dentro anda con la máquina de escribir. ¿Quiere la señorita que le avise, o quiere pasar la señorita?

ÁNGELES

No, no; si trabaja, no quiero interrumpirle. Desde casa vi salir el auto de don Aurelio... Iría a Madrid, seguramente.

LEONCIO

Sí, señorita. El señorito se levantó muy temprano; pidió el desayuno; por cierto que, ya lo ve la señorita, no ha tomado nada, un sorbo de café; él, que siempre se desayuna fuerte, a la inglesa; pues hoy...

ÁNGELES

Sí, se comprende. Tendrá un gran disgusto. No es para menos.

LEONCIO

Ya ve la señorita. Yo no sé más que lo que traen los periódicos y lo que el señorito habló aquí anoche con el señorito Pepe, cuando le avisó desde Madrid por el teléfono don Joaquín, su cuñado. Con dos millones de pesetas y que dicen que se ha largado el hombre. Y a ése no hay quien lo atrape. Con ese dineral tomará el primer barco, se pondrá donde quiera, y a vivir tan ricamente.

ÁNGELES

Yo creo que le detendrán. No ha tenido tiempo de escaparse. Anteayer aun estaba en Madrid; le vió mucha gente. No es sólo don Aurelio el perjudicado; hay otros muchos y una casa de comercio importante que pondrán todos los medios para que se le detenga, y darán con él, estoy segura. Si se tratara de algún criminal experto...; pero si todos dicen que era un hombre honradísimo; si tenía la confianza de todo el mundo, y

de pronto, por una mujer...; porque todos dicen que ha sido por una mujer. ¡Qué hombres!

LEONCIO

¡Y qué mujeres también, señorita!

ÁNGELES

Sí, tienes razón. ¡Qué mujeres! Capaces de consentir que un hombre se arruine y se pierda de ese modo... Don Aurelio no volverá en todo el día. Acaso se quede en Madrid y desde allí nos avise para que volvamos todos y demos por terminadas estas vacaciones campesinas.

LEONCIO

Eso no estará mal, aparte los motivos; porque, créame la señorita, que no sé cómo el señor tiene el gusto de vivir en estos andurriales.

ÁNGELES

Le ha probado muy bien para su enfermedad.

LEONCIO

¿Enfermedad? Si para mí que la enfermedad del señor no es enfermedad; es que desde que hemos vuelto esta vez a Madrid le ha entrado una aprensión de que cada día está más viejo y que se tiene que morir; no habla de otra cosa, y, lo que son las cosas, antes no podía consentir el verse una cana y ahora no hay forma de que se dé nada para quitárselas. Sin estrenarse están los frascos que trajimos de París.

ÁNGELES

Por Dios, Leoncio, que los secretos del tocador son sagrados.

LEONCIO

Si no es ningún secreto; si el señor se lo cuenta a todo el mundo. Más sencillo y más verdadero que el señor no lo hay en el mundo.

ÁNGELES

Ni más bueno tampoco.

LEONCIO

Muy bueno es, sí, señora; hasta para reprenderle a uno tiene tan buenas palabras, que le da a uno coraje de haberle faltado en lo más mínimo.

ÁNGELES

¿Usted ha viajado con él?

LEONCIO

Sí, señorita; en los dos años que le sirvo hemos corrido medio mundo. Es la única parte mala; porque a mí, le soy franco a la señorita, aparte ver mundo, que ve uno muchas cosas que no hubiera uno visto nunca, como en Madrid, en ninguna parte del mundo está uno.

ÁNGELES

¿Es usted madrileño?

LEONCIO

No, señorita: de la provincia de Burgos, para lo que guste mandar la señorita. Pero le tengo mucha ley a Madrid, aunque en él las tengo pasadas muy negras; pero yo tengo visto que en Madrid, por muy negras que las pase uno, al fin y la postre se pasan, y nunca le falta a uno quien le ayude a uno a salir adelante; pero por ahí fuera, como las pase uno, se las tiene que pasar solo, que lo que hace la gente..., ni Dios te ampare.

PEPE

(Dentro.) ¡Leoncio!...

LEONCIO

El señorito Pepe.

ESCENA II

DICHOS y PEPE

PEPE

(Saliendo.) ¿Quién habla?... ¡Ángeles! ¿A qué has venido? Oía hablar a Leoncio...

ÁNGELES

Sí, hablábamos los dos. Me dijo que estabas trabajando; no quise interrumpirte. Vi salir el auto; pensé que hubieras ido también a Madrid con Aurelio; he querido venir yo misma a preguntarlo.

LEONCIO

¿Mandan algo los señoritos?

PEPE

Nada, Leoncio. *(Sale Leoncio.)* No, mujer; de haberme dicho Aurelio que le acompañara, te hubiera avisado. Di que te ha traído la curiosidad.

ÁNGELES

Muchas gracias. ¡La curiosidad! La curiosidad, un poco, y mucho, mucho, verte. Llegaste a casa a las cinco de la mañana; a las siete volviste a salir... No son quejas; era natural que anoche acompañaras a Aurelio hasta muy tarde, que hoy acudieras temprano a ponerte a sus órdenes. Yo también hubiera venido anoche en cuanto supe la noticia; pero temí ser indiscreta: en estos asuntos de intereses, ¿qué podemos aconsejar ni resolver las mujeres? ¿Se sabe con seguridad a cuánto asciende lo... robado? No tiene otro nombre.

PEPE

Trescientas mil pesetas. Aurelio se las había confiado a ese sujeto para que negociara con ellas. Más que nada, por favorecerle; se trataba de un amigo antiguo de toda su confianza... como de todo el mundo.

ÁNGELES

¡Trescientas mil pesetas! Es una cantidad respetable.

PEPE

Para Aurelio no creo que tenga importancia.

ÁNGELES

¿Tú crees...? No son ésas mis noticias. Josefina me ha asegurado que su hermano no es tan rico como creíamos todos. Ha ganado mucho dinero, es verdad. Pero ha sido siempre muy generoso. Nosotros lo sabemos; en el poco tiempo que llevas a su lado le debemos tanto...

PEPE

Es una gran persona. ¿Querrás creer que anoche mismo, más que en el dinero perdido, pensaba en el modo de salvar a ese hombre, al hombre que había abusado de su confianza?... Que halla podido escaparse, decía, es lo único que deseo; tiene una mujer, unas hijas, y era un hombre trabajador, un hombre honrado... Honrado, sí, hasta que se volvió loco por una mujer; una de esas pasiones tardías más peligrosas en el hombre que ha llevado siempre una vida ordenada.

ÁNGELES

Los hombres seréis capaces de disculparle. Para mí no tiene disculpa.

PEPE

¡Pues si las mujeres no disculpáis las locuras que los hombres cometemos por vosotras!...

ÁNGELES

¡No hables así! Por nosotras, no. Por esas otras mujeres, que no es lo mismo. ¡Pensar yo que tú pudieras nunca por mi culpa...! ¿No me has visto alegre en nuestra pobreza, porque era tu dignidad y era tu honradez? Y ahora mismo, que ya nos creíamos libres de preocupaciones, que era la tranquilidad, el bienestar, para que veas que nada me asusta, quiero ser yo la primera en decirte lo que tú habrás pensado y no sabes cómo decírmelo por no entristecerme.

PEPE

¿Lo que yo he pensado?

ÁNGELES

Sí; lo que has pensado, lo que debes hacer.

PEPE

¿Lo que yo debo hacer?

ÁNGELES

Sí, lo que debes hacer. Aurelio ha perdido una cantidad considerable; el puesto que tienes a su lado, bien lo sabemos, está retribuído con esplendidez... Además, Aurelio apenas supo por su hermana que teníamos algunas deudas que nos agobiaban, lo pagó todo a cuenta de tu sueldo, te dijo, pero pasan los meses y nada te ha descontado. Ahora, al recomendarle los médicos que pasara en el campo una temporada, por no obligarte a un continuo ir y venir, por no separar-

nos, nos alquila una casa al lado de la suya con toda clase de comodidades... Aurelio solo, en su familia todos son ricos, a nadie perjudica con su generosidad, y él goza con hacer bien. Nosotros estamos seguros de corresponderle siempre con nuestra gratitud, y hemos podido aceptarlo todo de un hombre muy bueno que se complacía en haber asegurado la felicidad de dos atolondrados que por quererse mucho no sabían andar por la vida. Hoy no es lo mismo; acaso tu sueldo pueda serle gravoso. Yo sé que él no sería capaz de indicarlo; por eso tú debes anticiparte. ¿Qué voy a decirte? Yo sé que tú lo has pensado, y has hecho bien.

PEPE

No sólo lo he pensado; anoche mismo, al saber la desagradable noticia, le ofrecí cuanto podía ofrecerle. Ya sabes que con alma y vida le serviría siempre que me necesitara de cualquier modo.

ÁNGELES

Eso sí, servirle siempre, sea como sea... Pero no basta ese ofrecimiento hecho así, al pronto; es preciso que insistas, que comprenda que lo has pensado bien, que hemos debido pensarlo.

PEPE

Descuida. ¡No parece sino que dudas de la sinceridad de mi ofrecimiento!

ÁNGELES

No, Pepe, no es eso.

PEPE

Sé lo que debo hacer siempre.

ÁNGELES

Ya lo sé, Pepe. Pero acaso te acobardaba pensar en mí... Y por mí no debes dudar nunca que se trate de hacer lo que debe hacerse. Para que no dudaras, he sido la primera en decírtelo... Perdona si te he disgustado.

PEPE

Me pareció que había como una reconvención en tus palabras.

ÁNGELES

¿Qué dices?

PEPE

Como no es la primera vez, y siempre refiriéndote a mi conducta respecto a Aurelio, como si yo no supiera lo que debo hacer, como si tú creyeras que no le estoy bastante agradecido.

ÁNGELES

¡Pepe, por Dios! ¡Basta, basta! No quiero oírte así. ¿Ves como es a ti a quien asusta la pobreza? Ya estás inquieto, malhumorado, y por no confesar la verdadera causa de tu disgusto buscas otra sin fundamento.

PEPE

¿Tú crees que el perder esta colocación es lo que me preocupa? ¿Crees que yo me había re-

signado a que ésta fuera siempre nuestra vida, éstas todas nuestras ambiciones? Es que han acabado por convencerte; piensas, como los demás, que no sirvo para nada.

ÁNGELES

Eres injusto; sabes que te he defendido siempre contra todos.

PEPE

Y que te ha costado mucho trabajo defenderme, lo sé... Pero desde que me has visto aceptar esta situación, esta situación que sólo debo a tu amistad con Josefina, a la bondad de su hermano... Sí, sí. ¿Tú crees que a mí puede ocultársele? Yo sé que he perdido en tu estimación...

ÁNGELES

¡Qué locura!

PEPE

Ya no crees en mí... Antes te hablaba yo de mis proyectos y compartías mis ilusiones y mis esperanzas. Ahora callas, y es tu silencio incredulidad o compasión... No, si es muy justo... ¡Han sido tantos proyectos y ninguno se ha realizado! Pero, ¿es mía la culpa? ¿Tengo yo la culpa de que en este país sea el dinero tan rutinario que se asuste de cualquier novedad? Si propusiera algún negocio turbio en complicidad con la política; si creyeran que yo era algún intrigante influyente..., entonces sí me atenderían... ¡Pero industria, fabricación, arriesgar el dinero en nue-

vas empresas cuando hay tantos viejos sistemas de ganarlo siempre sin arriesgarlo nunca!...

ÁNGELES

Tú te lo dices todo. Si es así, si eres tú el primero en estar desengañado, ¿por qué te ofende que yo desconfíe... de los demás, no de ti, como tú supones? Yo no he dudado nunca de tu capacidad; tus proyectos me parecen muy razonables... Pero creo, y esto no es ofenderte, que eres demasiado caballeroso para transigir con las miserias inevitables al tratar de negocios con las gentes. Yo no soy ambiciosa como tú... No, ya sé que tu ambición es por mí. Pero yo sólo quiero tu tranquilidad, que no pienses en nada... Me asustan tus proyectos, porque al fracasar te hacen aborrecible cuanto te rodea... Me parece que tu corazón se llena de odio, y que también vas a odiarme a mí...

PEPE

No, Ángeles... ¡Pues si no fuera por ti!... Si es para ti para quien yo quisiera todo lo que tú mereces... Esa alegría tuya al escatimar en tus gastos, al presentarme un primor de tus manos, que es una economía... ¡Si tú supieras lo que a mí me entristece! Yo que quisiera adornarte, embellecer tu vida con todas las preciosidades del mundo y muchas más que yo he soñado, y quisiera inventar para tu encanto...

ÁNGELES

¡Me quieres mucho, es verdad, nos queremos

mucho! ¡No pensemos en otra cosa! ¡Calla! Un auto...

PEPE

Sí, es el de Aurelio.

ÁNGELES

¿Vendrá con él?

PEPE

Sí, es Aurelio.

ÁNGELES

¿Te parece bien que le espere para saludarle? ¿No seré importuna?

PEPE

Sí, espera. De todos modos había de verte al salir.

ESCENA III

DICHOS, AURELIO y LEONCIO

ÁNGELES

¡Aurelio!

AURELIO

Buenos días, Ángeles. ¿Me ha perdonado usted? No fué mía la culpa. Pepe se empeñó en acompañarme hasta la madrugada... Nos pusimos a revisar papeles, notas...

ÁNGELES

¡Por Dios, Aurelio! ¿Viene usted de Madrid? ¿Trae usted alguna buena noticia?

PEPE

¿Se sabe algo de ese hombre?

AURELIO

Sí, por desgracia.

PEPE

¿Ha huído?

AURELIO

No; se sospecha que no ha salido de Madrid, o si ha salido, no tardará en volver... La mujer está detenida.

ÁNGELES

¡Ah! ¡Muy bien! Ella tiene la culpa de todo.

AURELIO

Hasta en eso se conoce lo que quiere usted a su marido.

ÁNGELES

¿En eso también?

AURELIO

Sí; porque cree usted que ella tiene la culpa. Ya lo sabe usted, Pepe: si alguna vez se le ocu-

rre faltar a sus deberes, no tendrá usted la culpa.

ÁNGELES

Eso sí que no; culparle a ella no es disculparle a él. Tan culpable es él como ella.

AURELIO

¿Qué sabemos de quién será la culpa? Si juzgamos a los demás por nosotros mismos, en lo que comprendemos, porque seríamos capaces de ello, somos apasionados; en lo que no podemos comprender, ignorantes; de cualquier modo, injustos siempre.

LEONCIO

¿Manda algo el señor?

AURELIO

Sí; quiero almorzar. Con el paseo ha vuelto el apetito.

LEONCIO

¿Qué quiere el señor?

AURELIO

Lo que esté más pronto. Una taza de café; sobre todo... ese detestable café que habéis dado en servirme.

ÁNGELES

Eso no; hoy tomará usted el café a gusto suyo. El café es mi especialidad. Tráelo aquí todo.

AURELIO

Acepto el ofrecimiento. Muchísimas gracias.

ÁNGELES

Y si yo lo hubiera sabido antes... La maldad, ¿está en el café o en el cafetero?

LEONCIO

En el café, señorita, que se ha comprado aquí.

ÁNGELES

No digas más. Voy a casa, y en un momento yo misma...

AURELIO

De ningún modo; va usted a molestarse. Que vaya Leoncio, cualquiera...

LEONCIO

Sí, señorita; me llego en un vuelo.

ÁNGELES

Pues tome usted las llaves y diga usted a Rosalía que le dé el botecito del café; ya sabe ella dónde está.

LEONCIO

Muy bien, señorita.

ÁNGELES

¡Ah! Tráigase usted también la cafetera de casa; tengo más confianza en ella.

(Sale Leoncio.)

PEPE

¿Y dice usted que la mujer ha sido detenida?

AURELIO

Sí; había huído de su casa, la de su marido; también es casada, también tiene hijos...

ÁNGELES

¡Qué infame!

AURELIO

Se había refugiado en casa de unos parientes suyos. Al salir para tomar el tren que había de reunirla con su amante, la detuvieron.

PEPE

Entonces, se sabe dónde está él.

AURELIO

Todavía no. Ella se negó a confesar adónde se dirigía; no había el menor indicio.

PEPE

Una precipitación de la Policía; hubiera sido mejor dejarla llegar a la estación, seguirla hasta el término de su viaje.

AURELIO

Es lo mismo. En cuanto él sepa que ella está detenida vendrá, vendrá a entregarse. ¡Un hombre enamorado tan locamente! ¡Desgraciado!

PEPE

¿Y el dinero?

AURELIO

Se espera recuperarlo todo. No se sabe que haya hecho gastos ni dispendios antes de su fuga. ¿Qué importa? Yo lo perdería todo gustoso por no pensar que ese hombre irá a la cárcel... Mi primera visita ha sido para su mujer y sus hijos... ¡Qué desolación en aquella casa!

ÁNGELES

¡Y qué bondad tan grande la de usted, Aurelio!

AURELIO

¡Bah! Hay que ser bueno por egoísmo. Cuando llega uno a viejo no hay otro modo de hacerse querer.

ÁNGELES

Quiere usted decir entonces que el egoísmo es de los demás al quererle a usted.

AURELIO

¿Y qué son los cariños, en resumidas cuentas, más que el choque de los egoísmos? Algo como la guerra, que se parece mucho al amor, aunque no lo parezca...

(Entra Leoncio.)

LEONCIO

Aquí está todo, señorita.

ÁNGELES

Gracias, Leoncio.

AURELIO

Tráeme el almuerzo. *(Sale Leoncio, y a poco vuelve y empieza a servir el almuerzo.)* No les digo a ustedes que me acompañen, porque sé que es temprano para ustedes.

ÁNGELES

Sí; nosotros comemos a la española.

PEPE

¿Quiere usted firmar las cartas para que puedan llegar a Madrid a tiempo del correo?

AURELIO

Después; hay tiempo. Entérese usted también de todas éstas, que he encontrado en casa... A ver, ésta no; he de contestarla yo mismo; ésta, sí; todas éstas. Casi todas con faltas de ortografía en el sobre. Ya se sabe: petición segura.

PEPE

Voy, con su permiso... Si hubiera alguna particular...

AURELIO

No creo. Puede usted contestarlas a su criterio.

(Sale Pepe.)

ÁNGELES

(A Leoncio.) ¿Hace usted el favor de encender, Leoncio? Gracias.

LEONCIO

De nada, señorita.

AURELIO

De Josefina, muchos recuerdos; también de su marido.

ÁNGELES

¿Ha estado usted en su casa?

AURELIO

Sí, allí estuve apenas llegué. Mi cuñado actuando de policía. Ya conoce usted su actividad. ¡Y lo que él goza en su papel de inflexible y de justiciero! ¡Feliz él! Se conoce que nada tiene que perdonarse o se lo ha perdonado todo, con mayor facilidad que a los demás.

ÁNGELES

En este caso hay que confesar que tiene razón. La conducta de ese hombre con usted... ¡Dios mío! ¿Cómo podrá haber hombres tan locos, tan ciegos, para envilecerse así por una mujer que los desprecia..., porque cómo es posible que eso sea cariño, verdadero cariño, que es siempre estimación y quisiera ver tan alto a quien se quiere, tan alto?...

AURELIO

Como usted quiere a su marido. ¿No es eso? Pero así le quiere usted porque usted es así. Todos queremos a nuestra imagen y semejanza, como Dios hizo al hombre, porque le creó con amor, o mejor dicho, le amaba antes de crearle. El cariño, que es también creador, ama también por semejanza. Cuando el corazón ve más alto o más bajo a quien se quiere, el cariño siente remordimientos, está como avergonzado; sólo descansa cuando puede decir: ya somos iguales. Si usted fuera capaz de pensar que su marido, por un deseo, una vanidad, un capricho de usted, debía cometer alguna acción indigna, ¿no desearía usted que, como usted de pensarla, fuera él capaz de cometerla? En bien o en mal, el cariño no es otra cosa: una mutua obra de arte; realizamos el pensamiento de quien nos quiere, y en quien queremos, queremos ver realizado nuestro pensamiento. El de usted es todo bondad, y a quien usted quiera ha de quererlo bueno, y bueno ha de ser porque usted lo quiere... Como es su marido de usted, como lo sería al fin si ya no lo fuera sólo por quererle usted como le quiere... Y perdone usted, Ángeles, que en este momento sólo puedo decir, para mi disculpa, como el buen *Rocinante*: «¡Metafísico estáis!—Es que no como.» Creí que tenía apetito, y me he engañado. Y es que mis nervios no están de acuerdo con mi filosofía, toda optimismo.

ÁNGELES

Y por desgracia, no muy verdadera.

AURELIO

¿Cree usted? ¡Qué desilusión!

ÁNGELES

Es que pienso en tantas mujeres muy buenas con maridos muy malos... Ya ve usted cómo el cariño no basta para hacer a los demás como los queremos.

AURELIO

No me convence usted. En ese caso, créalo usted, o la bondad o el cariño no son verdaderos.

ÁNGELES

¿Me permite usted otra observación en contra de su teoría?

AURELIO

Para mí es una gloria discutir con usted.

ÁNGELES

¡Pobre de mí! Para mí sí que es un atrevimiento; con usted, que sabe tanto y tanto conoce a los hombres y a las mujeres... A las mujeres sobre todo, según oíamos murmurar las amigas de Josefina desde que era usted un muchacho.

AURELIO

Poca historia y mucha leyenda, se lo aseguro a usted.

ÁNGELES

Con la historia basta. Según ella, y ésta es la

observación que yo opongo a su teoría, o usted no sería tan bueno, o siendo usted como es, todas las que usted ha querido habían de haber acabado en santas, y... no son esas las noticias.

AURELIO

Es verdad, no fueron santas; pero yo no puedo quejarme; todas fueron como yo las quería, aunque muchas veces me lamenté de que no fueran como yo las soñaba. Pero lo que soñamos no es nunca la verdad de lo que queremos. Nos engaña lo que no responde a nuestra imaginación, que es lo que soñamos. Nunca nos engaña lo que responde a nuestra voluntad, que es lo que con verdad hemos querido. Pero, ¡afrontamos tan pocas veces la verdad de nuestra conciencia! Recuerdo a una mujer que por mí había engañado a otro hombre, y por ese hombre había faltado antes a su marido. Esa mujer, a la que yo soñaba fiel y leal a mi cariño, al descubrir yo un día que también era yo engañado y acusarla por su traición con toda la grosería instintiva del hombre celoso... «¡Eres una mujer perdida!» Sin inmutarse, me contestó estas palabras, que iluminaron de pronto lo más hondo de mi conciencia: «¿Y si no fuera una mujer perdida, me tendrías aquí a estas horas contigo?» No era lo que yo había soñado, pero era lo que yo había querido: era la verdad. La busqué en la traición, y la hallé traidora; quise que fuera desleal por quererme, y fué desleal a mi cariño... Y así es siempre en la vida: nos quieren como queremos, lo que nos mienten es lo que hemos mentido, lo que nos

falta es lo que hemos robado, el dolor que nos hiere es el dolor con que hemos herido, la alegría que viene a llenarnos de bondad el alma es la bondad nuestra que antes llenó de alegría otras almas... Y si algo bueno puede darnos la vida, es cuando lo mejor de nuestra vida hemos dado; que renunciar es poseer.

ESCENA IV

DICHOS y PEPE

PEPE

Cuando usted guste puede firmar las cartas. En efecto, casi todas ellas eran peticiones.

AURELIO

Voy en seguida. ¡Delicioso café!

PEPE

¿Ha almorzado usted bien?

AURELIO

Perfectamente; animado con la agradable conversación... Porque, usted no sabe, Ángeles y yo nos hemos dado a filosofar.

ÁNGELES

Yo no, ¡por Dios santo!

AURELIO

Como usted quiera. He filosofado yo solo; pero

la inspiración procedía de usted. Ya se conoce que tengo menos dinero, ¿verdad?, cuando me doy a la filosofía.

PEPE

Si la mejor es no darle importancia al dinero, nadie le aventajará a usted.

AURELIO

Quizá por no darle nunca importancia me ha favorecido siempre. La codicia apasiona y, como toda pasión, obscurece el entendimiento. Yo he planeado siempre los negocios con la más indiferente serenidad. Ya ve usted mi buena suerte; ya verá usted cómo, aun este dinero que yo consideraba perdido, vuelve a mí, por lo mismo que no me preocupo por recuperarlo.

ÁNGELES

A propósito, Aurelio.

AURELIO

¿De qué?

ÁNGELES

De ese dinero que usted confía en recuperar. ¿Si lo hubiera usted perdido. .?

AURELIO

¡Qué le íbamos a hacer!

ÁNGELES

¿No supondría un gran quebranto para usted?

AURELIO

Sí, eso sí; en estos momentos... Pero como nada ha de remediarse con el disgusto...

ÁNGELES

Es que Pepe quería decirle a usted...

AURELIO

Pues diga usted pronto.

PEPE

Nada, don Aurelio... Que si mi cargo al lado de usted, si la esplendidez con que usted remunera mis servicios...

AURELIO

¿Qué va usted a decirme? ¡Qué ocurrencia! ¡Calle usted, criatura! ¡Vamos..., eso ha sido idea de usted!

ÁNGELES

No, no, se lo aseguro a usted... Ha sido él quien...

PEPE

Es lo mismo.

ÁNGELES

Yo le aseguro a usted que ha sido idea suya.

PEPE

Deja... ¿Qué importa, si parece más natural que se te haya ocurrido a ti?

AURELIO

No, no... No he querido decir que usted... Usted perdone; es que... me pareció una idea..., vamos, qué sé yo, un escrúpulo femenino... De todos modos, una delicadeza que yo agradezco; mucho más cuando puedo corresponder a ella con una buena noticia, que es la mejor respuesta a sus escrúpulos. Ahora más que nunca le necesito a usted. El negocio de las representaciones ha de ampliarse... Yo volveré a viajar muy pronto, y usted..., no se asuste usted, Ángeles... Yo voy a tratar directamente con importantes casas americanas; su marido de usted quedará aquí representándome; estará usted a las órdenes de un director, que vendrá en estos días, persona excelente, de una seriedad y de una rectitud irreprochables; tendrá usted más sueldo, participación en los negocios... Ya ve usted qué lejos estaba yo de pensar en prescindir de usted. Comprendo que hasta ahora no estuviera usted muy satisfecho a mi lado; el porvenir no parecía muy brillante, el trabajo no parecía muy atractivo... No he querido decirle a usted nada hasta tener una seguridad... Hoy puedo ofrecerle a usted, no digo la riqueza, pero sí un buen camino para que trabaje usted con agrado y con provecho al mismo tiempo. ¿Qué dice usted?

PEPE

¿Cómo agradecer a usted...?

ÁNGELES

¡Dios mío! ¿Cómo le diría yo a usted el bien

que nos hace? No podía ser mayor nuestra gratitud, pero era verdad... A Pepe, a mí también, nos parecía que no bastaba su trabajo para corresponder a tanta generosidad... Pepe no estaba satisfecho de sí mismo.

AURELIO

¡Bah! Yo lo estaba, y él ha debido estarlo. Yo sabía que al principio el trabajo no sería mucho; pero no era cosa de condenar a ustedes a la penuria de un sueldo mísero. Yo contaba con el porvenir. Ahora tendrá usted ocasión de trabajar, y de trabajar mucho.

ÁNGELES

¡Qué alegría! Eso quería él...

PEPE

Eso quiero.

AURELIO

Y a mi regreso, dentro de algunos años...

ÁNGELES

¿Años dice usted, Aurelio?

AURELIO

Años, sí, muchos años. La patria no me prueba. Como el marino, siento la nostalgia del mar: para mí el mar es vivir a la ventura; detesto la tierra firme. Volvía deseoso de anclar mi corazón con afectos tranquilos, familiares, y sólo advierto la pesadumbre sin conseguir la calma.

ÁNGELES

Si le conviene a usted para su salud... Pero su ausencia será una gran tristeza para todos... Pepe hubiera preferido trabajar siempre al lado de usted.

AURELIO

Es posible.

PEPE

No lo dude usted.

AURELIO

No lo dudo; pero ahora, aunque usted lo haya pensado también, no me negará usted que ha sido Ángeles la primera en decirlo.

ESCENA V

DICHOS y LEONCIO

LEONCIO

Con permiso.

AURELIO

¿Qué hay, Leoncio?

LEONCIO

El señorito Joaquín.

AURELIO

Que pase en seguida. *(Sale Leoncio)* ¿Qué le traerá? Alguna novedad, sin duda.

PEPE

¿Me necesita usted todavía?

AURELIO

No... Sí; espere usted por si mi cuñado trae alguna noticia.

PEPE

Desde luego. Y tendremos el gusto de saludarle.

ESCENA VI

DICHOS y JOAQUÍN

AURELIO

¿Qué hay, Joaquín? ¿Qué novedad ocurre?

JOAQUÍN

Nada malo; pronto sabrás... Ustedes perdonen... *(Saludando.)* Ángeles... Pepe... ¿Cómo va por aquí?

ÁNGELES

Muy bien. ¿Y Josefina? Es una ingrata; no quiere vernos.

JOAQUÍN

Ya sabe usted su horror al automóvil; y en coche, la verdad, el viajecito no es muy agradable.

ÁNGELES

Eso sí.

JOAQUÍN

Pues sabrás que nuestro hombre ha parecido ya.

ÁNGELES

¿Sí?

JOAQUÍN

Como se esperaba, volvió a Madrid apenas supo que su amante estaba detenida.

PEPE

Y él, ¿ha sido también detenido?

JOAQUÍN

Está vigilado; me explicaré. A poco de salir tú de casa se me presentó un hermano del individuo.

AURELIO

Sí, ya sé; le conozco.

JOAQUÍN

Me aseguró que tiene razones muy poderosas para creer que, si no en su totalidad, en su mayor parte, la cantidad a que asciende la estafa... el robo, como ustedes quieran, está aún en poder de su hermano; en ese caso, aun sería posible...

AURELIO

Sí, salvar a ese hombre... Por lo menos de la cárcel.

JOAQUÍN

Claro es que eso sería posible si, en efecto, el dinero... Su hermano, por su parte, se compromete a pagar lo que pudiera faltar, si no asciende a tanto que le sea imposible.

AURELIO

Yo también, por mi parte, renunciaría...

JOAQUÍN

No, eso no, querido Aurelio. Ya basta con salvarle de ir a presidio... Este Aurelio...

AURELIO

¿Es necesario que yo vuelva a Madrid?

JOAQUÍN

Por ahora, no. Me darás una nota exacta de todos los valores negociados.

PEPE

Con toda exactitud, aquí tiene usted varias copias.

JOAQUÍN

Basta con una. Perfectamente. Yo por mí no hubiera aceptado nunca estas componendas, que en rigor son una gran injusticia; pero conozco a Aurelio.

AURELIO

No hay que ser inexorables. Ya dijo un santo

que ¡ay de los santos si los juzgamos sin misericordia! ¿Qué será de los pecadores?

JOAQUÍN

Ya ves que me avengo a facilitarlo todo y que me he apresurado a venir, más que nada por tranquilizarte respecto a la suerte de ese hombre; con tu conformidad ya contaba.

AURELIO

¿Necesitas a Pepe para algo?

JOAQUÍN

No; muchas gracias.

AURELIO

Ya oye usted.

PEPE

Con su permiso entonces.

AURELIO

Hasta luego.

PEPE

(*A Joaquín.*) Póngame usted a los pies de Josefina.

ÁNGELES

Tantos recuerdos. Mañana le escribiré; tengo muchas cosas agradables que comunicarla.

JOAQUÍN

Se alegrará tanto.

ÁNGELES

Aurelio...

AURELIO

Mi gratitud por el delicioso café.

ÁNGELES

¡Dios mío, usted habla de gratitud! *(Salen Ángeles y Pepe.)*

ESCENA VII

AURELIO y JOAQUÍN

JOAQUÍN

¡Vida de familia!

AURELIO

No lo creas. El marido sí viene aquí continuamente; pero a ella se me pasan los días sin verla.

JOAQUÍN

¡Ya!

AURELIO

En cuanto a lo que tú crees, como lo creerán muchos, estás equivocado.

JOAQUÍN

A tu corrección corresponde no decirlo, a nuestra discreción no desmentirte y a nuestro juicio no creerlo.

AURELIO

¡Qué importa! Si crees que por esa mujer sería capaz de todo, entonces, sí, crees bien... Lo que tú no sabes es de lo que yo soy capaz cuando quiero como quiero esta vez: con toda mi alma... Pensar que esa mujer hubiera sido la felicidad en mi vida; porque esa mujer es la felicidad, no es el placer que se compra o se hurta y se goza a escondidas o se exhibe por vanidad. No, esa mujer no es eso, no. Es la compañera, es la esposa para la intimidad de todas las horas y de todos los pensamientos; es la que, sólo por quererle, de ese hombre vulgar, que es su marido, de ese hombre que por sí solo no sabría soportar un dolor, ni una privación, ni una contrariedad, ha sabido hacer un hombre estimable, un hombre que será por ella trabajador y por ella será siempre honrado. Porque ella es la que siempre anima, la que conforta siempre, la que nada exige, la que a todo se amolda. Y los defectos de su marido sabe disculparlos como si de ella fuera toda la culpa y su marido sólo cayera en falta por condescender a un capricho suyo, y las buenas ideas, que él nunca hubiera tenido y ella sabe inspirarle, a él solo las atribuye, con tan graciosa delicadeza, que él mismo llega a persuadirse que fueron suyas.

JOAQUÍN

De modo que sigue tan enamorada de su marido. Pero como ese amor hubiera zozobrado entre privaciones y contrariedades si no hubiera sido por ti, como a ti te lo debe todo, ¿vas a de-

cirme que este cerco tan bien sostenido no ha dado ya sus resultados, que no te has cobrado todavía o estás para cobrarte muy pronto? Me resisto a creerlo.

AURELIO

Cuando creemos que todo el mundo es como nosotros, nos exponemos a la equivocación de juzgar por nosotros a todo el mundo.

JOAQUÍN

Conste que en este caso yo no juzgo por mí; nunca he sido un conquistador. Juzgo por lo que has sido tú siempre; de las mismas causas deduzco los mismos efectos.

AURELIO

¡Han pasado los años, ha pasado la vida! ¿Me creerás, aunque no me comprendas? Antes relacionaste unas palabras que son quizás toda la clave de mis sentimientos en esta ocasión. Primero dijiste: ¿No tienes puesto cerco? Es verdad, cerco ha sido... traerla aquí a mi lado, lejos de la curiosidad y de la murmuración de la gente, que hubiera podido alarmar la confianza con que de mí lo ha aceptado todo.

JOAQUÍN

La confianza, tú lo dices. Y en su situación y en la tuya, ¿no juzgas excesiva esa confianza para no ser calculada?

AURELIO

Antes lo creía; ahora ya no sé, no quiero saberlo. Dijiste otras palabras: ¿No te has cobrado todavía? ¡Cobrado! ¿Comprendes ahora? Este mismo cerco que mi generosidad ha puesto al corazón de esa mujer enamorada de su marido, esa misma gratitud que me debe por su felicidad, que es obra mía... Eso, que debiera acercarme más, es lo que me separa; eso, que debía darme valor, es lo que me acobarda. ¿No te has cobrado?, me dices. ¡Cobrar! Y eso sería... Y todo lo que yo soy para ella: el hombre bueno, el hombre generoso, el hombre que adora y respeta, todo eso tendría su precio. Y todo ello se perdería en una sola palabra. ¡Cobrar! Sólo al pensarlo me veo tan miserable, tan bajo, me desprecio tanto, que... ¿Comprendes ahora? ¿Crees ahora que enamorado con locura de esa mujer..., como un loco, sí, hasta desear la muerte, yo, que sólo con mirarme en los ojos de una mujer hermosa me emborrachaba de vida hasta creer que no había de morirme nunca? Pero ¿no crees tú que hay algo que vale más para un hombre que todas sus pasiones, que todos sus deseos?

JOAQUÍN

Sí, Aurelio, sí; hay algo que vale más. ¿Quién lo duda? La tranquilidad de nuestra vida.

AURELIO

Tú le das ese nombre; para mí tiene otro: la propia estimación. El tuyo es la realidad del

egoísmo; es eso, la tranquilidad de nuestra vida, sacrificar todos los goces si fuera preciso por evitarnos un solo dolor. El mío es egoísmo también, pero es otro egoísmo, es ogoísmo ideal; es sacrificarlo todo, aunque el sacrificio destroce nuestra vida y su dolor entristezca el alma para siempre...

JOAQUÍN

¡La propia estimación!

AURELIO

¿Y no la perdería yo para siempre, no ya si me cobrara como dices, sólo con intentarlo? Recuerdo haber leído un cuento oriental en que un poderoso señor colmado de riquezas, en una de sus cacerías, descubre a una pobre muchacha, una niña casi, de espléndida hermosura. La niña, asustada, huye al verle; él corre en su persecución y detrás de ella; llega a una choza miserable en donde toda la pobre familia de la niña, padres y hermanos, se hallaban postrados en oración. La miseria había llegado al extremo y sólo de algún Dios esperaban misericordia. El poderoso señor se detuvo a la puerta horrorizado. Nunca sus ojos habían visto miseria tan espantosa. Con su bocina de caza llamó a los de su séquito y no tardaron en acudir amigos y servidores. Ordenó que de las mejores viandas proveyeran a la familia miserable para muchos días. Vació el oro de su escarcela en las manos del padre, colgó collares de pedrería al cuello de las mujeres, acarició a los niños y los regaló con golosinas. Y

todos se prosternaron ante él, y «¡Es un Dios! —exclamaban—; ¡es un Dios que se ha apiadado de nosotros!» Y arrodillados ante él, besaban sus plantas y la orla de su manto. Él miraba a la niña hermosa, la miraba con deseo mal contenido, y mil veces estuvo tentado de tomarla sobre su caballo, seguro de que estaba bien pagada y aquella pobre gente aun quedaría agradecida... Pero todos clamaban: «¡Es un Dios, es un Dios!» ¿Y cómo resignarse a perder los prestigios de un Dios por satisfacer un deseo de hombre? Y se alejó sin decir palabra, vencedor de su humanidad, glorioso como un Dios verdadero... Mira desde aquí. Es su casa; ¿los ves? Almuerzan en el jardín, y ríen, y son dichosos. ¡Dichosos! Es humano querer a esa mujer, humano sentir celos y odiar a ese hombre y desear su muerte. Pero como el señor de la oriental leyenda, ante esa felicidad, que es obra mía, que yo puedo destruir si quisiera, ¿no es humano también que yo sienta el orgullo de creerme glorioso como un Dios verdadero?... *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA I

ÁNGELES y JOSEFINA

ÁNGELES

¡Josefina!... ¡Aquí estoy! Entra, entra. ¡Josefina mía!

JOSEFINA

¿Cómo estás? ¡Qué buen color! ¡Qué guapa!

ÁNGELES

La vida de campo, la tranquilidad y lo dichosa que soy..., gracias a ti, a tu hermano también...; pero a ti, sobre todo.

JOSEFINA

¿Me viste llegar?

ÁNGELES

Sí; vi que paraba el coche delante de nuestro hotelito, y mandé en seguida a Leoncio para que

te avisara que yo estaba aquí, en casa de tu hermano. Dispongo el embalaje de muebles y ropas, para que Aurelio no tenga que intervenir en nada. Pepe está en Madrid desde muy temprano; a los criados no puede dejárseles solos; con la mejor intención, hacen mil estropicios.

JOSEFINA

Por de contado.

ÁNGELES

¿Has venido sola?

JOSEFINA

Sí; por venir en coche. Joaquín vendrá en seguida en el auto. Ya sabes que en eso somos incompatibles. Por fortuna, no es causa de divorcio.

ÁNGELES

¡Pero qué ingrata!; no haber venido siquiera un día a verme en tanto tiempo. Y hoy, no debiera agradecerte la visita... Si no hubiera sido por el temor de que tu hermano se fuera sin despedirse... Pero ¿tú lo habías creído?

JOSEFINA

Nos lo dijeron...

ÁNGELES

Cuentos de los criados.

JOSEFINA

Yo no podía creerlo. Pero como este viaje de

Aurelio es tan extraño... Joaquín y yo estamos muy disgustados.

ÁNGELES

¿Por qué? Aurelio está muy contento. Él goza con viajar. De no ser así, ¿qué podía obligarle?

JOSEFINA

¿Tú crees? Tienes motivos para saberlo. Ahora estás continuamente a su lado... Joaquín, muchos amigos aseguran que Aurelio está muy triste desde algún tiempo.

ÁNGELES

No lo creas.

JOSEFINA

Me tranquilizas; pero este viaje así de improviso... Cuando antes de venir, en todas sus cartas nos decía que ya no volvería a separarse de nosotros; que sólo deseaba descansar, retirarse de negocios, de preocupaciones...

ÁNGELES

Eso decía entonces, y sería verdad. Pero ya ha descansado, y él, que siempre ha sido activo, emprendedor, ahora se cansa del descanso.

JOSEFINA

No; no... No es eso; estoy segura... Todos creen que yo no me entero de nada, porque me basta con que los demás se enteren para enterarme.

Yo sé que hay amoríos de por medio... ¡Este hermano mío!

ÁNGELES

¿Amoríos, dices?

JOSEFINA

Sí, sí. Mi hermano ha tenido algún grave disgusto en estos días. No es posible otra cosa. ¿Tú no sabes nada?

ÁNGELES

¿Qué puedo saber? En el tiempo que llevamos aquí, nada hemos observado. Ni él ha ido a Madrid más que por asuntos nada misteriosos..., ni aquí hemos tenido visitas sospechosas...

JOSEFINA

No; por Madrid no ha dejado nada. Me consta. Aquí no habéis tenido visitas... Tú lo sabrás mejor que nadie... Vamos, Ángeles, ¿es que, por primera vez en tu vida, no vas a ser franca conmigo?

ÁNGELES

Pero ¿qué quieres que yo te diga? ¿Por qué supones que yo pueda saber más que tú, referente a tu hermano? Sobre todo, ¿qué razón hay para creer que este viaje suyo esté motivado por algún amorío, como tú dices?... Nunca has sido tú mal pensada; ¿por qué crees ahora...?

JOSEFINA

¡Qué sé yo!

ÁNGELES

¿Es que Joaquín te ha dicho algo?

JOSEFINA

No; Joaquín no me descubre nunca los secretos de mi hermano. ¡Complicidad de hombres! Pero hay medias palabras, silencios que dejan adivinar muchas cosas... Con franqueza. Mírame cara a cara... ¿Tú no sabes quién es la mujer de quien mi hermano está enamorado..., ya sé que inútilmente?... Comprenderás que, de creer otra cosa, nada te hubiera dicho, o... te lo hubiera dicho de otro modo.

ÁNGELES

¡Josefina!

JOSEFINA

¡Era verdad!

ÁNGELES

Sí; es verdad... Pero yo te juro...

JOSEFINA

No jures, pobrecita mía. Yo sé que no juras en vano; por eso mismo, lo vano sería el juramento. ¿Y cómo se atrevió..., cómo pudo atreverse?...

ÁNGELES

¿Atreverse? Te engañas. A nada se ha atrevido. Ni una palabra nunca que no fuera de respetuosa amistad.

JOSEFINA

Entonces..., ¿cómo puedes saber...?

ÁNGELES

¿No lo sabes tú por medias palabras, por silencios de tu marido, según dices? ¿Cómo podía yo ignorarlo, aunque él nada dijera? Y ahora tendrás razón para decirme: «¿Y viéndolo, has jugado con el peligro, has permanecido aquí, a su lado?» ¿No lo dices? Lo piensas, y es bastante.

JOSEFINA

Sí, en efecto; lo extraño, sin dudar de ti; eso no. Supongo que habrá sido por no llamar la atención de tu marido, que nada habrá sospechado.

ÁNGELES

Nada podía sospechar. Yo misma no hubiera podido mostrar esquivez sin exponerme a que él pudiera decirme en qué fundaba mi actitud, a que él nunca ha dado motivo ni pretexto siquiera. Hubiera parecido presunción, ridículo alarde de espantadiza virtud.

JOSEFINA

Es verdad. Tu situación era muy delicada.

ÁNGELES

Con serlo tanto, aún no me hubiera detenido. Pero, ¡ay, Josefina mía!, tú no sabes, no sepas nunca la tristeza de preguntarse: «¿Qué debemos

hacer?», y cuando lo sabemos, cuando nuestra conciencia nos lo dice, la vida, implacable, sólo nos consiente esta pregunta: «¿Qué podemos hacer?» ¿Comprendes ahora cómo yo no debía, no podía comprender..., aunque lo comprendiera todo?

JOSEFINA

Ya ves si yo tenía razón. Este viaje de Aurelio es por ti.

ÁNGELES

Tampoco quería yo creerlo. Pero la verdad es inexorable. Sí, sí...; hemos vivido en un engaño peligroso..., y ahora veo que debo ser yo la primera en hablar..., aunque me muera de vergüenza. Aconséjame tú. Eres mi hermana del alma... Ya no me pregunto qué puedo hacer. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer, suceda lo que suceda?...

JOSEFINA

¡Pobre amiga mía! ¡Si yo hubiera podido sospechar!... ¡Creí hacerte un bien!...

ÁNGELES

Y bien me has hecho. No estés pesarosa. Mira, Joaquín con Aurelio. Ven, ven; no quiero verlos todavía. Joaquín creerá que estás en mi casa. Aun quiero hablar contigo; sólo tú puedes aconsejarme, sólo tú puedes darme el valor que me falta. *(Salen.)*

ESCENA II

AURELIO y JOAQUÍN

JOAQUÍN

¿Conque era verdad lo que nos habían dicho, que pensabas marcharte desde aquí, sin volver a Madrid siquiera por unos días, sin despedirte de nosotros?

AURELIO

Sin despedirme, no; hubiera ido a veros.

JOAQUÍN

Una visita de cumplido... No quieras saber el disgusto de Josefina cuando lo supo. Ya la oirás, ya. Te advierto, y con esto supondrás si puede nadie creer otra cosa, que hasta Josefina está en el secreto de este viaje tuyo tan imprevisto. No sabe todavía quién es ella, porque eso sería inconcebible en tu hermana; pero ya lo pregunta como el corregidor de la letrilla. ¿Quién es ella? Si antes de venir a tu casa ha querido ir a casa de Ángeles, no ha sido por otra cosa: por si su amiga sabe o sospecha. ¡Figúrate!

AURELIO

¡Bah! Josefina, con sus antiguallas de siempre. Como para ella un viaje es algo trascendental que no se concibe si no se ha anunciado y dispuesto con muchos meses de anticipación...

¡Como si este viaje fuera el primero que yo hago, así de repente, en mi vida!

JOAQUÍN

Está bien. Y estará mejor cuando se lo digas a tu hermana. Conmigo, no; a mí no vas a engañarme. Este viaje podrá ser por tu voluntad, pero no es por tu gusto. Este viaje es una fuga. Por evitar que suceda algo, o... porque ya ha sucedido; eso, allá tú. Si no hay más que mirarte a la cara en estos días para comprenderlo. Estás triste, muy triste; no puedes disimularlo. Esa tristeza es la que me hace creer en la versión más poética: que no ha sucedido nada. Tu fuga es un sacrificio a tu propia estimación, ¿no es eso? Tu propia estimación, que para ti en este caso significa la estimación de esa mujer; porque, hablemos claro, querido Aurelio: ¿te importaría tanto desmerecer a tus propios ojos si estuvieras seguro de que por atreverte a todo no ibas a desmerecer a los suyos? Es ante ella ante quien tú no quieres abdicar de tu papel de Dios (no se me ha olvidado el cuentecito). ¡La propia estimación! ¡Bah! Si se tratara sólo de tu estimación, ya te hubieras resignado a perderla..., todo lo que puede perderse tratándose de uno mismo. Con uno mismo está uno cumplido siempre. Nuestro corazón guarda tesoros de indulgencia para perdonarnos nuestras faltas, por graves que sean.

AURELIO

Pues bien: sí, acaso tienes razón. Para que ella

me estime siempre, no dejaré yo nunca de estimarme. Pero no has pensado otra cosa: es que ya no sabría decirte si me asusta más la idea de perderlo todo, al dejar de ser para ella el que soy, el que quiero ser, o la idea de no perder yo nada y que ella fuera la que dejara de ser para mí lo que es, lo que yo quiero que sea siempre. Figúrate que, por un milagro, una imagen santa de tu devoción fuera cristal de espejo al mismo tiempo, y al rezar ante la imagen, por ser imagen, te mirabas en ella por ser espejo y eras tú mismo la imagen que adorabas.

JOAQUÍN

Con esas sutilezas sólo has conseguido atormentarte. ¡Peligrosos juegos del corazón! De un corazón cansado; porque, con la mano en ese mismo corazón, ¿vas a decirme que hace diez años, pongamos menos, cinco, hubieras adornado esta aventura de tantas complicaciones? Y es que, en esta ocasión, al revés que en la fábula, no son las uvas las que, por estar en alto, están verdes: eres tú el que está ya maduro. No pretendo ser el Mefistófeles que te rejuvenezca; pero, a todo esto, ¿estás seguro de que van a agradecerte el sacrificio? Tu generosidad ha ofrecido sin tasa; pero ¿no crees que la generosidad del que ofrece debe tener un límite: la delicadeza del que acepta? ¿Podemos decir que en este caso no ha faltado esa delicadeza? ¿Cómo pensaban corresponder al aceptarlo todo de tu generosidad? ¿Con su trabajo el marido, que, por inconsciente, por despreocupado que sea,

ha debido comprender que no era mucho? ¿Con su gratitud ella? ¿Nada más que con su gratitud? ¡Gratitud! ¿Y tú no sabes que la gratitud, cuando le es imposible pagar siquiera en algo favores recibidos, llega a ser una carga, una humillación, y puede llegar a convertirse en odio, como todo lo que humilla y deprime?

AURELIO

¿Crees entonces...?

JOAQUÍN

Que el acreedor que no cobra no es tan enemigo nuestro como el deudor que no puede pagarnos. El primero tiene siempre el recurso de insultarnos y desatarse en dicterios contra nosotros, y no hay idea de lo que esos desahogos sostienen una buena amistad. El deudor, decorosamente, no tiene ese recurso. Por eso, nuestro deber es facilitarle el medio de pagarnos; por lo menos, la ilusión de habernos pagado. En mis tiempos de lucha, de vicisitudes, tenía yo un amigo, un desgraciado, que vivía a mi costa, que me lo debía todo y con nada podía pagarme. Él era el primero en proclamarlo. Parecía que su amistad no había de faltarme nunca. Pues no tardé en advertir que empezaba a odiarme; era un odio reconcentrado el suyo, que apenas se traslucía en gestos, en miradas, pero que sabe Dios adónde hubiera llegado si yo no me hubiera dado cuenta. Un día cruzábamos juntos una calle; de pronto avanzó hacia nosotros un automóvil a toda marcha. «Esta es

la ocasión», me dije. Fingí que no le había visto llegar, y, separándome unos pasos de mi amigo, me detuve en medio de la calle... El automóvil avanzaba sin acortar marcha. Mi amigo me avisó con un grito; yo seguí haciéndome el distraído; entonces, él, de un salto, cayó sobre mí, y sujetándome por un brazo, me arrastró hacía sí con violencia. Yo, exagerando el peligro, me abracé a él, trémulo de emoción, muy bien simulada. «¡Me has salvado la vida—le dije—, me has salvado la vida!» «¡Hombre, no tanto!», replicó él. «¡Sí, sí; te debo la vida, te debo la vida!...» No tardó en convencerse. Yo referí el salvamento a todo el mundo, con las mayores ponderaciones. Mi amigo reventaba de orgullosa satisfacción al oírme. Desde entonces, cuando me pedia algún nuevo favor, que era todos los días, y se mostraba cohibido, como temeroso de abusar, yo desvanecía al punto sus escrúpulos: «¡No faltaba más; si te debo la vida! ¿Qué puede negarse a quien nos ha salvado la vida?» Y gracias a esta ilusión de haberme pagado, fué ya siempre mi mejor amigo y no volví a tener de su amistad la menor queja. Aplica el cuento. Ya que tanto te importa la estimación de esa mujer, no vayas a perderla de puro sacrificarte por no desmerecer en su concepto. Déjate pagar de alguna manera, y piensa, sobre todo, que si es temible que una mujer diga de un hombre: «¡Qué miserable!», es más temible cuando piensa, sin decirlo: «¡Qué tonto!» Los ataques a su virtud los perdonan siempre las mujeres; los desaires a su hermosura no suelen perdonarlos... Y cualquiera que me oyese, cree-

ría que yo era aquí el corrido en aventuras amorosas y tú el novicio inexperto... ¡Chist! ¡Chist! Josefina y ella. Josefina le habrá hablado de ti con la mayor inocencia. Veremos si se ha dado por entendida.

ESCENA III

DICHOS, ÁNGELES y JOSEFINA

AURELIO

¡Josefina!...

JOSEFINA

¡Hermano! ¡Hermano!...

AURELIO

¿Estás muy enfadada conmigo? Me ha dicho Joaquín...

JOSEFINA

Sí, es verdad; estaba muy enfadada... Tus proyectos de viaje cuando creíamos que ya estarías siempre con nosotros..., y pensabas marcharte sin despedirte.

AURELIO

Eso no; hoy comeremos aquí juntos y mañana almorzaré yo con vosotros. ¿No es bastante para despedida? ¿Pasó ya el enfado?...

JOSEFINA

Después de hablar con Ángeles, ya no es enfado, es tristeza; una pena muy grande.

AURELIO

¿Qué ha podido decirte?

ÁNGELES

Aurelio, es necesario que hablemos usted y yo.

JOSEFINA

Sí; Ángeles quiere hablar a solas contigo.

ÁNGELES

No es que haya de ser un secreto para nadie, mucho menos para ti, mi hermana del alma. Es que... yo quisiera figurarme que hablo para mí sola, que pienso en alta voz, para saber yo misma lo que he pensado y por cobardía he querido aturdir con otros pensamientos.

JOAQUÍN

(A Josefina.) ¿Ella te ha dicho...?

JOSEFINA

¡Sí, este hermano mío!... ¡Pobre Ángeles!

JOAQUÍN

Por lo menos es franca. Otra no se hubiera dado por entendida. Hasta luego.

ÁNGELES

¡Josefina!

JOSEFINA

Vamos, ¿qué temes ahora? Hasta muy pronto. Joaquín y yo daremos un buen paseo por esos

jardines; después comeremos todos juntos; celebraremos el arrepentimiento de un pecador que alguna vez había de encontrarse con la virtud en su camino. Vamos, Joaquín. ¿Qué te decía yo, que Aurelio andaba enamorado?

JOAQUÍN

¡Qué no adivinarás tú!

JOSEFINA

Hasta se me ocurrió pensar en Ángeles.

JOAQUÍN

Pero, ¿te pareció inverosímil?...

JOSEFINA

Naturalmente... A no habérmelo dicho ella... Una mujer casada y tan amiga nuestra.

JOAQUÍN

Sí, era inverosímil. ¡Josefina mía! *(Salen Josefina y Joaquín.)*

ESCENA IV

ÁNGELES y AURELIO

ÁNGELES

Perdóneme usted..., perdóneme usted...

AURELIO

¿Perdonar yo?

ÁNGELES

Sí, sí; tiene usted mucho que perdonarme. Si yo supiera lo que después de haber hablado podía usted pensar de mí, acaso no hablaría como quiero hablar. No he previsto nada. Dejaré hablar a mi corazón; el de usted hablará también, y será la verdad. Hemos vivido en un engaño peligroso y sólo la verdad puede salvarnos.

AURELIO

¿Y sabemos nosotros mismos la verdad de nuestros sentimientos?

ÁNGELES

Dejando hablar a nuestro corazón hablará la verdad. No pensemos si será dolor o alegría; si la buscamos para nuestra conveniencia, ya no sería la verdad. Yo seré la primera en acusarme... Sí, sí, no tengo disculpa. Usted se habrá preguntado muchas veces: Pero esta mujer, ¿es mujer? Y ¿no ve, no comprende? Y si ve, si comprende, ¿cómo juega así con el peligro? ¿Cómo se complace en él? Sea usted franco, Aurelio. ¿Qué ha pensado usted de mí? ¿Ha creído usted que yo no comprendía o que no quería comprender? ¡La verdad, Aurelio; la verdad! Es su hora.

AURELIO

¿Quiere usted saber lo que he creído, lo que yo creo de usted? ¿Para qué mentir, si yo he sido su cómplice y seguiría siéndolo mientras usted

quisiera? Es usted la mujer enamorada que defiende su amor de todas las miserias de la vida; la primera, el carácter de su marido, débil, inconstante y, como todos los débiles, voluntarioso sin voluntad, violento sin energía, necesitado de una protección fuerte que, para no alarmar su vanidad de hombre, sepa ocultarse entre suavidades de caricias. Usted lo ha aceptado todo por él; entre mi protección y su confianza se interponía siempre la verdad de ese cariño, que para él era seguridad sin permitir sospecha; para mí era... adoración y respeto que la hubiera permitido a usted siempre este engaño de todos que era una sola verdad para usted. Y esa verdad de su cariño apasionado era mi pasión por usted... Yo hubiera querido que usted no lo comprendiera nunca para que aun hubiera usted aceptado de mí todo lo que yo hubiera querido ofrecer para verla a usted aún más dichosa, sin temor y sin desconfianza por haberlo aceptado. Otro hombre la hubiera querido a usted... como se quiere, como yo he querido tantas veces..., con egoísmo de hombre... Yo la he querido a usted... porque no podía usted quererme, y, no obstante, sabía..., sabía, sí. ¡Ya ve usted cómo he sabido quererla! Que si yo hubiera exigido..., exigir, no, suplicado con llanto del corazón, una limosna de su cariño, usted..., por mí no, por él, por él siempre, se hubiera usted compadecido de mí, pero con el corazón destrozado al sucumbir, heroica, sublime, con ese dolor que desgarra el alma y la ilumina al mismo tiempo, ese dolor que yo conozco, que es el del sacrificio; porque usted no habrá nun-

ca pensado de mí que yo, un hombre, un hombre fuerte que ha sabido luchar y vencer en la vida, podía ser tan cobarde, tan bajo, para no callar siempre, para no defender a usted contra usted misma, si usted hubiera llegado a creer que sólo con el sacrificio de tanta virtud podía corresponderse a tanta adoración.

ÁNGELES

¡Dios mío! ¡Aurelio! Habla usted por mí; es mi corazón el que habla por usted, y cuando yo creía acusarme, usted me perdona como no me hubiera perdonado nunca. Sí, eso he sido, eso soy: una mujer enamorada con toda su alma, con todos sus sentidos... Y valerosa, y cobarde, porque he visto con espanto cómo se pierde la confianza, la estimación, que es todo el cariño, ante la angustiosa pobreza que todo lo entristece... Y he tenido miedo y me he atrevido a todo, y he sido egoísta y he querido engañar y engañarme, hasta creer que yo nada significaba para usted.

AURELIO

¿Podría usted creerlo?

ÁNGELES

No lo creía, no; quería creerlo para no sentirme culpable; quería yo pensar que bastaría siempre con atenernos a las apariencias: la bondad de usted, nuestra gratitud... Cuando habló usted de emprender ese viaje, aun fuí más egoísta: no quise comprender que ese viaje era para usted

un sacrificio, una tristeza... Ahora lo veo; no he sido yo sola; sus hermanos de usted lo dicen, lo saben..., y tendrían razón para culparme. No, usted no se irá; usted no puede desbaratar su vida cuando ha venido usted a buscar descanso en el cariño de los suyos. Ese viaje es una generosidad más de su corazón que sería para mí un remordimiento toda mi vida... No, no se irá usted, por lo que más quiera.

AURELIO

¿Y no sabe usted que ver a usted dichosa es lo que más quiero en esta vida? Y si por haber dejado hablar a nuestro corazón en esta hora, que para mí vale toda mi vida, fuéramos a desistir de nuestro sacrificio, usted por él, yo porque usted lo quiere, ¿no sería separar nuestras almas para siempre? Sin dolor y sin sacrificio no sería yo tan dichoso en este instante. Si hubiera querido ser hombre, ya estaría pagado con su desprecio y mi vergüenza. No me he sacrificado por usted; no sienta usted remordimientos; me he sacrificado por mí, por mi propia estimación, por salvar lo mejor de mí mismo. Toda mi recompensa será vivir en su recuerdo, ni siquiera como soy, como he sido, sino como algo lejano, confundido con sus recuerdos de niña, como un santo de sus oraciones, como un mago bondadoso de sus cuentos...

ÁNGELES

Como un santo, como el hombre más bueno

del mundo. Aurelio..., déjeme usted besar su mano generosa.

AURELIO

¡Hija mía! ¡Criatura mía! Un solo beso en la frente. ¡Claridad del alma!

ESCENA V

DICHOS y PEPE

PEPE

¡Ángeles!

ÁNGELES

¿Eh? ¿Estabas ahí? ¿Llegas ahora?

PEPE

Sí.

AURELIO

Entre usted, entre usted. Nos encuentra usted algo emocionados. Mi hermana se ha propuesto que yo desista de mi viaje. No contenta con sus sermones, ha querido valerse de Ángeles... ¡Hemos recordado tantas cosas! Piense usted que Ángeles era una chiquilla cuando yo era ya todo un hombre... Debo ser para ella un hermano mayor, un padre.

PEPE

Sí... ¿No vamos a casa?

ÁNGELES

¿Has venido a buscarme?

PEPE

No... Me encontré a Josefina con su marido, le pregunté dónde te habían dejado, me dijeron que estabas en casa, fuí allí, no te encontré...

ÁNGELES

Los dos sabían que estaba yo aquí.

PEPE

Sí, sí..., me lo dijeron...; no me acordaba..., no sé lo que digo.

ÁNGELES

¿Qué te sucede? ¿Por qué me miras así?

AURELIO

¿Qué dice usted?

PEPE

Nada, no digo nada... Vamos, vamos pronto. Tú sabes que nada puedo decir aquí.

ÁNGELES

Aquí, ahora mismo, has de decirlo todo. ¿Qué piensas? ¿Qué has creído?

AURELIO

¡Ah! Me ha visto usted llorar, me ha visto usted besar su frente, y ha sido usted capaz de creer...

PEPE

No creo nada.

AURELIO

¿Qué ha creído usted, pregunto?

PEPE

Y yo no puedo contestar a usted todavía. Se lo debo a usted todo, todo, y antes de hablar como hombre, sé lo que me corresponde hacer como caballero.

AURELIO

Nada me debe usted.

PEPE

¿Se considera usted bien pagado?

AURELIO

¿Qué ha dicho usted?

ÁNGELES

¡Qué infamia!

PEPE

¡Vamos, vamos de aquí!

ÁNGELES

No, ahora no; contigo, no.

AURELIO

Piense usted que creyéndose usted el ofendido pudiera ser yo quien le pidiese cuenta de sus pa-

labras..., no por ofenderme a mí, por ofenderla a ella... Y si cree usted lo que cree, sólo por haber sentido la ofensa de su honor antes que la herida en su corazón, que ya debiera haber sangrado llanto si es verdad que duda usted del cariño de esa mujer..., sólo por eso ya la ha ofendido usted con el pensamiento, más que ella y yo pudiéramos haberle ofendido si fuera verdad... ¡Y merecía usted que lo fuera, lo que usted supone!

ÁNGELES

¡Aurelio!

AURELIO

¡Déjeme usted! Si ha de creer en usted no por lo que podamos decirle. Todas las razones del mundo, la evidencia misma sería ofender a usted... Ha de creer en usted con el corazón, como se cree lo que no se ha visto, lo que no se sabe, lo que no necesitamos saber para creer con toda el alma.

PEPE

Yo no he dudado de ella. No podría dudar.

AURELIO

¿Es de mí, entonces? De mí, cuando ha visto usted con sus ojos. Si no ha visto usted más con los ojos del alma, bien puede usted decir que se ha engañado miserablemente.

PEPE

De usted lo temía todo. No he podido engañarme.

AURELIO

¿Qué sabe usted? Si me ha creído usted un seductor vulgar, se ha engañado usted. Y ya que quiere usted mirarme como a enemigo, quiero serlo leal con usted. En mis conquistas, sépalo usted, he sabido estimar siempre lo que más valía, y he sabido conquistarlo para mí siempre que he querido. Si era una hermosura sin alma, la hermosura; el alma, si era el alma lo más hermoso. Piense usted que por desconfiar de mí ahora, cuando en mi corazón todo es serenidad, por dudar en este instante..., tal vez puede ser usted mismo el que va a hacerme dueño de su alma. Mire usted a sus ojos, que aun le miran a usted con la tristeza del cariño ofendido; caiga usted ante esa mujer de rodillas antes de que pueda mirarle con desprecio..., porque entonces..., a pesar suyo, a pesar mío, estaré siempre en su pensamiento; entre los dos, yo sería siempre el que más vale, el que debió haber sido, el que es siempre ilusión porque es siempre esperanza. Nada podría usted ya contra mí, y la habría usted perdido para siempre... No dirá usted que no soy enemigo leal... Aun está usted a tiempo de defenderse.

PEPE

¿Qué quiere usted decir?...

ÁNGELES

Perdónele usted, Aurelio.

AURELIO

Atiéndame usted con calma. Para juzgar de mi conducta, olvide usted otras historias semejantes; su pobre experiencia del mundo de nada ha de servirle en este caso. La verdad de cuanto ha pasado por mi corazón la hallará usted en ese corazón, que es todo de usted. Si usted no acierta a comprenderle, sólo usted será el desgraciado. Sólo quiero que tenga usted en cuenta... que, crea usted lo que crea, decida usted lo que decida..., yo no he de consentir que atormente usted a esta mujer con la sombra de una sospecha; no he de consentirle tampoco que, en nombre de su honor, de su dignidad, lo que usted quiera, pretenda usted entristecer su vida con miserias ni privaciones. Yo me iré mañana muy lejos..., alegre el corazón, como un padre que va a trabajar por la felicidad de sus hijos. ¡De sus hijos! Mire usted estas canas. Sería yo un miserable si no le confesara a usted que, en otro tiempo, el corazón hubiera podido más que todo. Hoy he podido vencer al corazón..., y como dijo un poeta, «cuando la cordura pasa por nuestras almas, la fatalidad retrocede y no hay tragedia posible en nuestra vida». Ahora la fatalidad se cierne sobre su corazón; en su corazón está la palabra de vida o muerte. Sólo quiero que piense usted si no sería muy triste, cuando estoy seguro de mí mismo, cuando he conseguido el triunfo más difícil en lo humano, poner de acuerdo la verdad de mi corazón con la verdad de mi conciencia, que una casualidad con apariencias de culpa pudiera dis-

poner en este instante de nuestra vida de un modo irreparable. ¡Poco valdría ser hombre si así fuera! Ahora, que su corazón le ilumine.

ÁNGELES

Y si dudas de ese gran corazón, duda también del mío.

PEPE

(A Ángeles.) Perdóname, perdóname. Pero ya no volverás a quererme como me has querido.

ÁNGELES

¿Por qué lo dices?

PEPE

Lo sé, lo siento. Lo mejor de tu alma ya no será nunca para mí. Pero yo no he dudado de ti nunca.

ÁNGELES

Y si yo hubiera dudado de él, de su corazón generoso, de la grandeza de su alma, ¿me hubieras visto acercar mi frente con orgullo al beso de su boca?

AURELIO

¿Y pudo usted creer que frente tan limpia de todo mal pensamiento pueda besarse con labios que no estén limpios de todo mal deseo?

ESCENA VI

DICHOS, JOSEFINA y JOAQUÍN

JOSEFINA

¡Ah! ¿Encontró usted a su mujercita?

ÁNGELES

Ya lo ves; aunque no quisiste decirle dónde estaba. ¿No sabías que entre nosotros no puede haber secretos ni mentiras?

JOSEFINA

¡Por Dios! No habrá sospechado nada malo. Ángeles tenía encargo mío de hablar con Aurelio. ¿Desiste de su viaje después de hablar contigo?

AURELIO

Al contrario; ahora más que nunca es inaplazable. Pero ya no voy triste, porque no voy solo.

JOAQUÍN

¿Que no vas solo?

AURELIO

No; llevo conmigo una gran alegría que llena mi alma; lo mejor que podía darme la vida, y... si algo bueno puede darnos la vida es porque lo mejor de la vida hemos dado...; que renunciar es poseer. *(Telón.)*

FIN DE LA OBRA

CAMPO DE ARMIÑO

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa la noche del 14 de febrero de 1916.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
IRENE, marquesa de Montalbán	SRA. GUERRERO.
CAROLINA, marquesa viuda de Los Robledales	SRTA. RUIZ MORAGAS.
NATALIA	SRA. SALVADOR.
FELISA, condesa de San Ricardo	SRTA. CANCIO.
MARÍA ANTONIA	» L. DE GUEVARA.
BEATRIZ	» HERMOSA.
DEMETRIA	SRA. TORRES.
LUISA	SRTA. TORREA.
DOROTEA	SRA. BUENO.
GERARDO	SR. DÍAZ DE MENDOZA (hijo).
CÉSAR ESTÉVEZ	» DÍAZ DE MENDOZA (F.).
EL DUQUE DE SANTA OLALLA	» SANTIAGO.
PACO UTRILLO	» DÍAZ DE MENDOZA (M.).
EL CONDE DE SAN RICARDO	» JUSTE.
SANTIAGO SOLANA	» PALANCA.
JOSÉ MARÍA	» VARGAS.
BALTASAR	» CAPILLA.
MARTÍN	» GUERRERO.
CRIADO 1.º	» CORONA.
ÍDEM 2.º	» SAMADA.

CAMPO DE ARMIÑO

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA I

NATALIA y LUISA. Luisa arregla las manos a Natalia.

LUISA

¿Pero no sabía usted nada?

NATALIA

No, hija: no. Si llevo una vida... No veo a nadie, no voy a ninguna parte.

LUISA

¿Guarda usted luto?

NATALIA

Luto no. ¿Para qué? Sería ridículo. Ni tampoco me dejarían llevarlo. ¡Bueno es el caballero! Pero siquiera debe una guardar las apariencias.

LUISA

Eso sí.

NATALIA

Así es que no salgo de casa. Es lo mejor para que no la traigan y la lleven a una. Aun así... Ya ve usted ese periódico. Lo que dice Fantomas. No trae los nombres, pero más claro... Ya me costará algún disgusto.

LUISA

¿Disgusto, por qué?

NATALIA

¡Ay! ¡Usted no sabe! Gracias que a mí... Pero acabe usted de contarme, que de mis cosas no quisiera ni hablar. ¡Estoy más harta!... Dígame usted, dígame usted... De modo que lo de la Celi y el americano...

LUISA

Ya le he dicho a usted. Que se ha terminado.

NATALIA

¡Estará buena!

LUISA

No quiera usted saber. ¿Le he hecho a usted daño?

NATALIA

No. Es nervioso. ¿Y dice usted que vende los muebles?

LUISA

Lo vende todo.

NATALIA

Estúpida. ¡Qué se había creído!

LUISA

Ahora dice que vuelve al teatro.

NATALIA

A buena hora. Creerá que el público se acuerda de ella. ¡Ay, dichoso y bienaventurado teléfono! En toda la mañana no ha parado. ¡Qué pejiguera! Y es que han leído el periódico y ya están rabiando por averiguar. Pues no me da la gana de ponerme al aparato. ¡Duro, duro! ¡Jesús, qué gente! Haga usted el favor de tocar el timbre. Que venga alguien a ver quién llama. Por mi parte... Serán...

ESCENA II

DICHOS y DOROTEA

DOROTEA

¿Qué manda la señorita?

NATALIA

¿Pero no estás oyendo el teléfono? A ver qué quieren. Di que no estoy en casa, que no...

DOROTEA

Será la señorita Julia, que ya ha preguntado dos veces esta mañana por la señorita.

NATALIA

¿La señorita Julia? Pues si es ella, la dices que... Si es ella me avisas, que tú no vas a saber decirla lo que yo te diga.

DOROTEA

Yo le diré lo que usted me mande.

NATALIA

No vas a darle toda la expresión. Anda, mujer, que van a volvernos locas. *(Vase Dorotea.)* Si es que he debido irme de Madrid. Pero como una no puede hacer nunca su gusto...

LUISA

No se queje usted, que es usted la mujer de la suerte.

NATALIA

Eso creerán muchos. Ya les daría yo. *(Entra Dorotea.)* ¿Quién era?

DOROTEA

La misma, señorita.

NATALIA

¿Sí? Perdone usted un momento. Voy a despacharla. Va a ir bien servida.

LUISA

No se disguste usted. *(Sale Natalia.)* ¡De qué mal temple está!

DOROTEA

No lo crea usted; pamplinas. Pues menuda suerte. Con la millonada que va a coger, según dicen todos.

LUISA

Pero ese dinero será del chico...

DOROTEA

Sí; pero mientras el chico se hace hombre... ¡Y si viera usted qué guapo es el muchacho!

LUISA

¿Pero está aquí?

DOROTEA

Anoche llegó con una hermana de la señorita. Una tía rancia de pueblo, que es la que se hizo cargo del muchacho, y le ha tenido siempre con ella en un poblachón, sin que nadie se acordara aquí de él para nada. Hasta ahora, que ha muerto el padre, y claro está, hay que traerle y presentarle, para coger la herencia.

LUISA

¿Pero es verdad que está reconocido?

DOROTEA

Reconocido y muy reconocido. Y como el Marqués no deja otros hijos de su matrimonio, usted verá. Ahora, que la familia revolverá Roma con Santiago. Como se trata de muchos miles...

LUISA

¡Ya! Pero si el chico está reconocido, no sé yo qué pueda valerles.

DOROTEA

Eso, ya veremos. Es gente gorda. Y si se mete la Curia de por medio... Ya sabemos todos lo que es la Curia.

LUISA

Vamos, eso será que no están las cosas tan claras.

DOROTEA

Claras sí están, según dice la señorita. Ahora, que vaya usted a saber. Allá cada uno. Que ella tuvo que ver con ese señor Marqués, sí es verdad. Ahora que dicen que el hombre siempre fué medio simple, y que le engañaron, y que hay quien sabe cosas, y... Pero ella está muy confiada. Y ella también tiene quien la aconseje y la valga. Que don Santiago anda con todos los peces gordos.

LUISA

¡Ya lo creo! Como que don Santiago no ha sido ya ministro por ella. ¡Como dió el escándalo de separarse de su mujer, y luego en todas partes se presenta con ésta! Como que hombre más enamorado de una mujer yo no lo he visto.

DOROTEA

No lo sabe usted bien. De rodillas por los suelos y llorando como una criatura le he visto yo

muchas veces. Porque ella le trata..., no quisiera usted saber. Calla, que vuelve. *(Entra Natalia.)*

NATALIA

Dispense usted, Luisa. A ver si nos dejan.

DOROTEA

¿Se ha despachado usted a su gusto?

NATALIA

No. ¡Pobrecilla! ¡Si ha estado tan cariñosa! Es una buena amiga. También me ha contado lo de la Celi. ¡Que me he reído! ¡Con el salero que tiene ese demonio de Julia para remedar, contándome lo que va diciendo el americano!

DOROTEA

¿Manda algo la señorita?

NATALIA

Nada. Oye. ¿Dónde está el señorito Gerardo?

DOROTEA

En el comedor con su tía, viendo el álbum de las postales de la Rosita, que le pedí yo que se lo dejara. Porque el muchacho, ¡ya se ve!, no sabe qué hacerse. Está como extrañado. Por cierto que la Rosita, no quiera usted saber. Le ha caído el huésped de lo peor. Se come de envidia. Las once son y no ha consentido salir de su cuarto.

NATALIA

Qué estúpida de criatura. Ya le diré yo. Pues tiene que acostumbrarse a quererle. No hay cosa más aborrecible que los hermanos mal avenidos. Lo sé por experiencia. Yo no he tenido más que disgustos con mis hermanos toda mi vida. ¿Qué le habéis dado al señorito para desayuno?

DOROTEA

Lo que él ha querido. Chocolate con buñuelos.

NATALIA

¡Ay, con buñuelos! El mismo gusto que su padre. También le gustaban mucho los buñuelos. ¡Cuántas veces los habremos comido juntos en las verbenas! Cuando yo le conocí era muy alegre, muy madrileño. Después, cuando tuvimos nuestro disgustillo, se fué a viajar dos o tres años, y volvió hecho un inglés. Tan inglés, que se casó con esa galga, que todos dicen que es tan distinguida y tan antipática. ¡Ay, si pudiera una vivir dos veces, para saber de joven lo que sabe una cuando ya no le sirve de nada! ¡Si yo hubiera querido entonces..., vamos! La marquesa de Los Robledales no hubiera sido otra más que yo. Porque quererme... Y él sería lo que se quisiera, pero lo tengo visto, el que se ha criado en buenos pañales se le conoce siempre. Podrá tener sus defectos, su genio, como lo tenemos cada uno, pero siempre hay señorío. No como otros...

LUISA

Tiene usted mucha razón. A mí que me den siempre tratar con personas de clase.

NATALIA

¿Y de dónde habéis traído los buñuelos?

DOROTEA

Julián los ha traído. Al señorito le han gustado mucho.

NATALIA

Está bien. Cuando él quiera le dais de almorzar. ¿Habeis traído dulces?

DOROTEA

Sí, señorita.

NATALIA

Que almuerce con su tía y su hermana. Yo no sé a qué hora almorzaré hoy. Según quien venga.

DOROTEA

La Rosita dice que no sale de su cuarto.

NATALIA

Ya verá si sale. Que no empiece así, porque la mando con las monjas.

DOROTEA

No se lo diga usted, porque no desea otra cosa.

NATALIA

¿Sí? Pues para luego es tarde. ¡Qué chica! Yo no sé a quién habrá salido tan despegada y tan farota.

LUISA

¿Están a su gusto?

NATALIA

Muy bien, Luisa.

LUISA

Pues hasta la semana que viene, si no manda usted otra cosa.

NATALIA

Nada, Luisa. ¡Ah, Dorotea! Dile al señorito que venga. Quiero que le conozca usted.

LUISA

Sí que tendré mucho gusto.

NATALIA

¡Usted ya está enterada de todo!

LUISA

¡Ya ve usted! En las casas a que va una no se habla de otra cosa.

NATALIA

Ni vamos a andar con tapujos. En este Madrid se vive en un escaparate.

DOROTEA

¿Qué le digo? ¿Que le llama usted?

NATALIA

Sí; que le llama su mamá. Que no venga con su tía. Que se acostumbre a no estar siempre pegado a sus faldas.

DOROTEA

Pues no sé si querrá separarse de ella.

NATALIA

No, si no será el muchacho, que estará harto de ella. Es ella la que no consiente separarse de él. Su gusto sería que el chico no quisiera a nadie más que a ella. Se ha llegado a figurar que ella es su madre. Anda ya, mujer, que quisieras estar enterándote siempre de lo que una habla.

DOROTEA

¿Pero no hablaba usted conmigo?

NATALIA

Anda ya, que Luisa tiene sus atenciones. *(Sale Dorotea.)* Va usted a ver qué hijo tengo. No es para presumir de joven, porque es ya un hombrecito. ¡Pero qué importa, lo doy todo por bien empleado! ¡Está una tan desengañada de todo! ¡Ahora siquiera tendré esta ilusión! ¡Que me quiera mucho! ¡Con la chica he tenido tan poca suerte! No es nada cariñosa. Dicen que los varones quieren más a las madres, y a los padres las

hijas. ¡Qué cosas! ¡Hasta en esos cariños se busca también lo contrario! Va usted a hacerme un favor, Luisa.

LUISA

Usted dirá.

NATALIA

Enterarse de si la Celi no ha vendido todavía el autopiano, y cuánto quiere de él. Es magnífico. Lo mejor que tenía en la casa. Si está en condiciones, quiere decirse que yo vendería el que tengo, que está ya muy estropeado, y le compraría el suyo.

LUISA

Pues hoy mismo me enteraré.

ESCENA III

DICHOS, GERARDO y DEMETRIA

NATALIA

Aquí le tiene usted.

LUISA

¡Vaya si es guapo!

NATALIA

Entra, entra. Ven acá. No saludas, no dices nada.

GERARDO

Muy buenos días tenga usted.

NATALIA

Usted, usted. Deja el usted. Es cosa de pueblo. Ya se conoce cómo te ha enseñado tu tía.

DEMETRIA

¡Ya estamos! ¿Por qué no le has enseñado tú?

NATALIA

No me hagas hablar. No hagas caso a tu tía.

DEMETRIA

Eso le enseñarás tú. A que me pierda el cariño. ¡A mí!

NATALIA

¡Que ya te estás callando! Ven acá. ¿Verdad que es muy guapo?

LUISA

Sí, señorita. Y tiene cara de bueno. Y muy buen aire.

NATALIA

De familia. Y eso que... ¡Ay, Jesús! ¡No só qué me da verte con esa librea!

DEMETRIA

Es el uniforme del colegio. El de paseo.

NATALIA

¡Bueno estaría el colegio!

DEMETRIA

El mejor de Moraleda. El de los Padres de la Anunciación.

NATALIA

¡Pues sí que tienen gusto los Padres! Pareces un hospiciano. Esta tarde vendrá el sastre y te hará cuatro o cinco trajes y abrigos. De todo.

LUISA

Bueno, señorita. Me voy corriendo, que aun me quedan tres casas. He tenido tanto gusto... Su mamá ya sabe que en todo lo que yo pueda servirles...

NATALIA

Saluda, hombre.

GERARDO

Usted lo pase bien. Para servir a usted.

LUISA

¡Señora!...

DEMETRIA

Servidora de usted.

LUISA

Ya vendré yo misma a decirla a usted lo que haya del piano. Muy buenos días, señorita.

NATALIA

Vaya usted con Dios, Luisa. *(Sale Luisa.)*

ESCENA IV

DICHOS, menos LUISA

NATALIA

¿Estás contento? ¿Has visto toda la casa?

GERARDO

Sí, señora.

NATALIA

¡Señora! ¿Pero no vas a acostumbrarte a llamarme como debes llamarme? ¡Mamá, mamá! ¡Y de tú, de tú siempre!

GERARDO

Sí, señora.

NATALIA

Bueno, hijo; como tú quieras. ¡Será desgracia mía no encontrar cariño en mis hijos!

DEMETRIA

¿Pero qué quieres que haga el muchacho? ¿Cómo va a acostumbrarse en un día a quererte ni a mirarte como tú quieres que te mire? ¿Te había visto en su vida?

NATALIA

¡Verme, verme! ¡Ya sabrá él por qué no he podido verle, por qué he tenido que sacrificarme toda mi vida! ¡Si tú le hubieras hablado siempre de mí, como debías haberle hablado! ¡Pero ya te

conozco! ¡De su madre ni una palabra! ¡Y si es caso, para hablar mal de mí! ¡Toda tu vida has sido una egoistona y la única santa de la familia! ¡Ya se ve! Para los que no te han conocido antes. ¡Cuando no se tienen más aspiraciones que cuidar gallinas en un lugarón, es muy fácil engañar a la gente!

DEMETRIA

¿Es que vamos a sacar a relucir historias sin reparar en nada?

NATALIA

Bien me puedes agradecer que reparo.

DEMETRIA

¿Yo a ti? ¿Verdad? Pues si a contar nos pusiéramos...

NATALIA

¡Qué no habrás tú contado!

DEMETRIA

Si yo fuera como tú, puede. Pero yo he sabido respetar siempre lo que tú no respetas. Ahora, ahora será cuando vea por sus ojos entre qué gente está y quién es cada uno. Que por mí...

NATALIA

No tendrá que ver nada. No tendrá que ver más que soy su madre; su madre, ¿no es verdad? Pero, ¿qué? ¿Estás llorando? ¿Por qué lloras?

GERARDO

No, señora; no lloraba.

NATALIA

¿Por qué tienes tú que llorar?

DEMETRIA

Creerás tú que el muchacho no tiene sentido. Son quince años.

NATALIA

No me llores tú. ¿Es que te has creído que tu tía y yo regañamos? ¡No, hijo; si esto no es regañar! Si es tu tía, que como te quiere mucho, tiene envidia, como los chicos. Porque cree que vas a quererme a mí más que a ella. No quiere hacerse cargo de que yo soy tu madre. Y una madre es antes que todo. Porque como una madre no hay nada en el mundo ¿No lo has oído tú siempre?

GERARDO

Sí, señora...

NATALIA

Te lo habrán dicho en el colegio, ¿verdad? Pero no me vayas a decir sí, señora. Di mamá, madre, lo que quieras. Oírte decir señora, me da frío.

DEMETRIA

Ahí tienes tú, que ahora viene a llamarte señora el que más podía dolerte.

NATÁLIA

Mira, Demetria, no quieras sacarme de tino. Para esto, podrías haberte ahorrado el viaje. Ya hubiera yo mandado a una persona de confianza por mi hijo.

DEMETRIA

Descuida; si esta misma noche me marcho. No reñiremos por eso.

GERARDO

¿Se va usted sola?

DEMETRIA

Sí, hijo; sí. Aquí no soy más que un estorbo. ¿No lo estás viendo?

NATALIA

Hay que dejarte. No le hagas caso. Se estará aquí todo lo que tú quieras. ¡Jesús, qué genio! ¡Con lo que yo te he querido siempre!

DEMETRIA

¡Ya se ve!

NATALIA

¡Ya se ve! ¡Tú, que no quieres verlo! ¡He tenido yo una suerte con mis hermanos!

DEMETRIA

La misma que ellos contigo.

NATALIA

¡Puede! Pues no sé yo quién se ha sacrificado por todos. Menos por ti, esa es la verdad.

DEMETRIA

¡Menos mal que tú lo dices!

NATALIA

Tampoco has necesitado nunca de mí. Pero Tomás y Pepe, ¿a quién se lo deben todo? ¿Quién los ha colocado? ¡Pues ni una mala carta, Señor; ni una mala carta, va para cuatro años! Señal de que no necesitan de mí. Ya lo sé. ¡Pero no deja de ser muy triste! ¿Tú sabes de ellos?

DEMETRIA

De tarde en tarde.

NATALIA

¿Cuántos hijos tienen?

DEMETRIA

Tomás, dos: chico y chica. Pepe, cuatro: chicos los cuatro.

NATALIA

Ya ves: yo sin saberlo.

ESCENA V

DICHOS, CÉSAR y DOROTEA

CÉSAR

(Dentro.) No se moleste usted en convencerme. Para mí está siempre la señorita. Y cuando no

está, espero a que vuelva; que es lo que pienso hacer aunque usted se oponga.

DOROTEA

¡Pero, don César, mire usted que...! *(Entra César y detrás Dorotea.)*

CÉSAR

¿Lo ve usted cómo está? ¡Natalia querida!

NATALIA

¡Hola, César! ¿Qué te trae tan temprano?

DOROTEA

Señorita, yo... La señorita me había dado orden...

CÉSAR

Sí; de no recibir a nadie. Pero yo no soy nadie.

NATALIA

Para don César estoy siempre, ya lo sabes. Como lo que menos podía esperar era verte a estas horas, entrabas en la orden general de no recibir.

CÉSAR

No estás sola... ¡Ah!, es...

NATALIA

Mi hermana Demetria.

CÉSAR

Muy señora mía.

DEMETRIA

Beso a usted la mano.

NATALIA

Y... ya sabes quién. Mi Gerardo.

CÉSAR

¡Ah!, un buen mozo. Yo no esperaba...

NATALIA

Quince años, César. El tiempo corre. Saluda a este caballero. Es un buen amigo.

GERARDO

Muy buenos días tenga usted.

NATALIA

El pobre mío está aún asombrado. No ha visto más mundo que la casa de su tía y un mal colegio.

DEMETRIA

Eso no; un colegio tan bueno como pueda haberlo en Madrid.

NATALIA

¡Calla, calla! ¡Qué puede haber en Moraleda! Hijo mío! Ya se educará aquí con los mejores

profesores. Aprenderá idiomas. Muchas cosas. Ya verás, ya verás. ¿Eres muy aplicado?

DEMETRIA

¡Ya lo creo que es! El primerito siempre en todas las clases. Los padres estaban embobados con él. El día de los premios pronunció un discurso que dió gloria de oírlo.

NATALIA

¡Qué te parece! ¡Yo estoy loca de alegría!

CÉSAR

¡Lo creo! Pues yo vengo de embajador.

NATALIA

¿Sí?

CÉSAR

Tenemos que hablar mucho. ¿Pedrá ser ahora?

NATALIA

Ahora mismo. ¡Figúrate! Ya estoy muerta de curiosidad. Oye, Gerardo, ¿quieres dar un paseo en automóvil? Un paseo por Madrid, por el Retiro, hasta la hora de almorzar. Verás qué bonito todo. ¿Qué te parece?

GERARDO

Lo que usted quiera.

NATALIA

Tú, tú. Lo que tú quieras.

GERARDO

Lo que tú quieras.

NATALIA

Así, así. Que vaya tu tía contigo.

DEMETRIA

¡Déjame a mí de automóvil! Y tampoco quiero que vaya Gerardo. Todos los días están ocurriendo desgracias.

NATALIA

No digas tonterías. ¡Qué desgracias! Si haces caso a tu tía... *(A Dorotea, que ha entrado un poco antes.)* ¿Está abajo el auto?

DOROTEA

Sí, señorita. Desde las once, como dijo la señorita.

NATALIA

Pues anda, anda. Trae el abrigo del señorito y un abrigo mío para la señora. Uno obscuro, y un sombrero también.

DEMETRIA

¡Jesús! ¡Déjame a mí de sombreros!

NATALIA

No vas a ir con el manto. No seas ridícula. Bien te ha gustado componerte. ¡Ah!, tráete tam-

bién el bolso que está encima de mi tocador; ya sabes. *(Sale Dorotea.)* ¿Y la embajada que traes es de muy alto?

CÉSAR

Traigo más de una y de todas clases. Altas, medias y bajas. Hay tela cortada.

NATALIA

Entonces, lo mejor es que almuerces aquí.

CÉSAR

Imposible. Estoy a régimen y no puedo almorzar más que en casa de Floro Esquivias, que tiene el mismo padecimiento que yo.

NATALIA

¿Pero tú tienes un padecimiento? No lo sabía.

CÉSAR

Sí. El mismo que Floro Esquivias. Nos lo ha recetado el mismo médico.

NATALIA

¿El régimen?

CÉSAR

No. El padecimiento. Verás. Floro y yo somos muy aprensivos; el médico de Floro es muy inteligente. Un día le propusimos que nos pusiera algún régimen, porque nos sentíamos muy delicados. Él nos preguntó qué nos gustaría comer. Adónde nos gustaría pasar los inviernos y los

veranos. En fin, qué género de vida nos sería más agradable. Y cuando se lo dijimos, pues nos recetó el padecimiento que nos convenía para nuestro régimen. Yo creo que ha sido un acierto. Mejoramos por días.

NATALIA

Tendrá que ver el régimen. Oye: ¿os ha recetado también algún específico?

CÉSAR

No. ¿Por qué?

NATALIA

Porque me han dicho que frecuentáis mucho una farmacia que está en el pasadizo de San Ginés.

CÉSAR

Te lo habrá dicho algún parroquiano. *(Entra Dorotea.)*

DOROTEA

Aquí está todo, señorita. El abrigo del señorito.

NATALIA

¡Ay, hijo mío! No sé qué me da verte con esa esclavina. ¡Sí que os llevaban buenos en el colegio! *(A Demetria.)* Ven acá, tú. Pruébate este abrigo. A ver. Puede pasar. El sombrero. ¡Mujer, así no! ¡Vaya, pareces otra! ¿Lo ves? *(A Dorotea.)* Ahora di a Julián que los lleve al Retiro. Dais

un paseo, os bajáis, veis la Casa de fieras. A Gerardo le gustará mucho. Se divertirá con los monos. Toma, para ti.

GERARDO

No, señora, no; muchas gracias.

NATALIA

Vamos, no seas tonto. Para que te compres lo que quieras, lo que más te guste.

GERARDO

Guárdelo usted, tía.

NATALIA

No; guárdalo tú. Tienes que acostumbrarte. Ya eres un hombre. ¡Ay, cómo me han educado a este hijo! Acompáñalos tú, Dorotea.

DOROTEA

Cuando ustedes gusten.

NATALIA

¿Te vas así? ¿No me das un beso? Yo te quiero mucho, mucho. Hasta luego. Ya me contarás todo lo que has visto. Verás cómo te gusta Madrid, y el Retiro, ¡qué precioso! Despídete de este caballero.

GERARDO

Usted lo pase bien.

CÉSAR

Adiós, pollo. Tanto gusto en conocerte. Señora...

DEMETRIA

Beso a usted la mano.

(Salen Gerardo, Demetria y Dorotea.)

ESCENA VI

NATALIA y CÉSAR

NATALIA

¿Qué me dices, César?

CÉSAR

Estoy conmovido. Tú sabes que siempre he sido un sentimental.

NATALIA

Un rico tipo, como dice el americano de la Celi. Eso es lo que tú eres. Pero como tienes mucho talento, sabes ser una buena persona cuando te conviene.

CÉSAR

Por fortuna, conviene muchas veces.

NATALIA

¿Qué te ha parecido mi hijo? ¿Verdad que recuerda a su padre?

CÉSAR

Sí, sí. Hay distinción, aire de raza. Verdad que Paco Utrillo, aunque sinvergüenza, es de buena familia.

NATALIA

Mira, César, ni en broma te consiento que digas eso.

CÉSAR

¡Natalia de mi corazón!

NATALIA

Nada, nada. Ni en broma, si no quieres que tengamos un disgusto serio.

CÉSAR

Mujer, no te enfades.

NATALIA

No me faltaba más sino que los amigos os encargarais de ir propalando esas historias. Sobre lo envidiosa y lo mala que es la gente, y lo que revolverá y tramará la familia de Agustín, para ver de quitarle a mi hijo lo que le pertenece. La herencia de su padre, su verdadero padre. ¿Te enteras?

CÉSAR

Sí, mujer. Agustín Pérez de León, marqués de Los Robledales, emparentado con las más linajudas familias, dueño de uno de los capitales más

saneados de España, muerto abintestato, sin hijos habidos en su matrimonio con la desagradable mujer que le amargó la vida durante doce años. Sin más herederos forzosos que la susodicha y desagradable mujer, hoy viuda suya, y este hijo suyo y tuyo, natural y reconocido en forma, fruto de juventud, de amor, quizás llamado a los más altos destinos como don Juan de Austria, para no citar más que a este bastardo ilustre, entre tantos como fueron honor y gloria de la bastardía. ¿Me quieres más serio?

NATALIA

Te quiero, amigo mío, y buen amigo, como lo has sido siempre. Por eso me molesta que digas lo que has dicho.

CÉSAR

¿Qué he dicho yo? Ya no me acuerdo.

NATALIA

Demasiado lo sabes. Eso, lo de Paco Utrillo, que no tiene ningún fundamento.

CÉSAR

De ti para mí, no voy a engañarte. Pero la verdad es una. La que está reconocida legalmente. Y muy legalmente. Lo que es eso, que se les quite de la cabeza, que no podrán borrarlo.

CÉSAR

Pues es lo que importa. La otra verdad...

NATALIA

La otra verdad, ¿quién puede saberla? Dios lo sabe.

CÉSAR

Tienes razón. Siempre me he reído con esos dramas y novelas en que se investiga con toda seguridad las más embrolladas paternidades. En casos como éste, la verdad es como tú dices, la verdad legal.

NATALIA

Cuando así consta, sus razones tendría para creerlo el que más podía haber dudado. Y para mí, aunque yo pudiera saberla, para una madre, la única verdad es la que más conviene a su hijo. Ahora dime, ¿qué embajadas me traes? Y si son malas, mejor es que lo dejemos para otro día, que hoy no tengo ganas de ponerme triste.

CÉSAR

Hay de todo, bueno y malo. La primera, ya que hemos hablado de él, es de Paco Utrillo.

NATALIA

Lo esperaba.

CÉSAR

Ya sabes que ahora está pasando una de sus crujías.

NATALIA

Lo sé. ¡No se muriera!

CÉSAR

Pues bien: como a pesar de desearle la muerte con tan fiero encono, no podrás negar que le has querido mucho, porque... ¿cuántas locuras nos has hecho por él?

NATALIA

Todas las de mi vida, eso sí, ¿para qué voy a negarlo? Le he querido, como no se puede querer a ningún hombre. Por eso mismo le odio como le odio. ¿Y qué habéis hablado? ¿Qué quiere de mí ese bandido?

CÉSAR

Quiere... Que te quiere mucho, según dice él, que no ha podido olvidarte y guarda todas tus cartas y las lee todos los días.

NATALIA

Ya entiendo.

CÉSAR

Entre esas cartas, según él, hay alguna un poco imprudente: le aseguras que el padre de tu hijo es él, y sólo él. Que el pobre Agustín estaba engañado. ¿Es verdad que tú has escrito todo eso?

NATALIA

Estaba tan loca por él, que aunque no hubiera sido verdad, yo hubiera querido entonces que lo fuera.

CÉSAR

No, y tú que cuando le escribes a uno para cualquier tontería sin importancia, no hay modo de averiguar lo que has escrito; en estas cartas habrás puesto hasta gramática y ortografía, para que no haya lugar a dudas.

NATALIA

Quiere decirse que ese bandido pretende venderme o vender mis cartas. Al mejor postor, ¿no es esto?

CÉSAR

Sin duda. Al que más le ofrezca. Tratándose de cantidades, siempre ha sido un romántico.

NATALIA

Si fuera yo sola, bien sé lo que tendría que hacer. ¡Pero son tantas cosas las que me atan! Mi situación con Santiago... A mí nada me asusta. Pero a él le asusta todo.

CÉSAR

Sí. Tu don Santiago, como no tiene más ilusión en este mundo que la de llegar a ser ministro, y ya tarda más de lo justo en logrársele, empieza a padecer monomanía persecutoria, cree que toda la humanidad nos hemos conjurado para cortarle la carrera.

NATALIA

No quieras saber. A mí siempre me lo está

echando en cara. No pasa día sin decírmelo. «Por ti, por ti no he llegado yo, ni llegaré nunca a ocupar la posición política que me corresponde. ¡Como en este país no sirve de nada contar con los hombres, si no cuenta uno con las señoras, y para las señoras yo no seré nunca más que el amigo de la Natalia!»

CÉSAR

¡Qué ingratitud! ¿Pues cómo se dió él a conocer en Madrid, sino por ser amigo tuyo? Cuando vino de su provincia con mucho dinero, pero con más ordinariez y sin ningún talento, ¿qué fué lo que le colocó entre la gente distinguida? Tu cartel de mujer hermosa. «Ese es el que está con Natalia», decíamos todos. No se le conocía por otra cosa. Sobre todo, tú podrías ser un inconveniente cuando vivía su mujer; pero ahora, viudo, ¿por qué no se casa contigo, como han hecho otros con sus amigas? La política es todo actualidad, y ni a los ministros ni a las ministras es de buen gusto recordarles su procedencia.

NATALIA

No, muchas gracias. Matrimonio, no. Y ahora, como comprenderás, menos que nunca. Me debo a mi hijo antes que a nadie.

CÉSAR

Así me gusta y ahora entramos en la más interesante de mis embajadas. Enviado extraordinario de la noble familia.

NATALIA

¿De la familia de Agustín? ¡Ya! ¿Ofrecimientos o amenazas?

CÉSAR

De la parte que a ti me envía, ni asomo de amenaza y los más lisonjeros ofrecimientos. Se trata de la hermana menor de Agustín. La marquesa de Montalbán, que desea conocer a tu hijo, al hijo de su hermano, y si tú no tienes inconveniente, está dispuesta a venir a tu casa.

NATALIA

¿A mi casa esa señora? ¿Pero sabe...? ¿Me conoce?

CÉSAR

Lo sabe todo, te conoce perfectamente. Pero la marquesa de Montalbán es así. ¡Qué voy a decirte! Si la conocieras como yo, nada te asombraría.

NATALIA

Sí, yo he oído hablar de ella. Por eso mismo me sorprende. Sé que es muy orgullosa, que no se ha casado por orgullo, porque nadie le parecía bastante noble para ella.

CÉSAR

Por eso mismo, porque es muy orgullosa, fuerte en su orgullo, no teme atreverse a todo, segura de que no puede desmerecer por nada.

Su hermano la quería mucho. Ella adoraba a su hermano, detesta a su cuñada, y no se lleva muy bien con los demás parientes, excepto con su tío, el duque de Santa Olalla, un gran señor, muy simpático, algo extravagante, en opinión de las gentes, porque suele decir en alta voz lo que piensa.

NATALIA

¿Y dices que quiere conocer a mi hijo?

CÉSAR

Quiere algo más. ¿Qué pensabas tú? ¿Tener al chico aquí, contigo, en tu casa?

NATALIA

¿Por qué no? Ya no está en edad de tenerle en un colegio.

CÉSAR

¿Y crees tú que tu casa es el mejor lugar para un niño que empieza a ser hombre? ¿Que por haber vivido lejos de ti, han de extrañarle muchas cosas, a las que él buscará explicaciones que tú no podrás darle siempre?

NATALIA

Eso no me preocupa. La vida por sí sola lo va explicando todo.

CÉSAR

Es verdad. Dulcemente, sin violencia, cuando desde que somos niños empieza con nosotros su

triste enseñanza. Pero tu hijo ya no es un niño, y al comprender ahora, ya no sería poco a poco, sería de un solo golpe toda la tristeza de saber. Sin que puedas contar con su corazón lo bastante para defenderte con la verdad de su cariño contra la verdad de tu vida.

NATALIA

Entonces, no quiero pensar que vas a proponerme que me separe de él. ¡Separarme de mi hijo, el hijo de mi vida!

CÉSAR

Mira, Natalia, yo sé que en este momento eres sincera, como lo eres siempre, en todos los momentos de tu vida. Pero como tu vida es toda momentos, y tienes momentos para todo, respetando la seriedad de este momento, me permitirás que no le conceda ninguna importancia. Pasemos a otro momento de tu vida, y piensa también en serio lo que te conviene a ti, y lo que conviene a tu hijo, si es verdad que le quieres en este momento, como no le habías querido en ningún otro momento de tu vida. La marquesa de Montalbán sólo espera que yo avise por teléfono para presentarse en tu casa. Ella, mejor que yo, sabrá convencerte. Su deseo es hacerse cargo de tu hijo, ser una madre para él. La Marquesa está sola en el mundo, el único gran cariño de su vida fué su hermano Agustín, el padre de tu hijo. Otro amor hubo también en su vida, según cuentan, y no por uno de sus iguales. La

única vez que estuvo enamorada, ¡y de qué modo!, fué de un plebeyo, y de lo más plebeyo. Su familia, como es natural, se opuso con violencia, trataron de declararla loca. El único que la defendió y protegió contra todos fué su hermano Agustín, tu Marqués.

NATALIA

¿Y esos amores...?

CÉSAR

Tuvieron el fin más desdichado para ella. Cuando la familia cedió por fin, cuando ella, ella misma ofreció su corazón y su nobleza y su hermosura al plebeyo, fué el plebeyo el que huyó acobardado y, lo que es peor, despreciativo. La noble señorita enamorada, le pareció sin duda en su ruin pensamiento una vulgar viciosa.

NATALIA

¿Y no era así?

CÉSAR

No. Irene de Montalbán era una revolucionaria aristocrática. Quiso restaurar el amor a su primitiva verdad. La salud, la fuerza, la corporal hermosura, la verdad del amor. ¿Pero qué hemos hecho del verdadero amor? Entre la moral, la poesía y todo género de literatura, razones económicas, y conveniencias sociales, hemos invertido los valores. El verdadero amor es lo que hoy nos parece vicio, y en cambio llamamos amor a mil viciosas perversiones sentimen-

tales que empobrecen la vida tristemente. ¿Comprendes ahora por qué Irene de Montalbán, revolucionaria aristocrática, no tiene reparo en venir a ti, y cómo sin conocerle ya quiere a tu hijo, que es el hijo de su hermano, y para ella algo más, el hijo que ella no tendrá nunca? Ese hijo de ilusión, que es sin duda el preferido de todas las mujeres, porque sin nacer nunca a la vida, vivo está siempre en las entrañas de su alma. Créeme, Natalia, sigue mi consejo, que aunque no fuera el de un buen amigo, ya vale mucho sólo por ser desinteresado. Renuncia en la marquesa de Montalbán todos los derechos sobre tu hijo.

NATALIA

¿A la herencia también?

CÉSAR

Por favor, ahoga ese grito de tu corazón y no pases cuidado. Tu hijo heredará cuanto le corresponde. Por parte de la Marquesa no tienes que temer nada. En cuanto a los otros parientes ya es otra cosa. Pero, en fin, con la autoridad moral de la Marquesa, siempre estarán los derechos de tu hijo mejor defendidos. ¿Me permites que avise a la Marquesa?

NATALIA

Espera. Sí, no puedo negarme a recibirla; pero... ¿Quieres creerlo? Estoy acobardada, como no lo he estado en mi vida. ¿Estás seguro de que vendrá?

CÉSAR

En cuanto yo avise, vendrá acompañada de su tío, el duque de Santa Olalla.

NATALIA

¿También el Duque?

CÉSAR

Ése es muy campechano. Empezará por tutearte. Te abrazará, te dará palmaditas, gastará bromas contigo. Es muy campechano. Ahora, que ¡pobre del que se confíe en sus familiaridades y se permita con él la menor falta de respeto!

NATALIA

Yo no he de permitírmelas. Oye: ¿te parece que estoy bien así, o debo ponerme de negro, o siquiera algo más obscuro?

CÉSAR

No. A ver. Estás bien así. Vamos, ¿qué decides?

NATALIA

¿Qué voy a decidir? Que vengan cuando quieran.

CÉSAR

Pues voy con tu permiso. *(Entra César y suena el teléfono. Natalia toca el timbre y sale Dorotea.)*

NATALIA

Llévate esta figura allá dentro. Y estos retratos,

y estos libros. Que estén al cuidado en la puerta. No tardará en venir una señora acompañada de un caballero. Sin preguntarles nada, que pasen aquí en seguida.

DOROTEA

Está bien, señorita. *(Sale Dorotea.)*

CÉSAR

(Entrando.) No tardarán cinco minutos en estar aquí.

NATALIA

No creo que Gerardo tarde en volver. Sentiría... ¿Quién? Es Santiago. ¿Pero no se había ido de caza? ¡Qué oportunidad!

CÉSAR

Sí que es oportuno. Pero descuida. Le echaremos si nos estorba.

ESCENA VII

DICHOS y D. SANTIAGO

NATALIA

Buenos días.

SANTIAGO

¡Hum!

NATALIA

Está aquí César.

SANTIAGO

¡Ah! Perdona. ¿Cómo te va?

CÉSAR

Delicado.

NATALIA

¿No estabas de caza?

SANTIAGO

¡De caza! ¿Crees tú que iba a ir yo de caza, después del articulito de anoche? ¡Para estar en ridículo! A este paso tendré que irme de Madrid, de España. ¡Si es eso lo que se han propuesto entre todos!

NATALIA

¡Vaya! La monserga de todos los días. ¡Te advierto que como hoy no pensaba verte, no estoy preparada!

SANTIAGO

¡Sí, búrlate, ríete de mí como siempre! ¡Claro, tú estás tan satisfecha! ¡Para ti todo lo que sea escándalo y reclamo!

NATALIA

Oye, oye, que yo no tengo la culpa de nada. Si te ha molestado lo que dice el periódico, a mí tampoco me ha hecho maldita la gracia.

SANTIAGO

¡No digas! ¡Si tú gozas con que demos que hablar! ¡Si las cosas se hubieran llevado con dis-

creción, si tú no hubieras ido contándole la historia a todo el mundo... ¡Señor! Si hasta los criados del Casino y los peluqueros y los cocheros no hablan de otra cosa. Y eso sería lo de menos. Pero mis enemigos políticos sacarán partido de todo. Mi nombre andará mezclado en este pleito que pondrá la familia, una familia aristocrática, y con ella toda la aristocracia, por espíritu de clase, se pondrá en contra mía.

CÉSAR

¡La catástrofe!

SANTIAGO

¡Eso, eso, tú lo has dicho! ¡La catástrofe! Ya puedes estar satisfecha. ¡No, si mientras haya mujeres y hombres, la ópera de *Sansón y Dalila* será eterna!

CÉSAR

No te pongas así. ¡Quién hace caso de óperas!

SANTIAGO

César de mi alma, tú que tienes tan buen sentido, tú que conoces el mundo y las gentes, y este Madrid, y conoces mi situación difícil, y entras en todas partes, y oyes a unos y a otros, ¡dime si no tengo razón!

NATALIA

¿Pero qué querías que hiciera yo, vamos a ver? ¿Querías que yo hubiera renunciado a todo, a presentar a mi hijo como heredero de su padre?

¡Como si eso pudiera hacerse! ¡Para que mi hijo el día de mañana viniera a pedirme cuentas con sobrada razón! ¡Como si yo tuviera derecho a dejar perder lo que no es mío! ¿Es eso lo que tú querías? Porque si no es eso, no sé yo cómo iba a evitarse que todo el mundo se enterara de todo. Y mira, Santiago, ya estoy harta de oírte siempre lo mismo. Y si crees que soy yo quien te perjudica, por mí, punto y aparte. Ni yo te debo ni tú me debes. En media hora está hecha la cuenta. Siquiera viviré tranquila lo que me quede de vida. ¡Señor! Y por mí que te hagan ya siete veces ministro, que yo iré al Congreso a oír lo que te dicen y lo que tú contestas, que será más gracioso.

SANTIAGO

¡Las mujeres! ¡Esto son las mujeres! Con ellas no hay nunca término medio. Hacen de tu vida una tragedia o un sainete. O te llevan al precipicio o te ponen en la picota.

CÉSAR

Si yo fuera dueño de la situación, después de oírte, no dudaría en llevarte al banco azul. Pero hablemos con juicio, Santiago. ¿De qué te quejas? Si lo que te sucede a ti me recuerda lo que me sucedía a mí de pequeño en mi casa. Yo me criaba delicaducho, y siempre que mis hermanos iban a paseo, al teatro, a cualquier fiesta, yo tenía que quedarme en casa Yo rabiaba y pataleaba, y por consolarme, todos eran a comprarme dulces, juguetes, a contentarme de todas maneras. Pues

a ti te sucede lo mismo. No te harán ministro, pero, hijo mío, muchos años dure. Porque con eso de que no pueden complacerte, no hay cambio de situación ni crisis ministerial de que tú no saques alguna ventajilla. Senador vitalicio, consejero de esto o de lo otro, grandes cruces, y en el distrito cuanto pides. Como que todos los que no estaban de tu parte han tenido que emigrar, porque les habías hecho la vida imposible. De modo que tu feudo es hoy una balsa de aceite, con muy poco aceite, es verdad, el de tus olivares nada más. Pero como una balsa. ¿Y te quejas todavía.

SANTIAGO

Ríete tú también. ¡Hasta los íntimos!

NATALIA

Si todos tomáramos el mundo como César, como debe tomarse, a broma...

SANTIAGO

A todo esto, ¿ha habido alguna novedad? ¿Llegó el heredero?

NATALIA

¡Para qué voy a decirte nada! ¡Para disgustarnos! Ya hablaremos cuando estés más tranquilo. Ahora vas a hacerme el favor de marcharte, y por la escalera de servicio.

SANTIAGO

¿Sí? ¿Qué ocurre?

NATALIA

Nada. Que yo estoy mejor relacionada que tú, para que presumas. Que dentro de unos minutos estarán aquí, en mi casa, la señora marquesa de Montalbán y el señor duque de Santa Olalla. ¡Nadie!

SANTIAGO

¿Es posible?

NATALIA

Para que veas que no soy yo quien asusta a la gente.

SANTIAGO

Esto es cosa tuya.

CÉSAR

Te aseguro que no.

SANTIAGO

Bien. ¿Pero esa visita, es de paz o de guerra?

NATALIA

Para guerra me parece que no se molestarían en venir. De paz y muy de paz.

SANTIAGO

¿Qué dices tú, César? Si esto se sabe, ¿no será peligroso? ¿No habrá alguna incorrección en todo esto?

CÉSAR

Si hay incorrección, ya la corregiremos. *(Entra Dorotea.)*

DOROTEA

Señorita, señorita: esos señores ya están ahí.

NATALIA

Ya lo oyes.

SANTIAGO

¿No dirás ninguna imprudencia?

NATALIA

¿Me irás a enseñar tú a tratar con la grandeza?

SANTIAGO

En ti confío.

CÉSAR

No hay cuidado. Las mujeres están siempre a la altura de las circunstancias. *(Sale Santiago.)*

ESCENA VIII

NATALIA, CÉSAR, la MARQUESA DE MONTALBÁN y el DUQUE DE SANTA OLALLA

CÉSAR

Irene, Duque...

NATALIA

Señora, ¡tanto honor!

IRENE

Saludo a usted.

NATALIA

Señor Duque...

DUQUE

Nosotros ya nos conocemos. De Biarritz, de París, no sé de dónde, pero no es la primera vez...

NATALIA

Tomen ustedes asiento. ¿Dice usted, señor Duque?... Yo no recuerdo haber tenido ese honor antes de ahora.

DUQUE

Sí, sí, hija mía; yo recuerdo. A mi edad es una impertinencia fijar fechas, porque nunca son agradables. Se remontan, se pierden...

NATALIA

Aquí estará más cómodo el señor Duque.

DUQUE

No te molestes, hijita. Perdona, tengo la costumbre de tutear a todo el mundo. Él usted sólo me parece propio para enfadarme. Vejeces, rarezas.

NATALIA

Entonces, quiero esperar que me tuteará usted siempre.

DUQUE

No hago más que darle vueltas dónde nos vimos. Fué en una fiesta. De eso me acuerdo. Mu-

jeres, músicas, locuras. ¡Ah, no, no eras tú; perdona! ¡Qué memoria! ¡No eras tú! Es que a mí todas las mujeres guapas me parecen la misma.

IRENE

Entretenga usted a mi tío. De otro modo no acabaremos nunca.

DUQUE

Para mí no hay más que dos tipos de mujer: las guapas, que ya digo, me parecen todas la misma, y las feas, que no me parecen mujeres. ¡Rarezas, vejeces!

CÉSAR

Con permiso, Duque. ¿Hace mucho que no va usted por casa de Hilario? Creo que ha recibido cosas magníficas. En porcelanas, sobre todo.

DUQUE

No me hables de Hilario, querido César. Desde que me engañó con los esmaltes... No, eso no; aunque él tenga la costumbre de engañar a todo el mundo, a mí no debía engañarme. Conmigo no, conmigo nó.

CÉSAR

No sabía... ¡Cuénteme usted, Duque; cuénteme usted! ¡Ese Hilario!

NATALIA

Señora...

IRENE

Hay que perdonarle. Como dicen en Inglaterra, está ya un poco distraído. Siéntese usted. Supongo que nuestro amigo Estévez le habrá a usted anticipado...

NATALIA

Sí, el deseo de usted. Por cierto, usted perdone. *(Toca el timbre y entra Dorotea.)* En cuanto vuelva el señorito Gerardo, que venga aquí; él solo.

DOROTEA

Está bien, señorita. *(Sale.)*

NATALIA

Ha salido a dar un paseo. No tardará. Si yo hubiera sabido antes...

IRENE

Esperaremos. César le habrá dicho a usted también...

NATALIA

Sí, señora. Lo que usted quería a su hermano.

IRENE

Lo que debo querer a su hijo. Por eso cuando todos en mi familia, no debo ocultarle a usted nada, se disponen a luchar contra usted por todos los medios, hay que estar prevenidos; yo sola estoy dispuesta a defender a su hijo contra todos.

Yo no puedo dudar como ellos. Entre mi hermano y yo no hubo nunca secretos. Se sorprendería usted si yo le contara intimidades, cosas que usted tal vez haya olvidado. Mi hermano se acordaba siempre de usted. Pocos días antes de casarse, me hizo depositaria de sus recuerdos. Entre esos recuerdas, aun guardo algunas cartas de usted, algún retrato.

NATALIA

¡Dios mío! No quiero pensar en lo que puedan decir...

IRENE

Lo que se dice siempre en esas cartas. Yo no me asustaba al leerlas. Soy poco asustadiza. ¿Mi hermano no le había hablado nunca de mí?

NATALIA

No me hablaba nunca de su familia. Yo tampoco le preguntaba nunca. Me he creído siempre indigna de nombrar a ustedes entre nosotros.

IRENE

No está mal.

NATALIA

Y agradeciendo a usted el honor de ver a usted en mi casa, sentiría que pudiera costarle a usted la menor violencia. Yo hubiera mandado a Gerardo a su casa de usted, con César mismo, con quien usted hubiese deseado.

IRENE

No. He preferido verle yo antes. No quería verle en mi casa hasta no estar segura de que será para permanecer en ella. Suponga usted que al verle... no quisiera asustar a usted. ¿De veras no ha oído usted nunca hablar de mí?

NATALIA

Lo que se habla en Madrid de toda persona conocida. De usted sólo alabanzas.

IRENE

Es posible. Dicen que soy muy orgullosa. No lo sé. Me sucede que soy muy apasionada en mis juicios, si puede llamarse juicio a decidir siempre por la primera impresión. Persona que no me sea agradable a primera vista, me será siempre aborrecible. Y para obstinarme en esta regla de conducta, debo advertir que me he engañado muy pocas veces. La expresión de la mirada, un gesto cualquiera, una inflexión de voz, bastan para determinar mi simpatía o mi antipatía. En este instante mi corazón está abierto a la simpatía. Tiemblo de impaciencia por conocer a ese niño. A pesar de todo, si al verle viera algo en él que me digustara, no podría vencer mi repulsión y sería inútil que pretendiera disimularlo, porque no sé mentir.

ESCENA IX

DICHOS, DOROTEA y GERARDO con un ramo de flores

DOROTEA

Aquí está el señorito.

NATALIA

Ese es mi Gerardo.

IRENE

¡Ah, sí!

NATALIA

Acércate, saluda.

GERARDO

¿Cómo están ustedes?

IRENE

Es el niño, tío; es el niño.

NATALIA

¿Quién te ha dado estas flores?

GERARDO

Las he comprado para usted.

NATALIA

¡Qué fina es tu tía! Ha sido ella, ¿verdad?

GERARDO

No, señora; he sido yo. Como me dió usted dinero..., eran tan bonitas... Tenga usted.

NATALIA

No, para mí, no. Ofréceselas a esta señora. Esta señora te quiere mucho.

IRENE

Sí, hijo mío. Voy a quererte mucho. Es de los nuestros, ¿verdad, tío?

DUQUE

Sí, sí. Parece un Van-Dyck. Mejor dicho, un Van Loo. Me recuerda mucho un Van Loo que yo tengo. Un principito de la casa do Parma. Finura de líneas, raza.

IRENE

¿Llevas traje de colegial?

GERARDO

Sí, señora.

NATALIA

¡Horrible!

IRENE

No. Le hace más aniñado. Estos ojos, sí. La misma dulzura triste. Le quiero. Dame un beso, y anda, anda a jugar. Cuando yo tenía tus años me aburrían mucho las visitas. Tenemos que hablar de cosas tristes, fastidiosas. Mírame antes. También tú has de quererme.

NATALIA

Anda, Gerardo; despídete.

GERARDO

Queden ustedes con Dios. Para servir a ustedes.

(Sale Gerardo.)

DUQUE

Es gracioso.

NATALIA

El pobre aún no sabe. Aún está asustado.

IRENE

¿Le habrá a usted dicho César mi propósito?

NATALIA

Sí, señora.

IRENE

¿Acepta usted?

NATALIA

¿Cómo no aceptar? Yo sé que soy indigna de ser su madre, y con usted es, para bien suyo, su felicidad.

IRENE

No se aflija usted. No es mi intención separar a usted para siempre de su hijo. César le dirá a usted lo que hemos hablado acerca de esto.

CÉSAR

Sí, sí. Todo se resolverá a satisfacción. Tu hijo vendrá a verte los días que tú designes.

NATALIA

Cuando ustedes dispongan. Yo nada exijo. Nada pido.

DUQUE

Eso no. Puede venir una vez al mes, a la semana; eso. Nosotros sólo quisiéramos que ese día..., vamos, que ese día fuera..., ¿cómo diría yo? Como esos días de los teatros: un día blanco. ¿Comprendes la idea?

NATALIA

Sí, sí, comprendo.

IRENE

¡Por Dios, tío! ¡Perdone usted!

DUQUE

Yo soy muy claro. Hay que decir lo que se piensa. Después son los disgustos. Mi padre lo decía siempre: La peor verdad sólo cuesta un gran disgusto; la mejor mentira cuesta muchos disgustos pequeños, y por fin el disgusto grande. ¡La verdad, la verdad siempre!

IRENE

Entonces, por mediación de nuestro amigo, espero que muy pronto...; yo soy muy vehemente, pero no quiero imponer a nadie mi vehemencia. Será cuando usted quiera. Piense usted sólo lo que conviene a su hijo. Y adiós.

NATALIA

Adiós, señora, y gracias con todo mi corazón. Gracias.

DUQUE

Mi sobrina, un ángel. Hay corazón. Es como mi padre, como yo. Otra raza. Ahora no. Mezquindad, ramplonería. Ahora no. Salud, hijita; salud. ¿Vamos, Irene?

IRENE

César...

CÉSAR

Yo salgo también con ustedes.

(Salen todos. A poco vuelve Natalia, toca el timbre y sale Dorotea.)

NATALIA

Tráeme a mi hijo.

ESCENA X

NATALIA y GERARDO

GERARDO

¿Me llamaba usted?

NATALIA

Sí, hijo mío. ¿Nunca vas a llamarme como yo quiero?

GERARDO

Sí, mamá.

NATALIA

Hijo mío. ¿Has paseado? ¿Qué has visto?

GERARDO

Muy bonito todo: el paseo, las calles. ¡Cuánta gente!

NATALIA

Dime, Gerardo, ¿qué piensas tú de todo esto que te sucede? ¿Qué crees tú?

GERARDO

No sé. Lo que me dicen..., que se ha muerto mi padre... Que me han traído a esta casa, que es de usted...; que ya no volveré al colegio, ni estaré con mi tía.

NATALIA

Sí, todo eso. Pero hay algo que debemos decirte, que soy yo quien debo decírtelo, para que sepas... Sí, ya eres un hombre; es mejor que lo sepas todo por mí. Verás, es como un cuento. Yo era muy joven; mis padres eran de clase humilde, artesanos. Vivíamos muy pobremente. Se enamoró de mí el hijo de unos marqueses, unos señores muy ricos, muy nobles, como esa señora y ese caballero que estaban aquí. Verás: como yo era muy pobre y él era muy rico, sus padres no querían que se casara conmigo. Pero él me quería mucho... Pero sus padres...; no podíamos casarnos... Pero nos queríamos tanto, que naciste tú sin... De modo que tu padre después se casó con otra mujer, porque le obligaron sus padres, y yo tuve que separarme de ti..., y por eso...

ESCENA XI

DICHOS y PACO UTRILLO

NATALIA

¡Miserable! ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Cómo has podido entrar en esta casa? ¡Vete, vete, o...!

PACO

Calma, calma. No alborotemos. En tu casa entro yo siempre que quiero. Aun tengo quien me sirva en ella. No todos me han olvidado. He venido a conocer a tu hijo. Nuestro hijo, aunque tú no quieras.

NATALIA

¡Calla, calla!

GERARDO

¿Qué dice este hombre?

NATALIA

¡Calla, o soy capaz...!

PACO

Ya lo sé de lo que eres capaz. Pero esto mismo que te digo aquí, lo sabrá todo el mundo, y el primero...

NATALIA

¡Calla, calla! ¡No hablarás! ¡Calla, calla! ¡Dorotea! ¡Joaquín! ¡Aquí todos!

(Aparecen Dorotea, Demetria y varios criados por diferentes puertas.)

DEMETRIA

¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?... ¡Gerardo!

DOROTEA

Señorita, ¿qué es?... ¿Qué sucede?

PACO

No hay que alborotarse. Ya me voy. No venía más que a verle. Ya le he visto. No ha ocurrido nada. Dejen paso. *(Sale.)*

NATALIA

¿Quién ha dejado entrar a ese hombre en mi casa? ¿A quién ha comprado? ¿Quién ha sido? ¡Todos iréis a la calle, a la calle todos!

DOROTEA

Yo no he abierto la puerta.

CRIADO 1.º

Yo no sé nada.

CRIADO 2.º

Usted tiene que haber sido.

NATALIA

(Dentro.) Está una vendida en su casa. Basta de explicaciones. ¡A la calle, a la calle!

DOROTEA

(Dentro.) Señorita, que yo no sé nada.

CRIADO 1.º

Yo no estaba en la puerta.

CRIADO 2.º

Pues yo tampoco.

ESCENA XII

DEMETRIA y GERARDO

DEMETRIA

Hijo mío, ¿te has asustado? ¿Qué tienes?

GERARDO

¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué casa es ésta?

DEMETRIA

¿Esta casa? La casa de tu madre. ¿No lo sabes?

GERARDO

Yo no quiero estar en esta casa.

DEMETRIA

¡Eso es lo mismo que decir que no quieres a tu madre! ¿Es eso?

GERARDO

¡Eso no, eso no! ¡Pero yo no quiero estar en esta casa! ¡No quiero estar en esta casa!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala elegante.

ESCENA I

El DUQUE DE SANTA OLALLA, BALTASAR
y después MARTÍN

DUQUE

¿Pero no está?

BALTASAR

No puedo decirle a vuecencia. Acabo de entrar de servicio y aún no he recibido órdenes. Martín ha ido a preguntar.

DUQUE

A estas horas no creo...

(Entra Martín.)

MARTÍN

La señora Marquesa está con los profesores del señorito. Me ha dicho que haga el favor de esperar el señor Duque.

DUQUE

Muy bien, muy bien. ¡Con los profesores! ¡Pobre muchacho! Le llenarán la cabeza de mil cosas

inútiles, vanas. Me sentaré. ¿Tenéis por ahí algún periódico?

BALTASAR

No, señor Duque; no hay periódicos. La señora Marquesa ha mandado que no se traiga ninguno estos días.

DUQUE

¡Caramba! ¡Mi sobrina inquisitorial! ¡La desconozco! Antes parecía esto la sala de lectura de un casino. Mi sobrina, siempre de extremo a extremo. ¡Vehemencia, desequilibrio!

BALTASAR

La señora Marquesa tiene sus razones, señor Duque. Los periódicos hablan de cosas...

DUQUE

¡Ya, ya!

BALTASAR

Anoche mismo, *El Informador*...

DUQUE

¿Anoche, *El Informador*?... ¡He de verlo, he de verlo!

BALTASAR

Si vuecencia tiene interés, creo tenerlo aquí... ¿Dónde lo habré dejado?

MARTÍN

Yo tengo aquí otro.

BALTASAR

Aquí está el mío.

DUQUE

¡Vaya! Veo que la prohibición ha producido los naturales frutos de toda prohibición desde aquella del Paraíso.

BALTASAR

Mira no venga la señora Marquesa. ¡Por Dios, señor Duque, que no sepa la señora Marquesa...!

DUQUE

No hay cuidado. Luego lo leeré. ¿Dónde está, dónde está eso? ¡Ah! «La herencia de un Marqués.—Escándalo en perspectiva.» A cualquier cosa llaman perspectiva. «Pleito ruidoso en puerta.» Son el diablo. *(Distraído va a guardarse los dos periódicos.)*

BALTASAR

Si a vuecencia le basta con leer uno... Dicen lo mismo.

DUQUE

Es verdad. No quiero privaros... Supongo que esta lectura será la comidilla de escaleras abajo. En mis tiempos no sabíais leer y vivíamos todos más tranquilos. Ahora hasta puede que tengáis voto.

BALTASAR

Un servidor de vuecencia sí lo tiene, señor Duque. Mi voto está siempre a disposición de la señora Marquesa, que siempre me manda votar a quien desea el señor Duque.

DUQUE

Muchas gracias, muchas gracias. Me has dado una lección.

BALTASAR

Señor Duque, yo nunca podría permitirme...

MARTÍN

La señora Marquesa.

ESCENA II

DICHOS y la MARQUESA IRENE

IRENE

Querido tío...

DUQUE

Sobrina queridísima.

IRENE

Que pongan en orden el cuarto de estudios del señorito Gerardo. ¿Concluyó el electricista?

BALTASAR

Sí, señora Marquesa.

IRENE

Encárgate tú de todo, Baltasar. Quiero que seas tú quien sirva siempre al señorito.

BALTASAR

Como mande vuecencia. ¿Vuecencia manda algo más?

IRENE

Nada más, Baltasar. *(Salen Baltasar y Martín.)* No nos hemos visto en muchos días. ¿Qué ha sido de ti?

DUQUE

No quieras saberlo. ¿No te han sonado los oídos? Conferencias, entrevistas... ¡El demonio! Están furiosos contigo. Sobre todo tu hermana Felisa, y el suave de su marido, que no se mete en nada, no quiere mezclarse en nada, según dice, y es el de más cuidado. A estas horas trae revuelta a toda la Curia. Tu hermana, no quieras oírla, con su vocabulario de rompe y rasga. ¡Goyesca, goyesca! ¡No hay que olvidar al majadero de José María! ¡El señor Sábelotodo, el abogadito! Al encontrarse heredero del marquesado de su tío y sin más positiva herencia, y eso que el título en sus manos pronto será dinero efectivo. Ya buscará él alguna heredera rica, de esas que se perecen por ser nobles.

IRENE

No podía recaer el título en persona más antipática de la familia. Pero siento decirte, querido tío, es decir, no, tengo una satisfacción en comunicarte que tus noticias son atrasadas. Estarán todo lo furiosos que tú dices, pero han parlamentado. Esta misma tarde los espero aquí a todos a tomar el te.

DUQUE

¿Van a venir, dices?

IRENE

Sí, tío; sí. Felisa, su marido, las chicas, José María también, los más agraviados.

DUQUE

¿En son de paz?

IRENE

¿Qué han de hacer?

DUQUE

¡No te fíes! Maquiavelismos de Isidoro, tu cuñado. Ése, cuando ve que las cosas no van bien de frente, se bate en retirada, espera mejor ocasión, da un rodeo y vuelve al ataque. ¿Tú crees que ellos van a perdonarte tu actitud, que ha venido a colocarles en situación tan desventajosa para entablar el pleito? Al traer ese niño a tu casa, has reconocido todos sus derechos. Nadie como tú, preferida siempre por tu hermano, confidente suya, sabedora de todas sus andanzas amorosas, podía disipar dudas y sospechas de que ese niño no fuera en efecto hijo de tu hermano. Sin ti, no pueden ir al pleito decorosamente. Pero ya tratarán de convencerte por todos los medios. ¡Ya verás, ya verás!

IRENE

El pleito hubiera sido vergonzoso para todos. ¿Qué pretendían? ¡Revolver cieno, arrojarlo sobre vivos y muertos! ¿Creen que si yo dudara de la verdad, sólo por vengar antiguos agravios en todos ellos, me hubiera hecho cómplice de

una usurpación, de un robo, porque no tendría otro nombre? ¿Quién de ellos puede decir que me aventaja en respetar la nobleza de nuestra sangre? ¡Todos hicieron comercio de ella en alianzas interesadas, con abdicaciones y bajezas! No son las barras de bastardía, que dicen amor, las que manchan nuestros escudos; son el oro y la plata, cuando dicen matrimonio de conveniencia o especulación vergonzosa, los que infaman y bastardean. ¡Campo de armiño lleva mi escudo, y sólo con sangre nuestra debe mancharse, para ser blasón nuevo! Porque esa sangre, legítima o bastarda, sólo dirá sobre la blancura una lealtad o un amor, ¡nobleza siempre!

DUQUE

¡Bravo, sobrina; bravo! Dices bien. Tú sola puedes ostentar con orgullo ese blasón de nuestras armas: Campo de armiño. Los demás, quién más, quién menos, yo el primero, todos lo hemos enlodado un poco. ¿Pero de veras tú crees que hayan desistido del pleito? Mira que yo sé...

IRENE

Sabrás lo mismo que yo. De unas supuestas cartas que han venido a ofrecernos como prueba irrefutable. Comprenderás que semejantes ofrecimientos son siempre sospechosos.

DUQUE

No obstante, no obstante, convenía tomarlo todo en consideración. Ese sujeto es un pillo, no cabe duda, pero todos están de acuerdo en

que debe saber muchas cosas. El pobre Agustín fué siempre muy candoroso. Se dejaba llevar de cualquiera. Era muy confiado.

IRENE

Como todas las almas generosas.

DUQUE

Sí, sí. Conformes.

IRENE

No hay nada más plebeyo que la desconfianza.

DUQUE

Conformes, sí; conformes. Mi padre lo decía siempre: La desconfianza es la defensa de los animales inferiores. No obstante, no obstante, sería conveniente...

IRENE

Ya le he encargado a César que procure averiguar..., informarse. César conoce a ese sujeto, hablará con él.

DUQUE

César, César... Muy bien, muy bien. César conoce el mundo. Lo que él no averigüe... Has tenido una buena idea. Una idea excelente.

IRENE

No quiero que puedan decir de mí nunca que, obstinada en mi certidumbre, me niego a la evidencia. ¿Pueden probar que estoy engañada? Pues vengan esas pruebas. Yo les aseguro que

si la razón y la justicia están de su parte, de su parte me tendrán para defender con ellos su derecho.

DUQUE

Así quiero oírte. Tú no sabes, Irene; tú no sabes. La difamación, la maledicencia...

ESCENA III

DICHOS, MARTÍN y después CÉSAR

MARTÍN

Con permiso de vuecencia.

IRENE

¿Quién es?

MARTÍN

Don César Estévez. *(Sale Martín y entra César.)*

CÉSAR

Irene, Duque...

IRENE

¿Qué noticias, César; qué noticias? ¿Ha hablado usted con ese hombre?

CÉSAR

Hablar, sí.

IRENE

¿Y esas cartas?

CÉSAR

Existen. Las cartas originales y fotografiadas. Utrillo es un artista. Verdad es que hoy ese arte

se ha vulgarizado mucho. Con las novelas, los dramas policíacos y el cinematógrafo...

IRENE

¿Pero la opinión de usted? La verdad.

CÉSAR

¿Quién puede saberla? Atengámonos a una de estas tres aserciones: que esas cartas sean falsificadas, que sean verdaderas, y la más difícil de comprobar, que siendo verdaderas, no sea verdad lo que dicen.

DUQUE

Eso, eso. Muy bien, muy bien. Esas mujeres engañan siempre. Tienen dos, tres amigos; escriben a todos lo mismo: «Tú, sólo tú.» ¿No es eso? ¿A quién dicen verdad? Histerismo, simulación.

IRENE

Sí, sí. Ya me avergüenzo de haber dudado. ¿Qué verdad puede llegar por tan malos caminos? ¡Perdone usted, César; perdone usted! Me basta con mirarle a usted para comprender su disgusto.

CÉSAR

No, Irene; no. Le aseguro a usted que la entrevista ha sido muy interesante. Tanto, que yo desearía que hablara usted con ese hombre.

IRENE

No, eso no. Basta ya, basta. Sólo el tratar con esa gente, envilece.

CÉSAR

¡Ay, amiga mía! Es que usted no sabe. Es que sólo usted puede evitar que esas cartas caigan en otras manos. Y yo me atrevo a aconsejar a usted que procure evitarlo a cualquier precio.

IRENE

¿Usted me aconseja, usted cree...?

CÉSAR

No tema usted nada. El hombre está razonable. Yo mismo le traeré. Hablaremos aquí, y no dudo que nos entenderemos. Le amenaza un proceso. Cuentas atrasadas. El tiempo apremia y sólo exigirá lo preciso para ponerse en salvo. Después hay tiempo de examinar con calma esas cartas y decidir en consecuencia. En manos de otras personas no serán la verdad, pero serían el escándalo. Confíe usted en mí.

DUQUE

Sí, confía en César. Es un amigo, un amigo admirable. Ya no los hay, no los hay.

IRENE

Amigo, sí. El más leal. El más desinteresado.

CÉSAR

¡Pobre de mí! Tampoco tengo otra profesión. ¡Claro que para ejercerla como yo la ejerzo, es preciso sacrificarlo todo como yo lo he sacrificado! Porque la primera condición de la amis-

tad, es ser siempre desinteresada. Así yo, relacionado con todo Madrid, que al pasear por sus calles saludo en media hora a un duque, a un prestamista, a un torero, a un personaje político, a una mujer hermosa y elegante y a otra que lo fué en tiempos, al vendedor de periódicos y al cochero de punto; yo, que he pedido a todos los de arriba, para favorecer a todos los de abajo, para mí nunca he pedido nada. Yo, que nunca me he disgustado con nadie, he sido componedor de todos los disgustos. Yo, que he sido confidente de todos los amores, no he sabido lo que era un amor en mi vida. ¡Cuántas mujeres me habrán dicho!: ¡Si él fuera como tú! Y cuando todas deseaban que él fuera como yo, yo no he sido ese él nunca. Y ha sido mi vida pasear por la vida. Como suele decirse: un paseante en Corte. Y de la Corte he paseado por sus calles y por sus almas. ¡Todos me conocen y no me habrá conocido nadie! ¡Todos saben quién soy y nadie sabrá cómo he sido! Y un día cualquiera, así también, como de paseo, me iré para siempre. Y aquella noche en el Casino, entre dos jugadas de *bridge* o de tresillo, alguien se parará de pronto para decir: ¿No saben ustedes a quién hemos enterrado hoy?—Sí, a César Estévez. Yo he sentido no poder ir. Pero, la verdad, a esas horas... Y otro dirá: Yo también hubiera tenido mucho gusto—¡es una atrocidad, pero hay quien lo dice! — Y se hará un silencio, no por mí, sino de miedo a la muerte. Pero seguirá la partida, y no se hablará más del amigo. Y pasados tres, cuatro días, ¡quién se acordará de él! El golfillo,

acaso, que le asediaba, pedigüeño, todas las noches, y echará de menos los céntimos diarios, la pesetilla extraordinaria. Acaso allá, en el rincón de algún café madrileño, refugio amable en mis horas de abatimiento, un perro lanudo, que echará de menos también los terrones de azúcar de aquel buen parroquiano que solía acariciarle al ofrecérselos, con simpatía de semejante. Porque como para él, también fueron la única dulzura de mi vida los terrones de azúcar que sobraron en la dulce vida de los felices.

DUQUE

Muy bien visto, César; muy bien visto. Usted conoce el mundo, las gentes.

IRENE

¿Lo ve usted, César? Hoy está usted triste, y es mía la culpa. Ha hablado usted con ese hombre y ha vuelto usted con la tristeza que traemos siempre que nos asomamos a las miserias de la Humanidad. Y aun hay miserias que al contemplarlas espolean, exaltan nuestras energías espirituales. Quisiéramos remediarlas y nos sentimos capaces de ello, con generoso impulso. Pero esas otras miserias, que son honda maldad del alma, deprimen, angustian por irremediables. ¡Qué hombre es ese que quiere persuadirnos de una verdad que él contradice con su conducta! ¡Dice que es padre, y no duda en hacer desgraciado a su hijo! Porque, imagine usted que yo creyera, que yo pudiera creer... ¡No! ¡Pobre niño! ¡Cómo puedo dudar! ¡Ahora que le tengo cerca

de mí, cada día, cada hora, le hallo más parecido a mi hermano! ¡Y es tan bueno, tan cariñoso!

CÉSAR

¡Y le quiere usted tanto, que esa verdad es ya más fuerte que todo! ¿No es eso, Irene?

IRENE

Es que yo estoy segura de que si no fuera el hijo de mi hermano, no podría quererle de este modo.

DUQUE

Sí, sí. Muy hermoso. El instinto, la voz de la sangre. Pero no basta que creas tú sola; hay intereses sagrados. Hay el respeto a la familia, hay gente que duda, y hay gente que en la duda se echa a pensar, y piensa cosas...

IRENE

¿Qué pueden pensar? ¡Que mi hermano fué engañado, que yo me dejé engañar como él!

DUQUE

¡Pobre Irene, pobre! ¡Como todas las mujeres, cuando os creéis más fuertes es cuando estáis más entregadas a vuestra propia debilidad! Yo no quisiera decirte... César, amigo César, usted que anda por el mundo, usted que oye, usted que sabe, dígale usted a Irene lo que se atreven a pensar, lo que dicen.

CÉSAR

Nunca me atrevería a repetirlo.

IRENE

¿Por qué no, César? ¿Es de mí de quien se murmura? Se calumnia, tal vez.

DUQUE

De ti; eso, eso. No ignoras que entre el vulgo, entre nuestra misma sociedad, que también tiene su vulgo, alrededor de tu nombre y tu carácter se ha formado una leyenda.

IRENE

La leyenda de mi orgullo.

DUQUE

Eso, eso. Y la de una novela de amor que hubo en tu vida. Una novela de amor desigual, imposible. La gente relaciona y comenta. Y de aquella novela, suponen que procede esta historia. ¿Lo entiendes? Para que ese niño pudiera algún día vivir a tu lado, en tu casa, heredar tu patrimonio, tu hermano, que te quería mucho, le reconoció como hijo suyo y de esa mujer, que era entonces su buena amiga, y que no dudó en prestarse al engaño. Porque ese niño era... Ya lo sabes, eso dicen.

IRENE

¡Ah! ¿eso dicen? ¿Lo dicen? ¡Que es mi hijo, mi hijo! ¿Y dicen también que soy orgullosa? ¿Y creen que si fuera mi hijo, un hijo mío, lo hubiera yo ocultado? ¿Qué idea tienen del orgullo? Si ahora es cuando yo, que a pesar mío no esta-

ba segura de la verdad, estoy por aceptar esa calumnia, para afirmarla en mi corazón como única verdad de mi vida. ¡Y gritarla tan alto, que nadie pudiera dudar de ella, hasta convencerme yo misma, antes de que todos estuvieran convencidos! Y para asombrar a la misma calumnia, aun traería a mi casa otros hijos abandonados, hijos del vicio, hijos del crimen, hijos de la miseria, y de todos diría: ¡Vedlos, también éstos son míos! No es uno solo como decíais; son muchos, muchos. ¡Toda mi vida de hipócrita depravación que no sospechabais! ¡Esta es la verdad a que no llegaron vuestras calumnias! ¡Que hasta para concebir el mal sois cobardes! ¿No decíais que soy tan orgullosa? ¡Qué sabéis vosotros de mi orgullo! ¡Éste es mi orgullo, éste! ¡Que antes se espantaría el mundo de mi verdad, que yo de las calumnias del mundo entero!

DUQUE

Exaltación, desvarío. No hay remedio, César; no hay remedio. Luchará contra todos, pero no desistamos. *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR

Con permiso. El señorito Gerardo pregunta si puede ver a la señora Marquesa.

IRENE

Sí, sí. Que venga cuando quiera. *(Sale Baltasar.)* Ya ve usted, César. Ya lo has oído. Yo no le he dicho nada, y nunca se atreve a venir donde yo estoy sin pedirme permiso. Delicadezas

que nadie le ha enseñado, ¿no son indicio de su buen natural?

ESCENA IV

DICHOS y GERARDO

GERARDO

Mamá Irene.

IRENE

¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

GERARDO

¿Estás triste?

IRENE

No. ¿Por qué?

GERARDO

¡Me has besado de un modo! Como si no me hubieras visto en mucho tiempo, como si te despidieras de mí.

IRENE

No, al contrario. Estoy muy contenta. Mira quién está aquí. Tus mejores amigos.

GERARDO

Don César... Señor Duque...

DUQUE

Señor Duque, señor Duque. El caso es que yo no sé decirte cómo has de llamarme. ¿Por mi nombre? ¡Soy tan viejo! ¿Tío Mauricio? ¡No me parece propio! ¡Abuelo!, me horripila, por lo mis-

mo que pudiera serlo. De modo, que llámame como tú quieras.

GERARDO

No, señor; no. Como quiera usted.

IRENE

¿Has arreglado tus libros?

GERARDO

Sí. Ya los he visto todos. ¡Qué difíciles deben ser!

IRENE

¡Pero tú ya sabes muchas cosas! Has estudiado mucho. Aquí no quiero que estudies tanto.

DUQUE

No, no. ¡Pobrecillo! Debe hacer gimnasia, tirar a las armas, montar a caballo...

GERARDO

A caballo ya sé montar.

IRENE

Vean ustedes. ¿También os enseñaban en el colegio?

GERARDO

En el colegio, no. Un compañero era hijo del coronel del regimiento de caballería que hay en Moraleda, y nos llevaba al picadero del cuartel, y allí aprendíamos. Nos enseñaba un sargento

Había unos caballos muy bonitos, y algunos muy malos. A mí me gustaba mucho ir al cuartel.

CÉSAR

¿Te gustaría ser militar?

GERARDO

Eso no. Mandan mucho.

IRENE

¿Y a ti no te gusta que te manden?

GERARDO

Que me manden, sí; pero es que mandaban de de un modo... Una mañana, me acuerdo, estábamos en el patio, y de pronto oímos unos gritos. Gritaba el teniente, gritaban los sargentos, todos gritaban muy enfadados. Creíamos que pasaba algo. Preguntamos, y era que iban a comer el rancho. Yo creo que para comer el rancho no había que dar tantas voces.

DUQUE

¡Hum, hum! Espíritu crítico, indisciplina. ¡No me gusta, no me gusta!

CÉSAR

Es que tú no sabes que hay quien no sabría obedecer si no le mandaran de ese modo. ¡La cortesía se parece tanto a la timidez! Pero mira tú, esa disciplina del cuartel que a ti te parecía tan dura, es la mejor enseñanza para la vida,

porque la vida sí que no suele gastar maneras muy delicadas para imponernos un castigo o afligirnos con un dolor.

IRENE

¿No has pensado nunca lo que te gustaría ser?

GERARDO

¡Hay tantas cosas! Me gusta mucho todo lo que es de maquinaria. El tren, los automóviles, los aeroplanos. Eso sí que es bonito. ¡Volar, volar muy alto!

IRENE

¿Volar? ¿No te asusta?

GERARDO

Yo creo que no me asustaría. Y en el cielo no es como por la tierra. No hay cuidado de tropezar con nadie.

DUQUE

Tienes razón. Yo creo que nos tropezaremos muy pocos. ¡Diablo de chico!

CÉSAR

¿Va mucho a casa de su madre?

IRENE

Algunas veces. Y siempre vuelve más triste. Si por mí fuera... ¡Pero cómo prohibirle que vaya!

CÉSAR

No se preocupe usted. Dentro de muy poco tiempo, será ella la que no tenga ningún interés

en esas visitas. Ahora es la novedad, la situación dramática. Esas criturras son así. ¿Es hoy cuando espera usted a su familia?

IRENE

Sí. No tardarán.

CÉSAR

Por supuesto, ¿aun no conocen al heredero? ¿Piensa usted presentárselo?

IRENE

Sin duda.

CÉSAR

¿No teme usted alguna inconveniencia?

IRENE

Las espero todas sin temer ninguna.

CÉSAR

Y si deciden por fin ir al pleito, ¿dejará usted que esas cartas vayan a sus manos? Piense usted que mañana será tarde. ¿Me autoriza usted para pedir precio?

IRENE

Siempre está usted autorizado.

CÉSAR

Pues hoy mismo... Hasta muy pronto.

IRENE

¿Se despide usted?

DUQUE

Yo también te dejo antes de que venga esa tropa. El chiquillo es más listo de lo que parece. He procurado sonsacarle lo que ocurre allí, en la otra casa, y sabe escurrirse para no contar nada. Señal de que lo sabe todo. Adiós, sobrinilla. Dios te dé paciencia para soportar a nuestra querida familia. Sobre todo a Isidoro. El suave, el suave. No puedo sufrirle. ¡Vamos, César! Le llevo a usted en coche.

CÉSAR

Muchas gracias, Duque. Gerardo.

GERARDO

Don César... Señor Duque...

DUQUE

¡Mira, qué le hemos de hacer! Llámame Mauricio. Mauricio siempre. Como a un amigo. Nadie ha de creer que hemos ido juntos al colegio. No nos acompañes. Adiós, Irene. Y con la familia, oye y calla. Oye y calla. *(Salen César y el Duque.)*

ESCENA V

IRENE y GERARDO

IRENE

¿Qué te ha preguntado tío Mauricio?

GERARDO

¿El señor Duque? Me ha preguntado por mi

madre. Yo no sabía qué decirle. El otro día, cuando fuí allí, toda la tarde estuve solo con los criados.

IRENE

¿No estaba tu madre?

GERARDO

Sí, almorzamos juntos. Pero mamá se enfadó con Rosita porque me dijo lo que me dice siempre: no me puede ver. Mamá la pegó. Rosita es muy mala. ¡Da unas contestaciones!... Mamá lloró mucho y se encerró en su cuarto.

IRENE

¡Qué pena!

GERARDO

Rosita dice que su papá la quiere mucho, que la compra muchos juguetes y muchos vestidos. Yo no sé. Mentiras suyas para darme envidia. ¿No me habían dicho que el papá de Rosita se había muerto? Los criados también hablan de él... Yo no sé.

IRENE

¿Qué quieres decirme con todo eso?

GERARDO

Mamá Irene, en aquella casa pasan cosas que no son buenas. No es como aquí. ¿Verdad que no es como aquí? Tú sí que me quieres. ¿Vas a quererme siempre más que todos? Queriéndome tú, no me importa nada. Pero tengo miedo.

IRENE

¿Miedo? ¿Por qué tienes tú miedo?

GERARDO

Me han dicho que no vas a quererme. ¿Verdad que no? Yo a ti te quiero mucho. Y seré muy bueno para que tú me quieras siempre. Antes quería yo mucho a tía Demetria. Cuando vivía en su casa. Pero ella ya no me quiere.

IRENE

¿Que no te quiere?

GERARDO

No. El día que se despidió de mí, regañó con mamá. Yo no sé lo que se dijeron.

IRENE

¡Qué horrible!

GERARDO

Y tía Demetria dijo que no me volvieran a mandar con ella, que no quería ni verme. Que yo le había costado mucho dinero y mamá no quería darle nada.

IRENE

¡Ah! ¿Fué por eso? ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Todos son a ponerte precio! ¡Qué vas a pensar de todos! ¡Qué harían entre todos de ti si yo no estuviera para defenderte!

ESCENA VI

DICHOS y MARTÍN y después el CONDE SAN RICARDO y JOSÉ MARÍA

MARTÍN

Con permiso. El señor conde de San Ricardo y el señor marqués de Los Robledales preguntan si vuecencia puede recibirles.

IRENE

Que pasen. Luego te llamaré. Quiere que te conozcan. El conde de San Ricardo es cuñado mío, casado con mi hermana mayor. El marqués de Los Robledales es mi sobrino, hijo de un hermano nuestro, que murió hace dos años, heredero del título que llevó tu padre.

GERARDO

Sí, ya lo sabía.

IRENE

Por los criados, ¿verdad?

GERARDO

No; me lo dijeron todo en la otra casa. Hasta luego, mamá Irene.

IRENE

Hasta luego, hijo mío. *(Entran el conde de San Ricardo y José María.)*

CONDE

Irene, ¿cómo te va?

JOSÉ MARÍA

¿Cómo estás, tía?

IRENE

¿Y Felisa y las chicas?

CONDE

Detrás de nosotros vienen. En el auto de Carolina, que también viene con ellas.

IRENE

¿Carolina?

CONDE

Sí; hoy vino a casa. Su primera visita desde que murió el pobre Agustín. Supo que veníamos a tu casa y ha querido acompañarnos. Yo he sido el primero en aconsejarla que viniera. ¡Se ha hablado tanto en estos días por culpa de unos y de otros!... Todos nos debíamos esta, por decirlo así, mutua manifestación de buena armonía en la familia. Tú ya sabes que yo ni entro ni salgo en estas cuestiones. Yo no soy quién para intervenir en los asuntos de vuestra familia, pero mi humilde opinión es que todo debe sacrificarse a la unión y buena armonía de las familias. La cuestión de intereses debe ser siempre secundaria.

JOSÉ MARÍA

Y lo es, querido tío; lo es. ¿Quién habla de intereses? Yo soy el más perjudicado, y pospongo desde luego la cuestión de intereses. El aspecto de la cuestión es otro. El decoro de nues-

tro nombre. Nuestro nombre, que es nuestro patrimonio espiritual.

IRENE

¿No queréis sentaros? ¿Cómo está Carolina?

CONDE

Como siempre. Fatal de sus nervios. Y sobre la muerte de Agustín, que la ha afectado mucho, como es natural, y con estas cosas, el otro día leyó uno de esos artículos que han traído estos días los periódicos, y creímos que se moría.

JOSÉ MARÍA

Es escandalosa esa intrusión en la vida privada. Nuestra legislación es tan deficiente en esas materias, tenemos tan falso concepto de las libertades... En países más adelantados...

IRENE

A mí me habían dicho que alguno de esos artículos se había publicado por instigación de alguien de la familia.

CONDE

¡Por Dios, Irene! Es una ofensa suponer...

JOSÉ MARÍA

Los Tribunales son los únicos llamados a juzgar en asunto tan delicado en que se interesa...

CONDE

¡No hablemos de intereses, por Dios! ¡Me crispa!

JOSÉ MARÍA

¡Iba a decir, en que se interesa el honor de nuestro nombre!

CONDE

¡Por favor, José María, delante de mí no habléis más de este asunto! ¡Me contrista! Ya saben todos mi opinión. Si acordáis por fin ir al pleito, que sea sin discusiones, sin perturbarse la buena armonía de la familia. No demos ese espectáculo vergonzoso.

IRENE

Me parece que oigo lo voz de Felisa.

CONDE

Sí, ella es. Con las chicas y Carolina. Ya les he advertido que no se hable aquí para nada de ese enojoso asunto. Pero ya conoces a Felisa. Con sus salidas de tono y sus destemplanzas de lenguaje. Si te dice algo desagradable, no te des por sentida. Es su genio.

IRENE

Si me dice algo desagradable, sin salidas de tono, sin destemplanzas de lenguaje, sin descomponerme lo más mínimo, yo sabré contestarla. ¡Es mi genio!

CONDE

(Aparte a José María.) No quiere darse por entendida. Pero ya la haremos saltar.

JOSÉ MARÍA

¡No faltaría otra cosa!

ESCENA VII

DICHOS, FELISA, MARÍA ANTONIA y BEATRIZ

IRENE

No tenéis que disculparos. Por la misma razón no he ido yo a vuestra casa. Me habían dicho que estabais furiosos conmigo.

FELISA

¿Contigo? ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! Ya te conocemos, para saber que siempre has sido muy tuya.

CAROLINA

De mí no habrán podido decirte nada. Desde un principio me propuse no intervenir en este asunto.

IRENE

Menos mal. Ya sois dos.

CAROLINA

¿Dos, dices?

IRENE

Tú y tío Isidoro, que tampoco se mete en nada.

CAROLINA

De mí, no puedes dudarlo. En primer lugar, yo no podía ser perjudicada. Sólo podía afectarme en la parte moral, y lo que a vosotros se refiere, que sois los perjudicados. Bastante tengo

con mis tristezas y mis padecimientos. ¡No sé cómo vivo! Si alguien me hubiera dicho que Agustín podía morirse antes que yo, aunque me llevaba algunos años, él tan fuerte, tan satisfecho de la vida... No se preocupaba por nada. A mí nunca me ha tomado en serio. Y yo muriéndome. Me sostienen los nervios. ¡Qué calor! ¡No sé cómo puedes resistir esta temperatura! ¡Yo me ahogo!

IRENE

¡Estás con el abrigo, las pieles!

CAROLINA

No me atrevo a quitarme nada. Prefiero ahogarme.

IRENE

¡Si es tu gusto!

CAROLINA

María Antonia, ¡por Dios!, no te acerques a mí. Llevas un perfume que no puede resistirse. Si yo lo usara, me moriría. Cuando veníamos en el auto, me faltó poco para desmayarme.

MARÍA ANTONIA

¡Qué exageración!

BEATRIZ

Las cosas de tía Carolina.

FELISA

Sí que hace calor. A mí, sólo ir de negro me sofoca. ¡Y con los lutos que llevamos seguidos!

Así es, que ahora no he querido que lo lleven las chicas. Aunque nos critiquen. María Antonia, Beatriz, ¿no podéis sentaros, hijitas? ¿Qué andáis fisgoneando de un lado para otro?

MARÍA ANTONIA

Nada, mamá. Curioseábamos. Tía Irene siempre tiene algo nuevo.

IRENE

No disimuléis. Es la curiosidad de conocer a vuestro nuevo primito.

MARÍA ANTONIA

Sí que es verdad. Yo estoy rabiando por conocerle.

BEATRIZ

Y yo, y yo.

FELISA

María Antonia, Beatriz, ¡qué imprudentes!

CAROLINA

No; por mí... Yo estoy resignada. Lo he perdonado todo. Y si tuviera la seguridad, como tú crees tenerla...

FELISA

Ella, sí. Pero, gracias a Dios, los demás no tenemos sus tragaderas.

IRENE

Os advierto que estoy dispuesta a oírlo todo, y a oírlo en calma. De modo que lo mejor es que nos dejemos de hipocresías.

CONDE

¡Eso no lo dirás por mí!

JOSÉ MARÍA

Tiene razón tía Irene. Debemos exponer claramente los hechos, y suponiendo que tía Irene no ha procedido ni podía proceder con deliberado propósito de perjudicarnos, sino llevada de un romanticismo que debemos respetar, y que yo admiro por mi parte, procurar de la nuestra llevar a su ánimo el convencimiento de su error o de su ligereza.

FELISA

Mira, José María, tú hablas siempre como abogado, y cuando hablas, acaba uno por no saber quién tiene razón. Si ha llegado la hora de decir verdades, yo no me muerdo la lengua, y le espeto la verdad al más pintado. Y la verdad es... Yo no sé cómo decirlo sin que te ofendas.

IRENE

Dilo como quieras; ya conozco tu estilo.

FELISA

Pues la verdad es que nos has reventado, lo que se dice reventado.

CONDE

¡Por Dios, Felisa! ¡Un poco de prudencia!

FELISA

Lo que yo digo es que ya hubiéramos ido al pleito, con muchas probabilidades de ganarlo, si

a ti no te hubiera dado esa ventolera de sentirte maternal a estas alturas.

IRENE

Pero, ¿no podéis prescindir de mí?

FELISA

Si los demás nos pusiéramos el mundo por montera, como tú te lo has puesto siempre. Pero ¿qué se diría de nosotros si ahora fuéramos al pleito enfrente de ti?

JOSÉ MARÍA

Moralmente lo habríamos perdido.

IRENE

Siempre estaría mejor perdido moralmente que ganado del otro modo.

JOSÉ MARÍA

No se trata de un pleito temerario. Tío Isidoro y yo hemos estudiado sobradamente el asunto

CONDE

Yo no. Yo no. ¡Por Dios santo! ¡No queráis enredarme! Yo en todo caso me habré limitado a oírte, te habré acompañado.

JOSÉ MARÍA

Nos sobran elementos de prueba. Tú lo sabes.

CONDE

¡Por Dios santo! ¡Que yo no sé nada!

JOSÉ MARÍA

Tenemos en favor nuestro, que yo sepa, cuatro sentencias firmes del Tribunal Supremo. Una de 18 de marzo del 99, y otra...

CONDE

De 14 de enero del 97.

JOSÉ MARÍA

Eso es. Perfectamente.

IRENE

¡Qué feliz memoria!

JOSÉ MARÍA

He estudiado muy bien el asunto.

IRENE

No; en ti no me admira. Me admira en Isidoro, que sin estudiarlo, sin importarle nada, sabe tanto como tú.

CONDE

¿Yo? Por casualidad he recordado... Pero yo no sé nada... No quiero saber nada.

CAROLINA

¡Por favor, no se hable más! Si yo hubiera sabido que veníais para esto..., mis pobres nervios saltan, son cuerdas de violín.

FELISA

Mira, Carolina. ¡Qué nervios ni qué violines! ¡Una gaita, eso es lo que son tus nervios!

CAROLINA

¡Jesús! ¡Está loca!

FELISA

¡Y dejémonos de aspavientos, y de no quiero saber, no quiero enterarme! Porque tú has sido la primera en aconsejarnos que fuéramos al pleito, y que no dejáramos las cosas así, de ninguna manera.

CAROLINA

¡Jesús, Jesús! ¡Supongo que no la harás caso!

CONDE

¡Por Dios, Felisa!

FELISA

¡Déjame en paz! ¡Que no puede aguantarse! ¡Como que tú eres la que está más interesada en que no sea esa gente la que venga a pedirte cuentas!

CAROLINA

¿Cuentas a mí? ¡No puede oírse! Agradece a que no puedo descender de ninguna manera a contestarte como mereces.

CONDE

¡Felisa, por Dios, un poco de prudencia!

MARÍA ANTONIA

Hoy está mamá desatinada.

BEATRIZ

A tía Carolina le va a dar el ataque.

FELISA

Demasiado sabes que si esa gente se lo propone, puede darte un disgusto.

CAROLINA

¡Por favor, Irene de mi alma! Llévame, llévame de aquí.

CONDE

¡Vamos, mujer; vamos!

FELISA

Demasiado sabes tú que lo mismo tu carta de dote, que los gananciales, que muchas otras cosas, son muy discutibles y podría haber sus más y sus menos. Y como tú no las tienes todas contigo, por eso quieres que seamos nosotros los que te saquemos las castañas del asador. Y tú, entretanto, hacernos el paripé de que no te metes en nada. ¡Como si todos no nos conociéramos!

CONDE

¡Felisa, Felisa!

MARÍA ANTONIA

¡Pero mamá!

JOSÉ MARÍA

¡Tía Felisa, Carolina!

CAROLINA

Si esto ya lo sabía yo. Que en cuanto muriera Agustín, caeríais sobre mí como unas fieras. Si nunca habéis podido verme ni en pintura.

FELISA

¡Sí, que tú nos has querido mucho! ¡Si no hubiera sido por ti, Agustín hubiera testado, y otra cosa sería! ¡Pero como tú has sido capaz de dejarlo morir sin avisarnos!...

CAROLINA

¡Insolente! ¡Ay, ay, Dios mío!

FELISA

Sí, hazte ahora la gatita muerta. ¡Mala pécora!

IRENE

Felisa, Carolina, todos, os lo ruego: estáis en mi casa. Y en mi casa está ese niño, esa pobre criatura, que en la otra casa, como él dice, la casa de su madre, ha visto, ha oído cosas muy tristes, que pesarán ya siempre sobre su corazón. ¡Porque estas tristezas de niño dejan honda señal para toda la vida! Pero la gente de aquella casa es gente nacida muy bajo, que ha luchado con todas las miserias y todo el dolor de la vida, que ha padecido hambre, injusticias, que tiene disculpa en su ruindad, en sus bajezas. El pobre niño me decía aquí mismo, poco antes: «Esta casa no es como aquélla; ¿verdad que no?» Si ahora os oye, ¿qué podrá decirme? Y vosotros no tenéis la disculpa de aquella gente. ¡Y él dirá que es lo mismo que allí! Las mismas pasiones, las mismas codicias, la misma ruindad, y si te oye a ti, hermana mía, hasta el mismo lenguaje. Evitadme, y evitaos también, la vergüenza de que pueda de-

cirme: Mamá Irene, ¡porque así me llama! Mamá Irene, tu casa es lo mismo que aquélla. ¡Y ya sabéis lo que es aquella casa!

CAROLINA

¿Supongo que me harás la justicia de creer que no he sido yo la que se ha rebajado hasta ese punto? José María, te agradeceré que me acompañes.

CONDE

Carolina, yo deploro...

CAROLINA

No, si yo me tengo la culpa conociendo a tu mujer. ¡Este disgusto me costará la vida!

JOSÉ MARÍA

¡Apóyate!

CAROLINA

¡Voy muerta!

IRENE

¡Vamos, Carolina! *(Salen Carolina, José María e Irene.)*

CONDE

¡Pero mujer! ¡Pero mujer!

MARÍA ANTONIA

¡Pero mamá! ¡Qué cosas tienes!

BEATRIZ

¡Qué sofoco!

FELISA

¡Pues que agradezca que hoy no tenía ganas de incomodarme! ¡Si no hay quien la soporte! ¡Mi pobre hermano! ¡Que sólo con decir que ha sido su marido, le habrán abierto de par en par las puertas del cielo! ¡La gazmoña, con sus dengues y sus melindres, y ella es la que ha inventado lo que dicen por ahí de la pobre Irene!

CONDE

¡Felisa, que las niñas se enteran de todo!

FELISA

¿Creerás tú que no están enteradas? Sí, señor, ella ha sido, yo lo sé. Me lo ha dicho la peinadora. Que ella fué la primera que echó a volar la especie el día del novenario del pobre Agustín. ¡Para no respetar su memoria, ni en un día tan señalado! Lo que siento es lo que se me ha quedado sin decir. Pero ya irá saliendo. Que a tarasca no me gana a mí ella ni nadie cuando yo me pongo. *(Entra Irene.)*

CONDE

¡Perdónala, Irene; perdónala! ¡Yo que esperaba que hoy quedaría consolidada la paz, la buena armonía que debe reinar siempre en las familias! ¡Te hemos dado un disgusto!

IRENE

No lo creas. ¡Si vieras cuando uno piensa de mucha gente muchas cosas que uno no se atreve

a decir, lo que gusta encontrar quien se atreva! ¡Y Felisa para eso es insubstituíble!

CONDE

Agradece que tu hermana te conoce, y te perdona.

FELISA

Como si no. Soy mayorcita para saber lo que me hago, y bien sabe Irene si he tenido razón. Y si ella supiera...

MARÍA ANTONIA

Verás cómo nos quedamos sin conocer al primito de extranjis.

BEATRIZ

Yo no me voy sin que nos le enseñen.

IRENE

Ahora que estamos nosotros solos, yo quiero que hablemos con serenidad. Quiero que juntos revisemos las cartas que yo guardo de nuestro hermano, los recuerdos. Comprenderéis entonces cómo yo no puedo dudar como vosotros, y vosotros os convenceréis como yo.

FELISA

Si yo sólo deseo convencerme. Yo no reclamaría nunca, si sólo fuera cuestión de dinero. Pero, la verdad, que quieran darnos gato por liebre, eso no; y si tú supieras lo que nosotros sabemos, no estarías tan convencida.

IRENE

Si fuera tan evidente, no creas que por tesón, por amor propio, no me convencería. Lo que yo no he sabido nunca es desconfiar. Dudar, tampoco. Creo o no creo. Vamos a mi habitación. Y allí, muy tranquilos...

FELISA

¿Pero las chicas...?

IRENE

Las chicas tomarán aquí el te. Si vosotros queréis tomarlo antes...

FELISA

No; yo no tengo ganas de te.

CONDE

Más indicada estaría la tila.

(Entra Martín.)

IRENE

Diga usted que preparen el te. Que lo sirvan aquí, para las señoritas y el señorito Gerardo. Dígale usted de mi parte que venga en seguida.

FELISA

¿Gerardo es...?

IRENE

Sí. Quiero que le conozcan sus primas. Sus primas, aunque tú no lo creas.

FELISA

¡Por mí...! Pero aunque así fuera. Lo de traerle contigo ha sido una imprudencia que te pesará, te pesará. Acuérdate de lo que te digo. Con esa madre, que cuando comprenda que le has tomado cariño, querrá explotarte, de seguro. Tú verás, tú verás. Yo, por mi parte, no tengo interés en conocerle.

IRENE

Lo suponía. Tampoco yo quiero exponerle tan pronto a tus franquezas. Pasad a mi cuarto. Yo iré en seguida. Quiero hacer la presentación a tus hijas. La juventud es generosa, y ellas sí quieren conocerle. Simpatizarán con él. Estoy segura. ¿Qué dices?

FELISA

¡Dios quiera! ¡Dios quiera! Ahí os quedáis. Ya me contaréis... ¿Vienes, Isidoro? ¿Qué piensas?

CONDE

Yo he pensado siempre lo mismo. Todo debe sacrificarse a la buena armonía, a...

(Salen Felisa y el Conde. Durante el final de la escena han entrado los criados y han dispuesto la mesa para el te y la merienda.)

IRENE

Veréis: es muy simpático. Muy cariñoso. No creáis que es como un muchacho de nuestra sociedad. No vayáis a burlaros de él. No; vosotras sois buenas. *(Entra Gerardo.)* ¡Ah! Gerardo, ven,

ven. Aquí tienes a tus primas: María Antonia, Beatriz.

GERARDO

Tengo mucho gusto...

MARÍA ANTONIA

El gusto es nuestro.

IRENE

Van a acompañarte a tomar el te. Acostúmbrate a hacer los honores a tus amiguitas. Y ahora os dejo. Allí tengo que convencer a fuerza de razones. Aquí bastará con el corazón. Hasta luego. *(Sale Irene.)*

ESCENA VIII

MARÍA ANTONIA, BEATRIZ y GERARDO

GERARDO

¿No se sientan ustedes?

MARÍA ANTONIA

Sí, sí. Ya vamos. No está mal el primo, ¿verdad?

BEATRIZ

¡Para venir de un pueblo!

MARÍA ANTONIA

¡Y para Madrid! Yo voy a coquetear.

BEATRIZ

No seas tonta.

MARÍA ANTONIA

Por divertirme. Y luego, ¿quién sabe? Ya que hemos perdido una herencia por él, sería una solución. Después de todo, es de la familia.

BEATRIZ

No digas tonterías.

MARÍA ANTONIA

No se atreve a mirarnos. Parece simple. Vamos a merendar. Yo tengo mucha hambre. Yo siempre tengo hambre. ¿Se ríe usted? ¿Le hace a usted gracia que yo tenga hambre?

GERARDO

Sí; me hace gracia.

MARÍA ANTONIA

¿Por qué?

GERARDO

Yo creí que sólo tenían hambre los que no tienen qué comer. Y en el colegio, que también teníamos hambre muchas veces. ¿Pero usted? ¿Lo dirá usted de broma?

MARÍA ANTONIA

No lo crea usted. En sociedad se come mucho. ¡Si conociera usted a tía Josefina, la marquesa de los Cañaverales, un ogro! ¿Usted no toma nada?

GERARDO

Sí.

MARÍA ANTONIA

¿Quiere usted que le sirva el te?

GERARDO

El te no me gusta. Tomaré dulces.

MARÍA ANTONIA

Y sandwich. Tome usted sandwich. Y una copita de Málaga o de Oporto. ¿Qué prefiere usted?

GERARDO

Lo que usted quiera. ¿Es dulce?

MARÍA ANTONIA

Muy dulce. ¿Es usted goloso? Yo también. El poco dinero que tengo lo gasto en dulces y en bombones. No soy como mi hermana, que todo lo gasta en postales.

GERARDO

A mí también me gustan mucho los dulces.

MARÍA ANTONIA

Pues ya va usted a poder hartarse.

GERARDO

¿Por qué?

MARÍA ANTONIA

Porque usted tendrá mucho dinero.

GERARDO

¡Yo qué sé!

MARÍA ANTONIA

¡Otra copita!

GERARDO

No, no. No vaya a emborracharme.

MARÍA ANTONIA

¡Uy, emborracharse! ¡Sería divertido!

GERARDO

Pero está muy feo.

MARÍA ANTONIA

¿Está usted contento en Madrid?

GERARDO

Ahora sí. Ahora estoy muy contento.

MARÍA ANTONIA

¿Usted vivía en...? ¿Dónde vivía usted?

GERARDO

En Moraleda.

MARÍA ANTONIA

¿Dónde está eso?

GERARDO

En Castilla la Nueva.

MARÍA ANTONIA

¿Un pueblo?

GERARDO

No; una ciudad. Muy grande. Hay catedral.

Y muchos palacios. Hay río, y calles muy buenas. No es como Madrid. Pero es muy bonito.

MARÍA ANTONIA

¿Y qué vida hacía usted allí?

GERARDO

Estaba en el colegio. Salía dos veces al mes.

MARÍA ANTONIA

¡Qué aburrimiento! Por supuesto, aquí también se aburrirá usted mucho. En esta casa tan tristona. Y con el luto por tío Agustín. Nosotras no nos hemos puesto el luto. ¡Hemos llevado tantos! En una familia como la nuestra, con tantos tíos... Y esta vez, como mamá estaba tan indignada con el chasco...

BEATRIZ

¡Mujer!

MARÍA ANTONIA

¡Ay, no me acordaba! Voy a tomar otra copita. Y usted también. No tenga usted miedo. No hace daño. ¿Está usted asustado de vernos comer y beber?

GERARDO

No; yo también como y bebo de verlas a ustedes.

MARÍA ANTONIA

¡La verdad! ¿No se aburre usted mucho con tía Irene?

GERARDO

¿Con mamá Irene? No, no me aburro. Es muy buena.

MARÍA ANTONIA

¿La llama usted mamá Irene?

GERARDO

Quiere que la llame así. Yo no me hubiera atrevido. Yo la llamaba siempre señora Marquesa.

MARÍA ANTONIA

¡Uy, señora Marquesa! Como los criados.

GERARDO

Por estar siempre en esta casa, si no pudiera ser de otro modo, me contentaría con ser criado.

MARÍA ANTONIA

¿Con tan poco se contentaría usted? ¡Qué falta de aspiraciones! ¡A mí que me gustaría ser...! ¿Qué sé yo? Reina, princesa.

GERARDO

¿Como en los cuentos?

MARÍA ANTONIA

Eso, como en los cuentos. ¿A usted no le gustan los cuentos?

GERARDO

¡Mucho! He leído muchos. Y eso que los Padres en el colegio nos tenían prohibido que leyéra-

mos cuentos. Sólo nos dejaban leer lecturas morales, de buenos ejemplos.

MARÍA ANTONIA

¡Qué tontería! ¡Beba usted, beba usted!

GERARDO

¿Quiere usted que me alegre?

MARÍA ANTONIA

Más vale alegrarse que estar triste. ¿No lo agradece usted? Señal de que me ha sido usted simpático. Debemos llamarnos de tú, ¿verdad?

GERARDO

No me atrevo.

MARÍA ANTONIA

El usted es una cursilería entre... Porque somos parientes.

GERARDO

Eso dicen.

MARÍA ANTONIA

Vamos a ver. ¿Quién te parece más simpática? ¿Beatriz o yo?

GERARDO

Las dos lo mismo.

MARÍA ANTONIA

Eso no puede ser. No hay dos cosas lo mismo. Y dos personas, menos. Tienes que decidirte.

Mira: tío Mauricio, el duque de Santa Olalla, ¿no le conoces?

GERARDO

Sí, le conozco. Un señor viejecito, muy bueno.

MARÍA ANTONIA

Tiene muchos cuadros en su casa. Y tiene uno, que es un pastor, que está delante de tres señoras, muy poco vestidas, con una manzana en la mano para ofrecórsela a la más hermosa. El cuadro se llama el «El Juicio de Paris». Pues tú tienes que hacer lo mismo. A la que te parezca mejor, la ofreces — aquí no hay manzanas — un dulce.

GERARDO

Pues a las dos.

MARÍA ANTONIA

Eso no tiene gracia. Te advierto que si no soy la preferida, no voy a enfadarme. Vamos, aquí está el dulce. Una yema de coco, que me gustan mucho.

GERARDO

¡No, no!

MARÍA ANTONIA

Bebe otra copita para perder la vergüenza.

GERARDO

Se me anda la cabeza.

BEATRIZ

No; no beba usted más. ¡María Antonia...! No la haga usted caso. No beba usted más.

MARÍA ANTONIA

¡Cállate tú! ¡Vamos, decídete! Ven aquí, Beatriz, a mi lado. Así, como en el cuadro. Salvo lo ligeras de ropa. Tú, ahí, como el pastor, nos miras un rato, lo piensas, como en el cuadro, y a la más hermosa...

GERARDO

Eso no.

MARÍA ANTONIA

Pues a la más simpática.

GERARDO

Eso sí.

MARÍA ANTONIA

A la más simpática.

GERARDO

Pues a ésta.

MARÍA ANTONIA

¡Muchas gracias! ¡A Beatriz, que no ha dicho esta boca es mía!

GERARDO

Por eso. Usted sólo ha querido burlarse de mí.

MARÍA ANTONIA

¿Burlarme? ¡Muchas gracias!

GERARDO

Sí, sí. ¿Usted cree que yo soy tonto? Ha querido usted burlarse de mí. Me ha hecho usted beber para reírse. ¿Lo ve usted? Ahora se me anda todo.

MARÍA ANTONIA

¡Ja, ja!

BEATRIZ

Siéntese usted. Tome usted un poco de te. Beba usted agua. Está usted muy pálido.

GERARDO

Estoy muy malo.

MARÍA ANTONIA

¡Ja, ja, ja!

GERARDO

¿Lo ve usted, lo ve usted? Se ha querido usted divertir conmigo. ¿Lo ve usted cómo no es usted buena? ¡No se ría usted, porque de mí no se ríe nadie!

BEATRIZ

¿Qué va usted a hacer?

MARÍA ANTONIA

¡Qué bruto! ¡Ya se conoce! ¡Está usted muy bien educado!

BEATRIZ

¿Ves lo que traen tus bromas? Se ha puesto malo.

MARÍA ANTONIA

¡Vámonos, vámonos! ¡Cuándo mamá lo sepa!...

BEATRIZ

No, no. Hay que avisar. ¡Lucía! ¡Baltasar!

MARÍA ANTONIA

Si me descuido me pega.

BEATRIZ

Lo merecías. No viene nadie.

MARÍA ANTONIA

Pues no sabe él que iba a quererle mucho.

BEATRIZ

¡Ah! Ya vienen. ¡Tía Irene, mamá, vengan ustedes!

ESCENA IX

DICHOS, FELISA, IRENE y CONDE

IRENE

¿Y Gerardo?

BEATRIZ

Aquí está.

IRENE

¿Qué tienes, hijo mío?

BEATRIZ

Se ha puesto malo.

MARÍA ANTONIA

No hagáis caso. Es que ha bebido mucho.

FELISA

¡Muy bien, muy bien!

MARÍA ANTONIA

¡Anda! Le ha faltado poco para pegarme.

FELISA

¿A ti? ¡Qué encanto de criatura!

IRENE

Gerardo, ¿qué tienes? ¿Qué has hecho?

GERARDO

¡Se ha burlado de mí! Estoy muy malo. ¡Se ha burlado de mí!

IRENE

¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué dices, Gerardo?

FELISA

Eso tiene recoger ángeles del arroyo.

GERARDO

¡No te enfades conmigo, mamá Irene; no te enfades! Es que se ha burlado de mí.

BEATRIZ

La culpa la ha tenido María Antonia.

MARÍA ANTONIA

¿Tengo yo la culpa de que él no tenga educación y beba de ese modo?

FELISA

Se ve claro el origen.

CONDE

Eso no quiere decir nada. En todas las familias hay de todo. *(Entra Baltasar.)*

IRENE

Acompañe usted al señorito a su cuarto. Está un poco malo. Acuéstele usted, que tome una taza de te y esté usted al cuidado. Anda, Gerardo; anda.

GERARDO

¡Se ha burlado de mí! Ésa, ésa ha sido. Y va vestida de señorita. Se ha burlado de mí como una golfa.

FELISA

¿Qué dice? ¡Qué expresiones!

CONDE

¡Mujer! No vas tú a asustarte. *(Salen Gerardo y Baltasar.)*

FELISA

¡Un encanto, un encanto lo que nos has traído a la familia. Esto nos ha convencido más que todo. Puedes estar satisfecha.

IRENE

¡Basta, basta! Acabaréis por tener razón. Si en vez de ennoblecer encanallamos nuestro pensamiento, como nuestro pensamiento serán nuestras obras.

ESCENA X

DICHOS y CÉSAR

IRENE

¡César! ¡Amigo mío!

CÉSAR

Perdone usted que haya entrado así. Es urgente que hablemos.

IRENE

Sí, sí.

CÉSAR

Felisa... Conde...

CONDE

Un placer saludarle. Ya nos despedíamos.

FELISA

Adiós, Irene. Y ya sabes que por nosotros no habrá disgustos.

CONDE

¡Nunca, nunca! ¡Querido César!...

MARÍA ANTONIA

No vayas a creer que por mí se ha puesto malo el primito.

IRENE

No, no te creo capaz.

CONDE

No salgas. Adiós. *(Salen todos, menos Irene y César.)*

ESCENA XI

IRENE y CÉSAR

IRENE

¿Qué sabe usted, César; qué sabe usted? ¡Si viera usted que ahora tengo miedo!

CÉSAR

Para tranquilizar a usted he venido. ¿Sabe usted que si nos hubiéramos descuidado, su sobrino José María, el nuevo Marqués, y este cuñado de usted, el suave, como dice el duque de Santa Olalla, el que nada quiere entender, andaban ya en tratos con ese hombre? Por un regateo insignificante no estaban ya esas cartas en su poder. Por fortuna, he llegado a tiempo. Pero es preciso que reciba usted a ese hombre. Que hable usted con él. Le he traído conmigo y espera en el despacho de su administrador de usted. No tenga usted miedo. Es un homore de mundo, y tratará el negocio con la misma corrección que trataría unas negociaciones diplomáticas. ¿Me permite usted que le avise?

IRENE

Deje usted. *(Toca un timbre.)* ¿Dice usted que está en el despacho de don Andrés? *(Entra Martín.)* En el despacho de la Administración está un caballero que ha venido con don César. Dígale usted que le esperamos y acompáñele usted hasta aquí. *(Sale Martín.)* ¿Usted sabe ya? ¿Ha visto usted esas cartas?

CÉSAR

No, Irene. El hombre no se fía del primero que llega. De usted sí, porque cree que nadie más interesada que usted en saber la verdad.

IRENE

¿Y esa verdad...?

CÉSAR

No espere usted hallarla. Pero se evitará el escándalo. El ridículo para todos, con la utilidad de un pleito sostenido por su familia. Los Tribunales no admiten tan fácilmente esa clase de pruebas para privar a nadie de su estado civil. El reconocimiento está en regla. No hay falsedad. Y probar que hubo engaño o coacción material o moral, es muy difícil, casi imposible.

IRENE

Entonces, ¿si estuviéramos engañados...?

CÉSAR

La usurpación de bienes no podría evitarse. Pero sí la responsabilidad moral de usted al ponerse enfrente de su familia, por un impulso de su corazón generoso.

IRENE

Mi corazón, mi fiel corazón, habrá podido engañarme. Y en este momento todo lo creo posible, cuando hasta mi corazón ha salpicado como fango del arroyo, la otra sangre, la sangre plebeya. *(Entra Martín.)*

MARTÍN

Pase usted.

ESCENA XII

DICHOS y PACO UTRILLO

CÉSAR

Adelante, Utrillo; adelante. *(Sale Martín.)* El señor Utrillo... La marquesa de Montalbán; ya la conoce usted.

PACO

Muy señora mía.

IRENE

Tome asiento. Aunque ya sé por nuestro amigo, desearía que lo más pronto posible llegásemos a un acuerdo.

PACO

(Sacando un paquete de cartas y dejándolo sobre la mesa.) Señora Marquesa, esto es todo. ¿Más pronto?

IRENE

¡Ah!

PACO

Mi amigo sabe que sólo por la señora Marquesa, hermana del que fué mi amigo, sí, señora, yo fuí muy amigo del hermano de la señora Marquesa. Muy amigo, a pesar de todo. No fué culpa nuestra si esa mujer... Esa mujer ha sido causa de mi ruina. Por ella he llegado en mi vida a lo que he llegado. Nuestro amigo sabe que yo era un hombre de honor. Lo soy todavía cuando puedo serlo. Mi familia es muy conocida en Ma-

drid. La señora Marquesa habrá conocido segumente a mi tío. Don Eulogio Utrillo, senador, consejero de Estado. El hermano de la señora Marquesa, mi amigo Agustín, fué, como yo, víctima de esa mujer. Pero no crea la señora Marquesa que yo trate de vengarme. Comprenda la señora Marquesa que mi interés, mi verdadero interés, sería que mi hijo...

IRENE

¿Su hijo de usted?

PACO

Sí, señora; mi hijo. Fuera dueño de una fortuna. El día de mañana yo podría decirle: Soy tu padre; a mi silencio debes tu posición, todo lo que eres. Pero yo no puedo ser cómplice de ese engaño. Mi conciencia..., aunque haya podido caer muy bajo, soy un hombre de honor. No se olvida uno tan fácilmente de lo que ha sido.

IRENE

Bien, bien. No se moleste en convencerme ¿Esas cartas...?

PACO

Léalas usted. Son cartas de esa mujer; cartas de sus hermanos también. Sus hermanos, cómplices y encubridores en el engaño. Cartas de su hermano de usted. Confronte usted fechas. Su hermano de usted viajaba cuando yo vivía con esa mujer. Después se retrasó la fecha del nacimiento. Los hermanos amenazaron. Su hermano de usted estaba ciego por esa mujer. Añada us-

ted su buen corazón, su inexperiencia del mundo. En fin, la historia está ahí. No hay duda posible. ¿La señora Marquesa conoce la letra?

IRENE

Sí, sí. Sobradamente. Poco hace leía yo también unas cartas... Otras cartas, que también parecían decir verdad.

PACO

Sí. Se han escrito muchas delante de mí. Pero éstas... Éstas no las dictaba nadie. Así son ellas. La verdad descarnada. Don César ya sabe que ayer mismo, la familia de la señora Marquesa hubiera dado por ellas...

IRENE

Sí, ya sé.

PACO

Pero yo sé lo que usted quería a su hermano, y sólo usted puede ser dueña de esas pruebas, para decidir si le conviene a usted defender sus intereses o evitar el escándalo de un pleito, tal vez de una causa criminal. Para todo hay motivos. Pero decida usted lo que decida, sabrá usted a qué atenerse, y no estará usted expuesta a ser víctima de una explotación. Como lo sería usted, seguramente, por parte de esa mujer, de sus hermanos.

CÉSAR

Bien, Utrillo; bien. Yo diré a la Marquesa lo que hemos convenido, que le parecerá muy razonable.

PACO

Usted ya sabe que si no fuera por las circunstancias... Las circunstancias obligan a los hombres a cosas que...

CÉSAR

Sí, amigo Utrillo. Mañana tendrá usted el dinero y podrá usted disponer su viaje.

PACO

¡Mi viaje! ¡Mi último viaje!

CÉSAR

¿Quiere usted recoger todo esto hasta mañana?

PACO

De ningún modo. Me ofende usted. Yo no puedo desconfiar de la señora Marquesa, la hermana de mi buen amigo. No supo él nunca cómo yo le quería. ¡Si me hubiera escuchado! ¡Pobre Agustín! ¡Gran corazón! ¡Me salvó tantas veces! ¡Como ahora va usted a salvarme! ¡Está escrito que yo se lo deba todo a esta ilustre familia!

IRENE

Acompáñele usted, César.

PACO

Señora Marquesa... Beso sus pies. Para nada puedo ofrecerme; pero si algún día...

IRENE

Gracias.

PACO

(Al salir, a César.) Si pudiera llegarse a la cifra que le indiqué primero, lo agradecería. Para la señora Marquesa no es nada. Para mí es la salvación. En otras circunstancias no me hubiera visto obligado...

CÉSAR

¿A vender tan barato?

PACO

No, amigo don César. A vender de ninguna manera. *(Salen César y Paco.)*

IRENE

(Sola, lee algunas cartas con ansiedad creciente. Entra César.)

CÉSAR

No es interesante.

IRENE

¡Que pueda caerse tan bajo! ¡Oh! ¡Lea usted, lea usted! ¿Pero es esto verdrd? Sí, sí; no hay duda. Lea usted. Estas cartas de esta mujer a ese hombre, a sus hermanos. Todo está claro. El engaño, la burla. ¡Hermano mío! ¡Y yo que por él, por su memoria...! ¡Por lo que él quiso a esa mujer, que aquí le escarnece, le insulta con palabras soeces! ¡Ah, no, no! ¡Fué un aviso del Cielo mi espanto cuando vi a esa criatura hace poco, como lo que es, sangre de rufianes, sangre de esa mujer que vende su vida, sangre de ese hombre que vende a su hijo! ¡Y, se hubieran burlado de mí como se

burlaron de mi hermano! ¡De mí, que hasta me sentía orgullosa de ser calumniada! ¡Porque la calumnia decía maternidad, decía amor! *(Toca el timbre.)*

CÉSAR

Irene, Irene, ¿qué va usted a hacer?

IRENE

Voy a limpiar mi casa y mi corazón de tanta inmundicia como ha caído sobre nuestro nombre. *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR

¿Qué manda la señora Marquesa?

IRENE

Pronto. ¿Dónde está ese... Gerardo?

BALTASAR

¿El señorito Gerardo? Se ha echado en su cama sin desnudarse. No hace más que llorar. Yo creo, con perdón de la señora, que está..., ¡vamos!..., yo no quisiera...

IRENE

Sí, sí. Que se levante, sea como sea. Toma usted un coche y lo lleva usted a su casa. Ya sabe usted dónde. A casa de su madre, con los suyos. ¿Oye usted? En seguida. ¡Lo mando!

BALTASAR

¿Y si me pregunta...?

IRENE

No le diga usted nada. Allí tampoco. Ni una palabra. Haga usted lo que he dicho.

BALTASAR

Sí, señora Marquesa.

CÉSAR

¡Irene, Irene!

IRENE

¿Usted sabía la verdad? ¿La sabía usted, no es eso?

CÉSAR

¡Qué podía yo decir! ¡El pobre niño no tiene culpa!

IRENE

No tiene culpa. Pero usted sabe que he hecho justicia.

CÉSAR

¡No lo sé!

IRENE

Sí, sí. Usted lo sabe.

CÉSAR

No lo sabía. No lo sé.

IRENE

¿Se atrevería usted a jurarlo? Mire usted que no he de arrepentirme de lo que he hecho. Pero sólo usted puede tranquilizar mi conciencia. No quiero dudar de usted, cuando dudo de todo,

¡hasta de mí misma! ¡De mi corazón, que no me engañó nunca! ¡La verdad, por lo que usted más quiera!

CÉSAR

Sí, la verdad es ésa. Esa triste verdad. Puede usted estar tranquila.

IRENE

Gracias, gracias. Sí, estoy tranquila. Hice lo que debía hacer, ¿no es verdad?

CÉSAR

Sí, es verdad. ¡Pero él no tiene la culpa!

IRENE

Así es la justicia. No es posible castigar a un culpable, sin castigar también algún inocente.

CÉSAR

Sí, así es la justicia de los hombres.

IRENE

¡He hecho bien, he hecho bien! ¡Estoy tranquila! ¡Hace frío! ¿No siente usted frío? ¿Habrán dejado apagar la calefacción?

CÉSAR

No creo. Yo siento el calor de siempre en esta casa. Excesivo.

IRENE

No, no; yo siento frío.

CÉSAR

¿Tiene usted aquí algún termómetro?

IRENE

Cerca de la ventana hay uno. Mire usted.

CÉSAR

Veintidós grados. ¡Ya decía yo! No era posible...

IRENE

Entonces soy yo. Yo siento frío.

CÉSAR

Sí, amiga mía. Entre estos cortinajes y tapices, con mullidas alfombras, con veintidós grados, y hasta con la conciencia tranquila, siente usted frío. Es que ha pasado el frío de la justicia, el frío de la verdad de este mundo. Y es que sobre esa verdad y esa justicia, hay otra verdad más alta: la verdad de nuestro corazón.

IRENE

¡Orgulloso corazón mío! ¡Pobre corazón de mujer! ¡Yo le creí más fuerte! *(Rompe a llorar.)*

CÉSAR

¡Llore usted, llore usted! ¡Esa es la verdad! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA I

IRENE, MARÍA ANTONIA y BEATRIZ

MARÍA ANTONIA

¿Te duermes, tía Irene?

IRENE

No.

MARÍA ANTONIA

¡Te aburres! Te hemos dado la tarde, ¿verdad?

IRENE

No, hijas mías. Os agradezco mucho que hayáis venido a hacerme compañía. Vosotras sí que os habréis aburrido.

BEATRIZ

No lo creas.

MARÍA ANTONIA

Yo, por mi parte, lo he pasado divinamente, sólo con ver tantas preciosidades como nos has

enseñado. Los abanicos, los encajes, los pañuelos de Manila, las miniaturas. Tú has tenido el buen gusto de conservarlo todo. En casa ya no queda casi nada. Mamá siempre está haciendo cambios, y siempre sale perdiendo. ¡A mí me gustan tanto estas cosas antiguas!... Por eso me encanta la casa del tío Mauricio. Tío Mauricio dice que se lo dejará todo a los Museos. ¿Qué te parece?

IRENE

Es el único modo de que los herederos no hagan lo que vuestra madre.

MARÍA ANTONIA

Todos no somos lo mismo. Yo no me desprendería nunca de esas preciosidades. Si las casas nobles pierden estos recuerdos, que son como reliquias..., ¿verdad?

IRENE

Sí, nuestras reliquias.

MARÍA ANTONIA

¿No es muy triste que vayan a manos extrañas?

IRENE

Sí, es muy triste. Sería muy triste.

MARÍA ANTONIA

Más que con verlas, gozaba yo antes al oírte la historia de cada una de ellas. Estos encajes los llevó la abuelita, y después mi madre en su

traje de bodas. Estos otros adornaron el faldón con que nos cristianaron a mí y a mis hermanos. Este abanico se lo regaló la reina gobernadora a mi bisabuela. Con este pañuelo saludó mi madre la entrada de las tropas cuando volvieron de la guerra de África. Y estos recuerdos son como el perfume de las cosas. Y por ellos tiene un valor que se pierde cuando salen de la familia y ya no hay quien recuerde lo que recuerdan.

IRENE

Sí. Entonces pasan a ser historia. Pero han dejado de ser poesía. Me gusta oírte hablar así, María Antonia.

BEATRIZ

Te advierto que todo eso lo ha leído en una novela.

MARÍA ANTONIA

¡Qué tonta! En primer lugar, yo no leo novelas.

BEATRIZ

No seas embustera. Yo también la he leído. Dice eso mismo del perfume, de las reliquias... ¡Todo, todo!

MARÍA ANTONIA

¡Vas a hacer creer a tía Irene que yo soy como tú, que sólo coleccionas postales! ¡Y qué postales! De colorines horribles. Hasta esas escarchadas.

BEATRIZ

¡Mentira! Sólo tengo tres que me regaló el ama que me crió, el día de mi santo. ¡Pobrecilla!

Ella las compró a gusto suyo. Era de agradecer. No iba yo a tirarlas.

MARÍA ANTONIA

Di que tiene un gusto deplorable.

BEATRIZ

Seré como tú, que cuando dan en el Real óperas de Wagner, para dártelas de inteligente, y porque has oído decir que eso viste mucho, te estás pinchando toda la noche con un alfiler para no dormirte.

MARÍA ANTONIA

¡Qué graciosa! Seré como tú, que sólo te diviertes con los colmos y los parecidos.

BEATRIZ

Me divierto con lo que me divierte. No como tú, que te diviertes por penitencia.

MARÍA ANTONIA

Seré como tú, que sólo lees Sherlok Holmes.

BEATRIZ

Y tú lo lees a escondidas. Y luego, donde te ve la gente, cuando vamos de viaje, en la playa por el verano y por las calles, sólo llevas libros de gran espectáculo: *El Quijote, El Paraíso perdido, La Divina Comedia*... Es la niñera de todos los grandes escritores.

IRENE

¡La niñera! ¡Qué ocurrencia!

BEATRIZ

Sí. Porque los ha paseado a todos, sin leer a ninguno.

MARÍA ANTONIA

Hoy estás muy graciosa. Como mamá nos dijo que procurásemos distraerte, cumple el encargo. Por cierto que mamá ya tarda. Dijo que vendría anochecido a buscarnos.

BEATRIZ

Si ha ido a casa de tía Carolina...

IRENE

¿Han hecho las paces?

MARÍA ANTONIA

Sí. Tía Carolina le escribió ayer a mamá una carta pidiéndole mil perdones.

IRENE

¿Sabe ya tía Carolina...?

MARÍA ANTONIA

¿Que el muchachito no está en tu casa? Sí, lo sabe. Se ha alegrado mucho. Como todos. ¿Para qué vamos a decir otra cosa? No por nada, sino por ti. Porque te hubiera dado muchos disgustos.

BEATRIZ

¡Pobre muchachito!

IRENE

A ti te da lástima, ¿verdad?

BEATRIZ

Sí. ¡Porque él que culpa tiene de nada! ¡Y ahora qué va a ser de él!

MARÍA ANTONIA

No lo pasará mal. ¡Dicen que el dinero no hay quien se lo quite! Mamá está indignadísima.

IRENE

¡Qué importa el dinero! ¡El nombre, nuestro nombre!

BEATRIZ

Me parece que... Sí, es mamá. ¿Con quién viene?

MARÍA ANTONIA

Con tío Mauricio.

ESCENA II

DICHOS, FELISA y el DUQUE DE SANTA OLALLA

MARÍA ANTONIA

¿Cómo estás, tío?

DUQUE

¡Hola, chiquitas! ¡Hola, Irene!

FELISA

¿Qué tal? ¿Te han mareado mucho estas hijas?

IRENE

No. ¡Pobres! He pasado la tarde muy distraída.

FELISA

Menos mal. Yo también lo hubiera pasado mejor con vosotras, y me hubiera ahorrado un disgusto.

IRENE

¿Un disgusto?

FELISA

Sí. Vengo de pelearme con Carolina.

IRENE

¿Pero no habéis hecho las paces?

FELISA

Sí. Pues al hacer las paces ha sido. ¡Que te diga tío Mauricio, que estaba presente!

IRENE

¡Vaya por Dios!

DUQUE

Muy desagradable, muy desagradable.

FELISA

Si es que con Carolina no hay modo. Figúrate que empezó a hacer historia de todas las quejas que tiene de nosotras, desde antes de casarse con nuestro hermano.

IRENE

¿De mí, no creo?

FELISA

Pues contigo es con quien está más resentida Para que veas. Y por defenderte a ti ha sido el disgusto.

IRENE

No te lo agradezco.

FELISA

Que te diga tío Mauricio.

DUQUE

No, yo no digo nada. Ya os habéis dicho vosotras bastante. ¡Y qué cosas se han dicho! Carolina siquiera se sirve de un vocabulario muy admisible. Entre histórico y literario. ¡Te ha llamado Marcolfa, Doña Urraca y Reina Panderetona! ¡Pero tú! ¡Tú le has dicho cosas que no están en el mapa!

BEATRIZ

¡Por Dios, mamá!

MARÍA ANTONIA

¡Qué espanto!

FELISA

No digas, porque si de algo he pecado, ha sido de prudente. Y no hablemos más de Carolina, porque me descompone. ¿Cómo estás tú? ¡Más animada! ¡Habrás pasado muy malos ratos, te conozco! Eres tan vehemente, tan impresionable... Estabas tan ilusionada con el cariño de esa

criatura... Ya le mirabas como si fuera hijo tuyo. ¡Ay, las que no sabéis lo que es tener hijos! ¡Son los propios, y dan más disgustos que satisfacciones! ¡Ahora todos estamos a lo que tú resuelvas! Méndez Alonso estuvo ayer en casa con José María. Su opinión es que debemos ir al pleito..

IRENE

¡Al escándalo, para no conseguir nada satisfactorio!

FELISA

Eso no. Méndez Alonso asegura que hay pruebas suficientes. Y eso que él aún no sabe... ¿No consentirás que él vea esas cartas, que él estudie el asunto?

IRENE

Necesito pensarlo. Me asusta.

FELISA

¿Pero no es una triste gracia que esa gentuza con sus manos—aquí no puede decirse lavadas—con sus manos puercas, vengan a llevarse lo nuestro, lo de nuestra casa?

IRENE

¿Qué importa el dinero?

FELISA

¡Hija mía, no te importará a ti, que has conservado lo que heredaste, y lo has aumentado y eres tú sola! Pero en nuestra casa, con los nego-

cios en que se ha metido Isidoro, que siempre ha salido con las manos en la cabeza, y lo que se ha llevado la política, porque en política a Isidoro siempre le ha tocado hacer el buey, como yo le digo.

DUQUE

Tú eres la que menos debía decírselo.

FELISA

Ya sabe él por qué se lo digo. En resumidas cuentas, que no estamos para desprendimientos. Todos estamos obligados, muy obligados, a defender lo que es nuestro y muy nuestro. Ya es bastante con no ponerle pleito a Carolina, que, vamos, se hizo firmar una carta de dote, cuando todos sabemos que sólo llevó cuatro pingos y las alhajas, que la mitad eran alquiladas para las vistas. ¡Pero, en fin, era su mujer y bueno está lo bueno! Pero los otros, si nos dejamos robar de esta manera, no sólo el dinero, sino el nombre, nuestro nombre; si cualquier pelandusca da en decir que sus hijos son hijos de nuestros maridos, de nuestros hermanos, ¿dónde iríamos a parar? ¡El acabóse! ¿Qué dices tú? Nunca dices nada.

DUQUE

Eso. Sí. ¡El acabóse! ¿Qué quieres que diga? ¡El acabóse! ¿Quieres que diga algo más enérgico? ¿Me prestas una palabra de tu escogido léxico? Te la devolveré en seguida. ¡El despiporren! ¿Me quieres más enérgico?

FELISA

No es para echarlo a broma

DUQUE

¡Claro que no! ¡Ni para decidir de ligero! Irene lo pensará. Permitirá que se estudie el asunto, y cuando pueda contarse con una probabilidad, por lo menos...

FELISA

Muy bien. Pero si perdemos el tiempo... ¿Por qué no vienes mañana a casa? Almuerzas con nosotros. Vendrá también Méndez Alonso, José María. Se habla, se discute. Tú puedes venir también. ¿Qué te parece?

IRENE

Lo pensaré.

FELISA

¡Lo pensaré, lo pensaré! Eres otra. Tú que has pecado de arrebatada toda tu vida.

IRENE

La ligereza de los pocos años.

FELISA

Sí. Ya quisiera yo estar como tú. Bueno; nos vamos, que tenemos gente a comer. Decid adiós a vuestra tía. Si te decides, me avisas por teléfono. ¡Por Dios, Irene! ¡Con lo que todos te queremos! ¡Ya te habrás convencido de que no hay más verdad en el mundo que el cariño de la fa-

milia. Si no estamos unidos en casos como éste... Hasta mañana, ¿verdad? ¿Te quedas, tío Mauricio?

DUQUE

Sí. Un ratillo, para acompañar a Irene.

MARÍA ANTONIA

Adiós, tía Irene. Muchas gracias por todo.

IRENE

A vosotras. Adiós, Beatriz.

MARÍA ANTONIA

Adiós, tío.

DUQUE

Adiós, chiquitas.

ESCENA III

IRENE y el DUQUE

DUQUE

No te dejarán vivir. Estoy seguro.

IRENE

Sí. Todos están muy obsequiosos conmigo. Carolina me mandó una cesta de flores esta mañana. Las mejores de su invernadero. José María un retrato de Agustín, que él guardaba. Felisa me mandó a las chicas para que me acompañasen toda la tarde.

DUQUE

Su desinterés no tiene límites. ¿Y tú, qué piensas hacer?

IRENE

No lo sé. No he pensado nada. Mi tristeza, mi abatimiento se sobreponen a todo. Ha sido una tristeza muy grande. Es la última ilusión la que se ha ido. Por la que yo esperaba justificar mi vida inútil. Mi alma ha vuelto a encerrarse en su soledad, para perderse en ella.

DUQUE

¿Y no has vivido siempre feliz en esa orgullosa grandeza de tu soledad?

IRENE

No; mentira, mentira. El alma que está sola, podrá tener grandeza, su orgullosa grandeza, como tú dices, pero es como la grandeza del mar. Grande en sí mismo, pero a su alrededor, arenales o rocas, todo esterilidad. Sólo por nuestras obras podemos saber de nuestra vida. Era Dios, solo y único en su omnipotencia, y por su voluntad creó mundos y seres para sentirse existir, con toda la inmensidad de su poder, en la vida de todo lo creado. Yo, pobre criatura, no sabré nunca de mi vida, porque no me he sentido vivir en nada de cuanto me rodea. Hechura de nuestra carne, de nuestro espíritu, si nuestro amor no añade vida a la vida, ¿qué valdrá haber vivido? Nuestro pensamiento, nuestro corazón, serán como arca sellada. Cárcel de tesoros que pu-

dieron enriquecer la vida, y al guardarlos, será como si los hubiéramos robado. Y seremos de aquellos pecadores que no pueden esperar misericordia, los que pecaron contra el espíritu, porque el tesoro que habremos robado será el espíritu mismo de Dios que Dios puso en nosotros.

DUQUE

Exaltación, misticismo. Todo eso no tiene más que un nombre. El corazón, que tarde o temprano exige, reclama de nosotros lo que le hemos negado por conveniencia o por orgullo, o por miedo, ¡por egoísmo! en una palabra. Irene de Montalbán, campo de armiño, como tu escudo. Tu corazón se abrasó de amores y por no manchar su blancura destrozaste tu corazón.

ESCENA IV

DICHOS y CÉSAR

CÉSAR

¡Irene, pronto!, ¿dónde está Baltasar? Llámele usted. Él puede decirnos...

IRENE

¿Qué? ¿Qué ocurre? Viene usted demudado. ¡Me asusta usted!

CÉSAR

Sí, Irene; sí. Es algo grave lo que sucedo.

IRENE

Dígame usted... Quiero saberlo.

DUQUE

Diga usted. Es preferible.

CÉSAR

Sí, sí. Pero llame usted a Baltasar. Él fué quien llevó a Gerardo, quien debió llevarle a casa de su madre; ¿no es eso?

IRENE

¿Qué? ¿Gerardo?

CÉSAR

No está allí. Allí nada sabían y nada saben. Yo no he querido decir nada.

IRENE

¡Jesús! Entonces... Diga usted, diga usted.

CÉSAR

Es verdad. Usted perdone. No puede usted comprender. Aún estoy aturdido. Esta mañana, deseoso de saber lo que allí ocurría, lo que Gerardo podría haber dicho, deseoso también, ¿por qué ocultarlo?, de traer a usted alguna noticia que pudiera tranquilizarla, porque yo sabía que usted no había dejado de interesarse por ese pobre niño, me presenté en casa de su madre. Con gran sorpresa mía..., por suerte yo no me anticipé a preguntar nada, advertí que mi visita no causaba la menor extrañeza. Que nada se me decía respecto a lo que naturalmente habían de haberme preguntado. No tardé en saber que Gerardo no estaba allí, ni tenían de él la menor noticia,

ni la más remota sospecha de que ya no estuviera en su casa de usted.

IRENE

¡Dios mío! ¿Qué ha sido entonces de esa criatura? ¿Donde está? ¿Dónde ha ido?

DUQUE

Es inaudito. *(Entra Martín.)*

MARTÍN

Con permiso.

IRENE

Baltasar, ¿dónde está? Que venga en seguida. *(Sale Martín.)* ¿Y ha dicho usted allí...?

CÉSAR

No, ni una palabra. ¡Figúrese usted si la primera noticia hubiera sido que Gerardo había desaparecido! ¡Capaces eran de creer que se trataba de un crimen! El novelón y el melodrama tienen hondas raíces en esos espíritus vulgares, sólo cultivados por malas lecturas. Aparenté indiferencia. Me apresuré a despedirme, y sin perder tiempo, telegrafié a Moraleda, a la tía con quien ha vivido siempre el muchacho. Era de presumir que se hubiera vuelto con ella. Puse un telegrama urgente, contestación pagada, y hace un instante, en el Casino, recibí la contestación. Vea usted: «Gerardo no está aquí; dígame qué ocurre. Alarmadísima.»

IRENE

Y son dos días, dos días que esa criatura... *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR

¿Qué manda vuecencia?

IRENE

Entre usted, entre usted. El día que le mandé a usted que llevara usted a Gerardo, al señorito Gerardo, a casa de su madre, ¿le acompañó usted hasta su casa?

BALTASAR

Sí, señora Marquesa. Tomé un coche, como me dijo la señora Marquesa. El muchacho, el señorito, iba algo mareado, no dejó de llorar. Llegamos a la casa, entramos en el portal...

IRENE

¿Y subió usted con él hasta la misma puerta? Llamó usted, alguien abrió, algún criado, alguien...

BALTASAR

Pues verá la señora Marquesa. El señorito no quiso que yo subiese con él.

IRENE

Hizo usted mal, muy mal. No era eso lo que yo había mandado.

BALTASAR

Perdone vuecencia. Desde el portal se empeñó en que había de dejarlo solo. Dijo que no quería decir que la señora Marquesa le había echado de su casa, sino que él se había escapado. Y si le

veían llegar conmigo... Yo no quería dejarle. Pero ya digo, él porfiaba siempre, y me lloraba tanto... Y luego, la verdad, como la señora Marquesa me dijo que yo no dijera nada aunque me preguntasen, y arriba por fuerza habían de preguntarme al verme llegar de aquella manera..., yo, la verdad... Perdone la señora Marquesa, ¿es que al muchacho, al señorito, le ha ocurrido algo?

IRENE

Nada, nada. No es eso. Pero hizo usted mal muy mal.

BALTASAR

Perdone vuecencia. Si yo hubiera sabido...

IRENE

Retírese usted.

BALTASAR

A las órdenes de vuecencia. *(Sale.)*

IRENE

¡Por Dios, César; por Dios! Que parezca esa criatura; haga usted cuanto sea preciso, cueste lo que cueste, por todos los medios.

CÉSAR

Sí, sí. No tema usted nada. Desde el Casino hice que preguntasen a las Comisarías, a las Casas de Socorro... Nada que a él podía referirse había ocurrido. Él no conoce a nadie en Madrid, ni siquiera conocía Madrid para poder ocultarse. ¿Llevaba algún dinero?

IRENE

No sé. No podía ser mucho. Yo nada le había dando. Nunca salía solo.

CÉSAR

Su madre, sí. Siempre que iba a su casa. Tendrá algún dinero. Ahora mismo iré a la Jefatura de Policía. Estoy seguro de que no tardarán en encontrarle.

DUQUE

¡Diablo de chico!

IRENE

¡La pobre criatura! Antes que volver con su madre... ¡Entre todos hemos destrozado su vida! No tarde usted, César. Que le acompañe algún criado. Todo lo que usted necesite.

CÉSAR

No, no es preciso. Voy solo. No esté usted impaciente. Telefonearé desde la Jefatura. Nada puede haberle ocurrido. Estoy seguro.

IRENE

Vaya usted, César; vaya usted. ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Sale César.)*

ESCENA V

IRENE y el DUQUE

DUQUE

Si puedo ser útil en algo...

IRENE

Gracias. Esperemos. ¡Y he sido yo, he sido yo!

DUQUE

No, Irene. No te atormentes. ¿Cómo podía suponerse? No diré yo que no hubo algo de precipitación por tu parte. En la forma, nada más que en la forma. Pero una vez enterada de todo... Ese niño no podía estar en tu casa.

IRENE

¿Y qué no daría yo ahora por que no hubiera salido nunca? Porque yo le quería, le quería. Había llegado a quererle con toda mi alma. ¡Pero qué miserable condición es la nuestra! ¡Qué debía importarme que no fuera de mi raza, de mi sangre! ¡Si era una criatura humana como yo! ¡Y yo le quería por inocente, por desdichado! Y debió parecerme más desdichado cuando le creí de peor linaje. Y no obstante, al saberlo, fué un odio instintivo, como una repugnancia física. Sí, sí, fué como cuando se sienten celos, contra los que no valen la reflexión, ni el olvido, ni el deseo de perdonar. Porque ante nosotros se representa siempre la imagen viva, palpable, de la traición. Los ojos que se miran en otros ojos, los labios que besan otros labios. Y sentimos todo el horror a la promiscuidad. Y es algo así como si en nuestra copa viéramos beber a un extraño. Pues todo eso sentí yo, por un instinto de noble raza, celosa de la limpieza de su sangre. Cuando leemos en los libros, cuando oímos en el teatro, lo irra-

cional, lo ridículo, lo falso de mil cosas que nos parecen convencionalismos, preocupaciones sociales, aplaudimos y levantamos nuestra protesta, y en aquel instante nos creemos superiores a todos los prejuicios. Pero volvemos a la realidad, esa realidad llega a nosotros, y no tardamos en comprender que todo lo que creímos convencionalismos y preocupaciones, las ideas y los sentimientos que nos parecieron más absurdos, tienen muy honda arraigambre en lo humano. ¡Que la serena razón sólo nos asiste cuando contemplamos la vida como espectadores! Pero cuando somos actores en nuestra propia vida, entonces, entonces es sólo el corazón, es sólo el instinto el que nos mueve y nos lleva al arbitrio de una inconsciencia que en nuestro orgullo humano aún nos atrevemos a llamar voluntad. *(Entra Martín.)*

MARTÍN

Con permiso de vuecencia.

IRENE

¿Qué es? ¿Qué traes?

DUQUE

Una carta.

IRENE

Déjala ahí.

MARTÍN

Espera contestación. Con permiso de vuecencia, debo decir a vuecencia que la carta la ha traído en persona, y espera la contestación en la

portería, aquel muchacho que la señora Marquesa...

IRENE

¿Quién? ¿Gerardo? ¿Es de Gerardo?

DUQUE

¡Vamos!

IRENE

Espere usted. No, no; vaya usted. Que no le dejen marchar. ¿Oye usted? Que espere mi contestación. Yo avisaré en seguida. *(Sale Martín.)* ¡Dios mío!

DUQUE

Veamos esa carta. Así sabremos... Lee, lee.

IRENE

(Leyendo.) «Excelentísima señora Marquesa.»

DUQUE

No empieza mal, no empieza mal.

IRENE

«Apreciable señora Marquesa...»

DUQUE

No tiene precio ese apreciable. ¡Pobre! ¡Pobre!

IRENE

«Me alegraré que al recibo de ésta se halle con la cabal salud que yo deseo, lo mismo que toda su apreciable familia.»

DUQUE

Sencillez, sencillez.

IRENE

«Ésta es sólo para pedir a usted perdón por haber dado motivo a que usted me echara de su casa, por más que yo sé que los motivos són otros. Que yo sé todo lo que pasa. Y la desgracia mía de que usted ya no pueda ser para mí lo que era. Pero no tengo a nadie en el mundo. Porque no quiero volver con mi madre. Y usted, que tiene muy buen corazón, tendrá lástima de mí y verá de ponerme a un oficio, o meterme en un asilo aunque sea, que yo pueda aprender y ganarme la vida. Señora Marquesa, yo no tengo culpa de nada. Y usted es muy buena y no puede ser que no tenga usted lástima de mí. Y antes de escribir esta carta, estuve rezando en una iglesia, y mientras rezaba, no hacía más que pensar que sólo usted podía ampararme. Señora Marquesa, yo seré un esclavo de usted; pero no mande usted que vuelva a la otra casa, por lo que usted más quiera. No canso más. Su humilde servidor que mucho la aprecia y lo es, *Gerardo*.»

DUQUE

Es graciosa la carta. Es tan graciosa que me hace llorar.

IRENE

¡Pobre carta! ¡Con su letra de colegial aplicado, limpia y clara, como la verdad de su corazón de niño! Y con esta letra aprendida para escribir felicitaciones y plácemes, para contar de juegos y travesuras, un pobre niño escribe para contar tristezas y pedir caridad.

DUQUE

¿Y tú qué contestas?

IRENE

¿Puedes dudarlo?

DUQUE

No. Por eso quiero dejarte sola con él. Es mejor. No quiero ser quien te detenga, ni me atrevo a ser quien te anime. ¡El corazón, sólo el corazón! Yo voy en busca de César, a decirle que suspenda sus averiguaciones, antes de que puedan trascender. Volveré, volveré con él. Y todos nos alegraremos. *(Sale el Duque.)*

ESCENA VI

IRENE y después GERARDO

(Entra Martín.)

IRENE

Esta es la contestación a la carta que ha traído usted antes.

MARTÍN

Está bien, señora Marquesa. *(Sale Martín. Pausa. Entra Gerardo.)*

IRENE

¡Gerardo! ¡Mi Gerardo!

GERARDO

¡Mamá Irene!... ¡Señora Marquesa!... ¿Me perdona usted?

IRENE

Ven, ven aquí. Siéntate. Estás muy pálido... Las manos heladas... ¿Qué has hecho, qué has hecho? ¿Dónde has andado?... Dímelo todo..., cuéntamelo todo... Estás rendido... ¿Has pasado hambre? ¿Qué tienes?

GERARDO

No..., no...; hasta hoy no he pasado nada. Esta mañana, sí..., ya no tenía dinero.

IRENE

¡Oh!... ¿Tienes hambre?

GERARDO

No..., no...; es que estoy cansado...
(Entra Martín.)

IRENE

Traiga usted una taza de caldo..., unos fiambres..., frutas..., dulces y una copa de Jerez..., en seguida. *(Sale Martín.)* ¿Pero cómo te atreviste a hacer lo que has hecho? ¿Qué ha sido de ti?... Me da miedo pensarlo. ¡Tú solo, tú solo por Madrid!... ¿Dónde has dormido? ¿Dónde comías?

GERARDO

He dormido en una posada.

IRENE

¿Y no te preguntaron? ¿No les extrañó ver a un niño como tú solo?...

GERARDO

No, no. No me dijeron nada; yo tenía miedo, pero no me dijeron nada... Me pidieron una peseta por pasar la noche.

IRENE

¡Sería horrible! Una mala cama. ¿Habría otra gente?

GERARDO

No; la cama no era mala. No había nadie. Muchos ratones.

IRENE

¿Y comer? ¿Dónde comías?

GERARDO

No sé. Cuando tenía hambre, entraba donde primero veía. Hasta anoche, que ya no tenía dinero más que para ir a dormir. Esta mañana, apenas entró luz en el cuarto, me levanté y salí a la calle. No podía tenerme. Me senté en un banco, en una plaza que hay no sé dónde, una plaza con árboles y una fuente. En otro banco, junto a mí, había un hombre dormido. Y allí, a poco, vino un guarda, y empezó a sacudirle para que se despertara. El hombre se levantó como pudo; parecía que estaba borracho. Al levantarse se le cayeron de la faja una porción de cuartos, y pesetas también. Se puso a recogerlas; pero no vió una peseta que se le había caído. Yo sí la vi, y el hombre la buscaba, pero no la veía, y eso que relucía al sol.

IRENE

¿Y tú qué hiciste?

GERARDO

Yo sólo deseaba que el hombre se fuera de allí, y que no pasara nadie, y poder yo coger la peseta. Y así fué. Muy mal hecho; pero tenía hambre, tenía hambre.

IRENE

¡Y como este día de tu vida, son todos los días de la vida para tantas criaturas humanas!

GERARDO

Con aquel dinero me entré en un café. Tomé un vaso de leche con pan. Descansé un rato largo. Luego volví a andar, andar. Entonces fué cuando al pasar por una iglesia me acordé de lo que me decía en el colegio el padre Bernardo, que me quería mucho y me decía muchas veces: «Mira, hijo mío, ¿vas a prometerme lo que yo te pida? ¡Sabe Dios lo que será de ti en este mundo; puede que algún día seas tan desgraciado que pierdas la fe, que dejes de ser buen cristiano! Pero mira, aunque ya no creas como crees ahora, siempre que sientas una tristeza, que tengas una pena muy grande en la vida, reza, reza, y acuérdate de tus rezos de niño; verás cómo encuentras consuelo.» Y me acordé y entré en la iglesia, y me puse a rezar. Y no había empezado, cuando... ¡Qué sé yo cómo fué! Como si alguien me hablara al oído, yo no oía más que estas palabras: «La señora Marquesa, la señora...» No; no

era así. «¡Mamá Irene, mamá Irene! ¡Vuelve con mamá Irene!» Y ya no pensé en otra cosa, y entonces volví al café. Yo había visto allí a un señor que escribía una carta; pensé que yo también podía escribir. Pregunté si podía. Me dijeron que sí, y escribí esa carta, yo no sé cómo. En el colegio escribíamos cartas, las copiábamos de los libros; pero eran cartas de otras cosas. Una carta así yo no sabía cómo escribirla. No sé si estará bien lo que he escrito. Yo no sabía qué poner. No sé lo que he puesto.

IRENE

¡El corazón, hijo mío! ¡Has puesto el corazón! *(Entra Martín.)* Acerque usted esa mesa. Déjelo aquí todo. Ven, Gerardo. Siéntate aquí. Toma lo que quieras. Primero el caldo.

GERARDO

¡Ah!

IRENE

¿Tienes frío? Yo también tuve frío otra vez, en esta misma habitación tan abrigada. Verás, verás cómo no tenemos frío. Encienda usted la chimenea.

MARTÍN

¿Es que no rige la calefacción, señora Marquesa?

IRENE

Sí, sí. Pero encienda usted la chimenea. Es más alegre. Verás, verás. Haremos una buena lumbre, como la lumbre de los pueblos, de las

que dicen los labriegos: «Lumbre de llama, alegra el cuerpo y el alma.» Toma un poco de vino.

GERARDO

No, no. Vino no. No volveré a probarlo.

IRENE

¿Te acuerdas todavía?

GERARDO

¡Qué vergüenza he pasado! Pero yo sé que no es por eso por lo que usted me echó de su casa

IRENE

¿Qué sabes tú?

GERARDO

¡Sí, yo lo sé! ¡Yo lo sé! No fué por eso.

IRENE

Calla ahora, calla. Luego los dos solos...

MARTÍN

¿Está así bien, señora Marquesa?

IRENE

Ponga usted más leños. Así, así. ¡Qué hermosa lumbre. *(Sale Martín.)* ¡Acércate, acércate! A mi padre le gustaba mucho pasar temporadas en el campo, en montes y dehesas de nuestra casa. Yo iba muchas veces con él. ¡Y cómo le gustaban estas lumbres de las chimeneas campesinas! Yo me sentaba con él junto al fuego, y alrededor

nuestros labradores, nuestros criados. Muchos años pasamos así la Nochebuena. Mi padre prefería pasarla en el campo. Decía que entre aquellas gentes, con aquellas lumbres, le parecía como si de verdad fuera la noche en que vino Jesús al mundo. Un año, era yo muy niña, recuerdo que me hizo vestir de ángel, para representar la Anunciación a los pastores. Me vistieron con una túnica blanca, bordada de estrellas, y llevaba unas alas doradas, y cuando estaban todos reunidos, me aparecí de pronto entre luces de bengala, y dije unos versos que eran la Anunciación. Y aquella pobre gente lloraba y reía. Y toda la noche se cantaron villancicos. Y mi padre también cantaba con ellos. Y de verdad creíamos todos que allí cerca, muy cerca, había nacido el Hijo de Dios. Y era que le sentíamos muy cerca de nuestros corazones. Esta lumbre es como aquéllas, y el recuerdo no será en vano. ¡Gerardo, hijo mío, arroja a esa lumbre todo esto!

GERARDO

¿Yo?

IRENE

Sí. Tú quiero que seas, tú. Ya está. ¡Cuánta traición, cuánta vergüenza va a consumirse en ese fuego! ¡Si las codicias y las malas pasiones pudieran tomar forma palpable, en este momento veríamos como diablillos rojos, retorcerse enfurecidos entre las llamas! ¡Mira! ¡Como esas ascuas que abrasan el papel, y parecen como orugas de fuego que lo van devorando! ¡Ya está, ya está! ¡En el nombre de Dios!... ¡Si tú supieras!...

GERARDO

Sí lo sé, lo sé todo. Ya he dicho que lo sabía. Es que yo no he querido contar nunca lo que allí pasaba. Me daba mucha vergüenza. ¡Por eso no quiero volver allí nunca!

IRENE

¿Nunca, dices?

GERARDO

¡Nunca, nunca! Si usted no puede hacer nada por mí, yo veré lo que hago. Volveré a Moraleda, pediré que me tomen de criado en el colegio. No sé lo que haré. ¡Pero en aquella casa, no, no!

IRENE

¿Pero no piensas que es tu madre, que puede exigirlo, mandarlo?

GERARDO

No, no. Me moriría antes. Me mataría. ¡No ve usted que no hay nada peor que esa vergüenza! ¡Que es lo más triste que puede suceder en el mundo!

IRENE

¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo más triste?

GERARDO

Eso, eso. Yo lo sé. Yo lo sé. ¡Mamá Irene, escuche usted, y dígame usted si no es verdad lo que yo digo! En el colegio había chicos malos, que cuando regañaban con otros chicos, les decían palabras muy feas. Y aunque los Padres castiga-

ban mucho a los que las decían, pues los chicos malos las decían siempre. Y lo más feo era decir, lo peor que puede decirse, que es decir de las madres. Y cuando eso pasaba, aunque el insultador fuera el más fuerte, y el otro fuera el más pequeño, el más cobarde, arremetía contra el que había dicho, y se iba a él con tanta rabia, que siempre podía más y todos nos alegrábamos. Pues verá usted. Un día había entrado uno nuevo, y un chico malo empezó a meterse con él, y a gastarle chuflas, y el otro fué a pegarle, y entonces el chico malo le dijo... eso, lo peor que puede decirse. Y cuando todos creímos que el otro le iba a hacer pedazos, le vimos que bajó la cabeza, que se fué a un rincón y que se echó a llorar. ¡A mí me hizo así todo el cuerpo! ¿Pero es que no tiene sangre en las venas ese chico? ¿Por qué es tan cobarde? Y entonces fué un chico que estaba junto a mí y me dijo: «Pues no vayas a creerte, es el más valiente de aquí, y tiene mucha fuerza, y si quiere nos puede a todos.» «¿Entonces, por qué ha hecho eso?...» «Es... que... ¿Qué querías que hiciera?... Es que todo eso que le ha dicho el otro, es verdad.» ¿Lo ve usted cómo no hay nada más triste en el mundo? Tener que bajar la cabeza ante el peor insulto que puede decírsele a un hombre, y tener que echarse a llorar como aquel muchacho. Porque no sirve ser valiente, no sirve tener fuerza, cuando lo que le dicen a uno es verdad, y es una verdad como ésa. No cabe otra cosa que tener que bajar la cabeza y echarse a llorar, y morirse de vergüenza como yo quisiera morirme.

IRENE

¡Hijo mío, hijo mío! No, eso no. ¡Tú eres ya mi hijo. Mío nada más. Yo te rescataré al precio que quieran ponerte. Yo te salvaré a costa de mi nombre, a costa de mi honra. Dejaré que la calumnia parezca verdad, y mi vida será redimirte, ennoblecerte con toda mi alma. Estás rendido. Se cierran tus ojos. No puedes más.

GERARDO

Sí. Estoy muy cansado. Tengo sueño. Mamá Irene, mamá Irene. ¿No te enfadas porque te llame así? ¿Verdad que me tendrás siempre contigo?

IRENE

Siempre, sí; siempre.

GERARDO

Así... ¡Qué bien estoy! ¡No te vayas, no me dejes!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CÉSAR y el DUQUE

CÉSAR

¿Pareció? ¿Está aquí, no es verdad?

IRENE

Silencio, por favor. Se ha dormido.

DUQUE

¿Qué ha sido de él? ¿Qué ha contado?

IRENE

¡La historia de unos días que hubieran sido tal vez la historia de su vida! Pero ya no será.

CÉSAR

¿Y esa hermosa lumbre? ¿Es que hoy ha sentido usted también frío?

IRENE

No; esa lumbre abrasó una verdad, y muchas mentiras. Y abrasó mi orgullo de raza, y abrasó mi corazón para purificarle. Esa lumbre es llama espiritual y a su luz ha nacido de mi alma un hijo mío. Y es como un misterio de amor y redención en mi alma. Y sobre el armiño de mi escudo pondré el nuevo blasón de una azucena más blanca que el armiño. *(Telón.)*

FIN DE LA OBRA

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Novena edición, esmeradamente corregida.—Precio: 4,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición, notablemente corregida y aumentada.—Precio: 4,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 4,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 4,50 pesetas.

TEATRO

Precio de cada tomo: **4,50** pesetas.

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El Dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos).—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La Sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí.—*Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).

Tomo XIV.—*Manon Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV. — *La Princesa sin corazón* (cuento de hadas). — *El amor asusta* (comedia en un acto). — *La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó. — *Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).

Tomo XVI. — *La sonrisa de Gioconda* (boceto de comedia en un acto). — *La historia de Otelo* (boceto de comedia en un acto).—*El último minué* (boceto de comedia en un acto).—*Todos somos unos* (sainete lírico en un acto).—*Los intereses creados* (comedia de polichinelas en dos actos, tres cuadros y un prólogo).

Tomo XVII.—*Señora ama* (comedia en tres actos).—*El marido de su viuda* (comedia en un acto).—*La fuerza bruta* (comedia en un acto y dos cuadros).

Tomo XVIII.—*De pequeñas causas...* (boceto de comedia en un acto).—*Hacia la verdad* (escenas de la vida moderna en tres cuadros).—*Por las nubes* (comedia en dos actos). *De cerca* (comedia en un acto).—*A ver qué hace un hombre!*

Tomo XIX.—*La escuela de las Princesas* (comedia en tres actos). — *La señorita se aburre* (comedia en un acto), basada en una poesía de Tennyson. — *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros* (cuento en dos actos y siete cuadros). — *Ganarse la vida* (comedia en un acto).

Tomo XX. — *El nietecito* (comedia en un acto). — *La losa de los sueños* (comedia en dos actos). — *La Malquerida* (drama en tres actos).

Tomo XXI. — *El Destino manda* (drama en dos actos de M. Paul Hervieu). — *El collar de estrellas* (comedia en cuatro actos). — *La Verdad* (diálogo).

Tomo XXII. — *La propia estimación* (comedia en tres actos). — *Campo de armiño* (comedia en tres actos).

Tomo XXIII. — *La túnica amarilla* (leyenda china en tres actos. — Traducción). — *La ciudad alegre y confiada* (comedia en tres cuadros y un prólogo. Segunda parte de los *Los intereses creados).*

Tomo XXIV. — *El mal que nos hacen* (comedia en tres actos). — *Los cachorros* (comedia en tres actos). — *Caridad* (monólogo).

Tomo XXV. — *Mefistófela* (comedia-opereta en tres actos, en prosa), música del maestro Prudencio Muñoz. — *La Inmaculada de los Dolores* (novela escénica en cinco cuadros, considerados como tres actos).

Tomo XXVI. — *La ley de los hijos* (drama en tres actos). — *Por ser con todos leal, ser para todos traidor* (drama en tres actos). — *La honra de los hombres* (comedia en dos actos).

Tomo XXVII. — *La Vestal de Occidente* (drama en cuatro actos). — *Una señora* (novela escénica en tres actos). — *Una pobre mujer* (drama en tres actos).

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6603
E6A19
1904
v.22
c.1
ROBA